
HARLEQUIN
Jazmín
Sophie Pembroke
Planes de amor



Sophie Pembroke

Planes de amor



De dama de honor a novia.

Tras la huida de su hermana, Helen Morrison decidió ocupar su puesto en un matrimonio de conveniencia con el magnate Flynn Ashton, con la esperanza de que el hecho de unir a las dos familias fuera suficiente para redimirla a ojos de su padre. ¡No tenía nada que ver con que siempre hubiera guardado u n lugar especial en su corazón para Flynn!

Pero, tras embarcarse en la perfecta luna de miel, su unión de conveniencia se convirtió en cenizas cuando un inesperado calor surgió entre ellos. ¿Se atreverían a soñar con que aquel matrimonio fuera el principio de lo que ambos estaban buscando?

Capítulo 1

Flynn la miró con un ligero destello de pánico en su habitualmente tranquila mirada castaña.

—Si bien lo que acabamos de hacer es muy noble e incitado por el amor, y esto y lo otro, ¿ahora qué?

La mente de Helena bullía, como estaba haciendo desde que su hermana saliera corriendo, dejándola a ella el vestido de color marfil. No había muchas opciones.

—Ayúdame a quitarme este vestido —dejó el vestido de novia de Thea sobre un sillón e intentó bajar la cremallera de su vestido rosa de dama de honor.

Dirigió una mirada a Flynn, que seguía mirándola.

Hasta ese día le había parecido un hombre capaz de manejarse en situaciones de crisis. Había llevado con bastante aplomo descubrir que su prometida se había acostado con su hermano. Tampoco había encajado mal saber que sería el responsable de la multinacional. Incluso había permitido, sin parecer muy alterado, que la novia se fugara con su enamorado instantes antes de la boda.

—Bájame la cremallera, ¿quieres? —ella suspiró mientras le daba la espalda.

—¿Por qué hago esto? —Flynn dudó unos instantes.

—Porque necesito ponerme eso —Helena señaló el vestido de novia.

—No, no tienes que hacerlo. Podemos ir tranquilamente a la iglesia y…

—¿Y qué? —ella se volvió—. ¿Contarles a todos que la boda del año ha sido cancelada? —esa sería la última opción. Aparte del escándalo y de la caída en bolsa, a su padre le daría un infarto.

—Pero eso sería mejor que… —Flynn agitó una mano en el aire.

—Casarnos, Flynn —Helena puso los ojos en blanco—. Vamos, intenta decirlo. Ni siquiera es una palabrota. Ibas a hacerlo con mi hermana, y sospecho que no estabas más enamorado de ella de lo que ella lo estaba de ti. Incluso le has dado tus bendiciones para que se fugue con Zeke.

—Eso es diferente —protestó él—. Thea y yo teníamos un plan. Había papeles…

Tomando la carpeta preparada por el organizador de bodas, Helena sacó una invitación sobrante y tachó el nombre de Thea para sustituirlo por el suyo. Después garabateó algo al dorso.

—Ahí tienes tus papeles —le entregó la invitación a Flynn—. ¿Contento?

—«Yo, Helena Morrison, prometo casarme con Flynn Ashton para evitar las consecuencias de la fuga de mi hermana» —leyó Flynn—. Helena, esto es…

—Sigue —con gran esfuerzo, ella consiguió terminar de bajar la

cremallera.

—«Más aún, accedo a renegociar este contrato en cuanto se solvente el asunto de la empresa Morrison —Ashton. Firmado, Helena Morrison»— Flynn dejó el improvisado contrato sobre la mesa. —¿El asunto de la empresa?— inquirió perplejo.

—Ya sabes, los motivos por los que se suponía que os casabais Thea y tú —Helena se enfundó el traje de novia de su hermana, algo más alta que ella y con menos curvas, pero le bastaba con no pisarse el dobladillo—. Unir ambas empresas y proporcionarle un heredero a la compañía.

Un heredero. Helena tragó nerviosamente. Ya cruzaría ese enorme y terrorífico puente cuando llegara a él. Aunque quizás fuera preferible cavar un túnel…

—Esto no tiene que ser permanente —insistió ella—. ¿Me lo atas? —nada de cremalleras para las novias. El último grito eran los corsés con cintas.

Flynn accedió sin protestar. Estaba a punto de casarse con el único hombre decente de Europa, que se encontraba más cómodo vistiendo a las mujeres que desnudándolas.

—Ese no era el acuerdo que tenía con Thea —le aclaró él.

—Sí, bueno, pero yo no soy Thea, ¿verdad? —Helena se volvió fingiendo una sonrisa.

Era el argumento que había esgrimido toda su vida, sobre todo ante su padre, el que más insistía en preguntar por qué no se portaba mejor y daba menos problemas. Hasta que los problemas la alcanzaron y se sintió feliz refugiándose en su casa.

Pero no había bastado. Su padre había continuado con las preguntas. ¿Por qué no podía tener el carácter de su hermana, su cerebro, su brillantez? Poco importaba que al final mantuviera el equilibrio familiar haciendo frente a las consecuencias de los fracasos amorosos de su hermana.

Iba a casarse con Flynn para salvaguardar el buen nombre de la familia, junto con el negocio. Si eso no compensaba por los errores del pasado, nada lo haría. Era su última oportunidad para lograr la absolución.

Quizás no fuera Thea, pero era una Morrison y a Flynn le bastaría.

Lo importante era que él jamás descubriera por qué necesitaba esa absolución.

Helena clavó la mirada en los ojos de Flynn, que la contemplaba con seriedad. Era el hombre de los planes. ¿Sería capaz de hacer algo tan espontáneo como casarse con una novia sustituta?

—¿Seguro que quieres hacerlo? —preguntó él.

—Dado que no hemos tenido más de cinco minutos para pensarlo, no creo que ninguno de los dos estemos seguros —quizás lo lamentara el resto de su vida, pero en ese momento el riesgo parecía merecer la pena.

—Saldré ahí y les diré que la boda se cancela —insistió Flynn—. Te bastará con pedirlo para ser libre.

Helena supo que había planeado sus palabras, que se las habría repetido a

Thea aunque Zeke no hubiera regresado para la boda. Flynn era un hombre bueno, justo y considerado. Era una elección segura. Jamás intentaría engañarla. Y eso resultaba cuando menos refrescante.

De algún modo lograrían que funcionase. Podrían formar un matrimonio amistoso por el bien de la familia y el negocio. O, más probablemente, podrían esperar un mes antes de acabar con todo el asunto sin provocar un escándalo. Ambos eran los que calmaban el ambiente, suavizaban los ánimos en las reuniones sociales, los que sacaban adelante las cenas familiares que su madre se empeñaba en celebrar. Incluso habían mantenido en secreto ante cientos de invitados el hecho de que Thea y Zeke se habían acostado durante la cena de ensayo.

Y, aunque no fuera así, el matrimonio al menos serviría de espectacular acto de relaciones públicas para la sociedad Morrison —Ashton, y Flynn quedaría libre para buscarse una esposa que le diera herederos a docenas.

—Estoy segura —asintió Helena ante la sonrisa de Flynn.

—Pues vayamos a la iglesia.

Flynn no era su hermano. No le gustaban las sorpresas, ni correr riesgos, ni el vértigo, que a Zeke tanto motivaba, de tener que tomar una decisión rápidamente. A Flynn le gustaba tener un plan. Su mera existencia, y las circunstancias de su nacimiento, habían sido espontáneas, pero no por ello consideraba que su vida tuviera que seguir el mismo patrón.

Vivir una infancia convencido de ser un error le había dejado bien claro que desviarse del plan siempre lo estropeaba todo. Zeke había sido el que la había fastidiado. Porque Zeke era el heredero que sus padres siempre habían deseado tener. No el hijo indeseado de otros padres.

Si sus padres se hubiesen atenido al plan y no hubieran engendrado a Zeke, su vida habría sido muy diferente.

Y por eso Flynn valoraba mucho las programaciones, las agendas, los planes. Sin embargo, el día de su boda no se parecía en nada a lo que Flynn deseaba o quería.

Se lo había oído contar a amigos casados. El día de la boda se hacía lo que la novia y su madre querían. El novio se limitaba a dar el «sí quiero».

Al ver a Thea salir por la puerta, el miedo lo había agarrotado. Su cuidadosamente elaborado plan saltaba en pedazos. Un plan que se había iniciado tres años atrás con las conversaciones entre los padres de ambos, acordando los términos con Thea.

Y, al final, ni todos los planes del mundo habían bastado. Thea se había marchado.

Helena nunca había formado parte del plan. Ella era otro error, supuso. Y quizás juntos conseguirían ser algo más que una lista de equivocaciones.

En cualquier caso, era lo más parecido a un plan que iba a tener ese día.

No pudo ocultar el alivio que sintió al comprender que Helena seguía adelante. Cierto que casarse con la hermana de su prometida suscitaba algunos problemas. Aun así, Flynn tuvo que admitir que era la mejor opción de una

lista de malas opciones.

No era una unión por amor, jamás lo había sido. Fuera cual fuera la hermana Morrison que caminara hasta el altar, el propósito estaría servido.

Morrison —Ashton necesitaba esa boda. La junta directiva, los inversores, todo el mundo necesitaba saber que el futuro de la compañía estaba en buenas manos.

Y no había mejores manos que las de Flynn Ashton.

La compañía necesitaba un relanzamiento. Lo había sabido antes de sospechar que él pudiera heredarla algún día. Morrison —Ashton siempre había sido la prioridad de Flynn y estaba a punto de convertirse en su director general. Cuando estuviera casado con una de las hermanas Morrison ya no importaría que no fuera un verdadero Ashton. Su adopción dejaría de importar.

En cuanto los Ashton tuvieron un heredero de su sangre, él se había convertido en un excedente, un estorbo. Se volvió un arma en manos de su padre, para moldear a Zeke a su antojo, para hacerle merecerse la herencia, compitiendo con él. Pero, como esposo de una Morrison, quedaría legitimado.

Tomó la mano de Helena y la condujo hasta la puerta principal, donde fueron recibidos por el intenso sol de la Toscana. Sentía la tensión en el cuerpo de la joven y se preguntó si el corazón le estaría latiendo a la misma velocidad que el suyo.

A pesar de sus razonamientos, Flynn no podía mentirse a sí mismo hasta el punto de fingir que aquello no podría convertirse en una equivocación. «No tiene que ser permanente», había dicho ella. Para Helena, solo sería temporal, pero algo temporal jamás serviría a los propósitos de Flynn.

Necesitaba que fuera permanente, necesitaba herederos. Ese era el plan y, dado que todo lo demás había salido mal, era lo único que le quedaba. Helena sería suya para la eternidad.

Solo tenía que convencerla de que era lo bastante bueno para ella, que merecía la pena. Pero antes tenían que sobrevivir a ese horrendo día.

Aquello estaba sucediendo realmente. Quizás no del modo en que lo había planeado, pero el resultado sería más o menos el mismo. En cuanto Helena diera el «sí quiero», lo habría conseguido. Se preguntó por qué se había mostrado tan decidida. ¿Qué interés tenía para ella? ¿Tanto temía la ira de sus padres que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para aplacarla?

Caminaron en silencio hasta la capilla, todo lo rápido que los zapatos le permitían a Helena. Unos zapatos que hacían juego con el vestido de dama de honor. Thea debía de haberse largado con los zapatos de boda puestos.

—También se llevó el velo —Helena siguió la mirada de Flynn—. Es una pena. Podría haber permanecido oculta hasta que todo hubiera terminado.

Algo se encogió en el pecho de Flynn. Helena se merecía algo mejor que esa boda.

—No quiero ocultarte —aseguró—. Vas a ser mi esposa, y estoy orgulloso de tenerte a mi lado.

Todo era cierto, salvo por el hecho de que estaba más orgulloso del apellido que de la persona. Sin embargo, a Flynn no le cabía duda de que, con el tiempo, llegaría a encariñarse con ella. Quizás, con suerte, incluso se enamorarían. Era lo que había esperado que sucediera con Thea.

Thomas Morrison salió a su encuentro.

—¡Helena! ¿Dónde demonios está Thea? Los invitados… —el hombre se interrumpió al fijarse en el vestido que su hija llevaba puesto.

—Me temo, señor, que ha habido un ligero cambio de planes —Flynn se adelantó.

Mientras el cuarteto de cuerda atacaba una nueva melodía, Helena comprendió que, en el fondo, había esperado que su padre anulara la boda ante la ridiculez de la solución propuesta.

Parecía tenerle sin cuidado con cuál de sus hijas se casaba Flynn, siempre y cuando se casara con una de ellas.

—Es nuestra señal —susurró su padre.

Helena asintió y se concentró en no apretar el brazo de su padre con demasiada fuerza.

Seguramente era demasiado esperar que los asistentes no advirtieran que Flynn se casaba con la hermana equivocada. En cuanto las puertas de la capilla se abrieron y Helena dio un paso al frente, comenzaron los susurros, y ella se imaginó lo que estarían diciendo:

«¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha terminado casándose con ella? ¿Qué significa esto…?».

Iban a formularse muchas preguntas durante las siguientes horas, días y semanas. Con su padre había sido relativamente fácil, simplemente porque el tiempo apremiaba. Los invitados esperaban y Thomas Morrison no iba a defraudarles. «¿Habéis venido a ver casarse a mi hija? Pues ahí la tenéis. ¿Qué queréis decir con que es la equivocada?».

Había pensado que casarse con Flynn bastaría para compensar el pasado. Pero la expresión de su padre contaba otra historia. No podía importarle menos cuál de sus hijas se casaba ese día.

Por más que hiciera, su expediente nunca quedaría limpio. Ocho años de ser una hija modélica no habían bastado, ¿por qué iba a cambiarlo el que se casara con Flynn?

De repente, pensó en Thea. ¿Cómo iba a explicárselo a Thea?

Thea le habría impedido seguir. Pero Thea había huido en pos de su propia felicidad y Helena se había metido en la situación de la que había intentado disuadir a su hermana.

Bajó la vista y contempló los zapatos rosas. Ni la boda, ni todo lo que seguiría, se ajustaba a lo que habría sido con Thea. Para empezar, había menos papeleo, un simple contrato garabateado en una invitación comparado con el documento de treinta páginas que había conformado el acuerdo prenupcial de Thea y Flynn.

Por primera vez desde que entrara en la iglesia, Helena miró hacia los

invitados y clavó los ojos en su futuro esposo. De pie, junto al sacerdote, su aspecto era tranquilo, sólido.

Un observador casual que captara la expresión del novio jamás pensaría que no se fuera a casar con la mujer a la que se había declarado.

Quizás al casarse con Flynn conseguiría parte de esa serenidad. De momento, le bastaba con ser lo que su esposo necesitaba que fuera, aunque no tenía ni idea de cuánto le iba a pedir.

«Un heredero para la compañía».

Palabras aterradoras que le hicieron estremecerse. Pero no eran más que palabras, parte del acuerdo firmado con Thea, no con ella. Porque Flynn no sabía nada, no lo entendería. Y por eso no le explicaría lo que supondría un bebé para ella. Cómo podría destrozarla.

El pasado permanecía en el pasado hasta ser arrastrado al presente. ¿No lo habían demostrado Thea y Zeke?

En cualquier caso, ya era tarde para cuestionarse lo que iba a hacer. Flynn le había proporcionado una salida y no la había aceptado. Salir corriendo sería peor que no haber sugerido esa idea estúpida desde el principio. Nadie la perdonaría por humillar a Flynn Ashton el día de su boda, por permitir que sucediera una segunda vez.

Iba a casarse y a intentar que saliera lo mejor posible, hasta que hubiera transcurrido el tiempo necesario para proceder con un discreto divorcio.

Con la cabeza alta, Helena continuó, la mirada fija al frente, hacia su esposo. Sus miradas se fundieron y ella comprendió que ese hombre era lo que necesitaba en su vida.

El novio les esperaba ante el altar y el padre de Helena entregó a la novia como dictaba el ritual.

—Ahora es tu problema —susurró al oído de su yerno.

Era la confirmación de que ni siquiera ese gesto bastaba para redimirla ante los ojos de su padre.

—Prefiero pensar en ella como en una compañera, no un problema —murmuró Flynn ante la sorpresa de Helena.

Quizás, y solo quizás, casarse con Flynn no fuera un error. Quizás fuera una oportunidad.

Con una deslumbrante sonrisa, Helena se volvió a su padre y lo besó en la mejilla.

Capítulo 2

Flynn sintió la cálida mano de Helena, inesperada en el frío ambiente de la capilla. Cuadrando los hombros, dieron juntos los dos últimos pasos hasta el altar. Si algo había aprendido tras crecer como el cuco en el nido de los Ashton era a calmar los ánimos.

Era ese mismo talento el que tan bien le había servido en los negocios. Era él quien interveníacuando Ezekiel Ashton ofendía a algún inversor o cliente. Él quien calmaba a las secretarias cuando se hartaban de la lengua afilada de su padre.

Pero, sobre todo, conseguía que las cosas sucedieran, persuadiendo a la gente hasta que creían que la idea de Flynn era la suya propia.

Del mismo modo en que había convencido a Thea para que se casara con él.

Pero Helena acababa de convertirse en su plan y tenía que conseguir que todos comprendieran que, si bien la boda había sido inesperada, era lo que siempre habían querido, aunque ni ellos mismos lo sabían.

Esperaba haber tenido un buen comienzo con el comentario hecho a Thomas. A fin de cuentas, aunque su suegro fuera el dueño de la mitad de la compañía, con el tiempo se la acabaría dejando a Helena. Incluso podría llegar a desheredar a Thea. Zeke había dejado bien claro que no iba a regresar a Morrison —Ashton. Flynn sería el director general en un año, con Helena a su lado.

Lo cual implicaba que la persona más importante era Helena, no Thomas.

Era otro talento que había desarrollado desde joven: identificar a la persona clave y centrarse en ella. En una discusión familiar, esa persona variaba. Normalmente, se trataba de Ezekiel por ser el cabeza de familia, la máxima autoridad. A veces era Isabella. Otras era Zeke, pero solo cuando la unión de los dos hermanos les hacía ganar frente a sus padres.

Lo que nunca sucedía era que esa persona fuera Flynn.

Pero él ya no era un error o un accidente. Era lo que la compañía necesitaba, lo que la familia necesitaba. Y lo único que necesitaba él era a Helena.

Apretó tranquilizadoramente la mano de Helena mientras el sacerdote les sonreía. ¿No se había dado cuenta ese hombre de que había algo mal? Solo había hablado con Flynn y con Helena, no había llegado a conocer a Thea, y por eso se había limitado a asentir cuando el novio le había proporcionado sus nombres para asegurarse de que no se equivocara durante la ceremonia.

Al arrodillarse se oyó un murmullo generalizado y a Helena se le escapó una risita.

—¿Qué pasa? —susurró Flynn frunciendo el ceño.

—Creo que están viendo mis zapatos.

Por supuesto. Esos ridículos zapatos rosas.

Flynn mantuvo la mirada fija en el suelo ante él. Lo cierto era que le gustaban esos zapatos. Le gustaba el color y la energía que desprendían. Eran los zapatos perfectos para Helena.

Pero no lo eran en absoluto para una novia Morrison —Ashton. Y no para un evento como ese. Sobre todo porque estaban en los pies equivocados.

Flynn suspiró, resignado a sacarle el mayor partido a un mal día e intentando centrarse en las palabras del sacerdote. Y antes de darse cuenta habían llegado a los votos.

—Flynn y Helena, ¿habéis venido libremente y sin presiones para entregaros en matrimonio?

—Sí —contestaron ambos mientras Flynn se preguntaba si ella estaría pensando lo mismo que él, que las presiones habían sido muchísimas.

—¿Prometéis honraros como marido y mujer durante el resto de vuestras vidas?

—Lo prometo —contestó Flynn, seguido de Helena.

El resto de sus vidas. Flynn se sintió invadido por una sensación de triunfo. Ese era el tiempo que necesitaba para demostrar que se merecía el lugar que ocupaba en la familia y la empresa.

Ezekiel Ashton había dejado claro durante años que Flynn no contaba, que no era un verdadero heredero. Todo el mundo daba por hecho que sería Zeke el heredero.

Pero ya no. Ese lugar estaría ocupado a partir de ese momento por Flynn.

—¿Aceptáis los hijos que Dios os mande y los educaréis según las leyes de Cristo y su Iglesia?

Helena dio un respingo que solo Flynn alcanzó a oír. Daba la sensación de que la idea le resultaba desagradable y él frunció el ceño.

—Lo haré —afirmó Helena en voz alta y clara.

Pero Flynn no podía quitarse de la cabeza que se había perdido algo. Y olvidó su frase.

—Lo haré —asintió apresuradamente ante la mirada del sacerdote.

—De acuerdo —el hombre sonrió—. ¿Podemos oír tus votos, Flynn?

Se los había aprendido de memoria, preparado para mirar a Thea a los ojos y pronunciar las palabras. Pero al volverse hacia Helena, comprendió que no tenía ni idea de cuál era su segundo nombre.

El pánico debía de haber sido evidente, porque ella puso los ojos en blanco y susurró:

—Juliette.

—Yo, Flynn, te tomo a ti, Helena Juliette Morrison, como mi esposa —el novio se relajó ante la sonrisa de Helena—. Y prometo serte fiel en lo bueno y en lo malo, en la enfermedad y en la salud. Te amaré y honraré durante el resto de mi vida.

El amor quizás llegaría con el tiempo, o no. Pero el honor, la constancia y la fidelidad sí podía entregárselos desde el primer momento.

Era lo menos que podía hacer, dado el beneficio que iba a obtener de la

unión. Helena era suya, junto con la respetabilidad y el estatus que le iba a proporcionar.

—Yo, Helena, te tomo a ti, Flynn Michael Ashton como mi esposo —las palabras surgieron fuertes y claras. Se sabía los votos de memoria, pues los había ensayado con Thea. Lo más difícil fue mirar a Flynn a los ojos y parecer adecuadamente enamorada.

Todos y cada uno de los invitados escuchaban atentamente mientras se preguntaban si la boda se culminaría o si solo se trataba de un truco publicitario.

Era el escándalo del año y ni una sola amiga de Isabella descansaría hasta averiguar lo que había sucedido realmente.

Isabella. Helena miró de reojo a la mujer, sentada en la primera fila. La madre de Flynn y Zeke tenía la sonrisa congelada en el rostro mientras sus manos aferraban un pañuelo sobre el regazo. Helena apostaba a que, si asomaba alguna lágrima a sus ojos, no sería de felicidad.

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre —concluyó el sacerdote.

Aquello sonaba muy formal.

No era culpa del sacerdote. Acababa de casar felizmente, y sin pestañear, a la pareja equivocada. Incluso había muchas posibilidades de que aquello no fuera ni siquiera legal.

—¿Tenéis los anillos?

Helena abrió los ojos desmesuradamente. ¿Los tenían? ¿Qué había pasado con los anillos?

Pero Flynn hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita que contenía dos alianzas de platino. Helena las conocía bien, pues había ayudado a elegirlas.

También sabía que el anillo que Flynn estaba a punto de ponerle no encajaría en su dedo.

Mientras el sacerdote bendecía los anillos, ella intentó transmitirle esa información a su esposo gesticulando únicamente con los ojos y las cejas con el fin de no alertar a los invitados.

Flynn arrugó confuso la frente y ella se resignó a perder la capa superficial de piel.

—Helena, acepta este anillo, símbolo de mi amor y fidelidad a ti —el novio le tomó solemnemente la mano izquierda—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El anillo se deslizó suavemente hasta el nudillo, donde quedó atascado. Ella sacudió la cabeza, esperaba que, imperceptiblemente.

Él comprendió y empezó a girar la alianza hacia la base del dedo, aunque sin éxito. Con una radiante sonrisa, Helena retiró la mano y la ocultó entre los pliegues del vestido. Ya conseguiría ponérsela más tarde, o eso esperaba.

El anillo de Flynn, por supuesto, se deslizó sin mayor problema hasta su ubicación definitiva.

Y, de repente, el sacerdote les declaró marido y mujer y todo terminó. Helena parpadeó ante los invitados que aplaudían y agradeció en silencio que la frase «Puede besar a la novia», perteneciera más a las películas que a la vida real.

Pero estaba casada y, tarde o temprano, iba a tener que besar a su esposo.

Sin dudar votó por «tarde», cuando la emoción no girara como un tornado en su interior. Cuando pudiera sentarse tranquilamente un momento y buscar una solución.

Del brazo de Flynn, desanduvo sus pasos por el pasillo que había recorrido como Helena Morrison.

Convertida ya en Helena Ashton.

—Ya está casi —murmuró él mientras se aproximaban a la entrada de la capilla.

Pero no era cierto. Ni de lejos.

El sol de la Toscana la cegó y le quemó la piel. Solo tenían unos segundos antes de que los invitados les siguieran y Helena aprovechó para intentar meterse el anillo de Thea.

Al fin la alianza superó el nudillo. Un problema solucionado. A saber cuántos quedaban aún.

Los invitados se acercaron y Helena puso su mejor sonrisa. Lástima que la primera persona en salir de la capilla fuera Ezekiel Ashton.

—¿Exactamente qué…? —empezó el hombre antes de ser interrumpido por su mujer.

—Aquí no —aconsejó Isabella con voz queda, aunque firme—. Tenemos la sesión de fotos.

—Olvida las fotos —rugió Ezekiel—. ¿Para qué necesitamos fotos?

—Por ejemplo, para la prensa —contestó Isabella—. Se trata de la boda del año, independientemente de quién se haya casado —susurró.

Fotos. La sonrisa de Helena se borró al pensar en las fotos, hasta que su suegra la fulminó con la mirada y la obligó a ponerla de nuevo en su sitio. Y allí permanecería durante al menos una hora, mientras la famosa fotógrafa que Isabella había hecho llegar desde los Estados Unidos de América disparaba su cámara una y otra vez ante una pareja de aspecto feliz y conmovido.

Una interminable hora después, a Helena le dolía el rostro de tantas sonrisas fingidas. Terminada la sesión, besó en la mejilla al siguiente invitado que se acercó a ella en la recepción, deseando que todos llevaran un cartelito con su nombre.

Thea sí que los habría conocido a todos, y ya les habría preguntado por sus hijos o sus mascotas. Resultaba normal que la miraran todos con esa expresión de perplejidad. No era lo que esperaban.

Pero ella ya estaba acostumbrada a no serlo.

A su lado, Flynn parecía totalmente relajado y charlaba animadamente con todo el que se acercaba a ellos. Al menos él parecía encantado con la evolución de los acontecimientos.

—Hermoso día —saludó una mujer vestida con sombrero verde y una sonrisa falsa.

—¿Verdad que sí? —asintió Isabella, ignorando el tono de la mujer—. Estamos encantados de ser al fin una familia feliz.

—Estoy segura —contestó la señora Sombrero Verde—. Aunque aquí faltan un par de personas.

—Bueno —la carcajada de Isabella no reveló nada—, están los que tenían que estar, ¿verdad?

—Supongo. Aunque sí he echado en falta a un testigo por parte del novio —¡esa mujer era infatigable!—. Había oído que Zeke regresaría para la boda, y tenía muchas ganas de verlo.

La expresión de Isabella se congeló y la sonrisa se convirtió casi en un rictus. Interviniendo, Helena fabricó lo que esperaba pareciera una sonrisa de disculpa.

—Siento mucho meterle prisa, pero me temo que la fila de gente ya llega a la puerta y todos tienen ganas de que comience el banquete. Quizás Isabella y usted puedan charlar más tarde.

La señora Sombrero Verde asintió algo decepcionada. Nadie discutía con la novia el día de su boda, ¿verdad?

—Por supuesto. Isabella, tengo muchas ganas de hablar contigo, y con tus dos hijos —la mujer se dirigió al salón del banquete sin siquiera molestarse en saludar a Thomas.

A Helena le pareció una grosería, aunque seguramente Thomas se lo mereciera. De haber evitado a Ezekiel lo habría entendido. Su suegro fusilaba a cada invitado con la mirada.

Tras una eternidad, el último invitado entró en el comedor y Ezekiel desapareció de inmediato en el estudio.

Helena suspiró y se descalzó unos segundos para buscar el alivio del frío suelo.

—No entiendo por qué Thea no dejó los zapatos y el velo —observó Isabella mirando de reojo los zapatos rosas. Thomas debía de haberle informado de la situación—. Habría sido simple cortesía.

En realidad, la cortesía habría sido no fugarse el día de su boda, pensó Helena.

—A mí me gustan los zapatos rosas —contestó con la intención de irritar a su suegra.

—A mí también —la secundó Flynn recibiendo a cambio una brillante sonrisa de su esposa.

Quizás ese era el motivo por el que la gente se casaba. Para tener a alguien de tu parte a la hora de enfrentarse a los padres.

—Supongo que deberíamos habérnoslo imaginado —Thomas suspiró—. Me pregunto dónde estarán.

—¿Zeke y Thea? —inquirió Isabella—. Seguramente en algún lugar maquinando nuevas estratagemas para destrozar a nuestra familia.

—Estaban enamorados —se le escapó a Helena—. Querían estar juntos. Y creímos que esta sería la mejor opción. Flynn y yo —alargó una mano a ciegas y suspiró aliviada cuando él se la apretó con fuerza.

—Es verdad —asintió él—. Y sigo pensándolo.

—Puede que tengáis razón —concedió al fin Isabella—. Puede que sea lo mejor. Tú pareces menos inclinada al dramatismo que tu hermana. De no haber sido por la posición de Thea en la empresa quizás le habría sugerido a Ezekiel que te eligiera a ti para Flynn. Es más, se lo dije a Thea y supongo que ella comprendió que tenía una sustituta si la necesitaba.

—Madre —intervino Flynn en un tono de advertencia que bastó para que Isabella se callara.

Pero lo que no pudo detener fue la gélida sensación que le subió por la espalda a Helena, que, de inmediato, retiró la mano. Era muy consciente de ser la segunda opción, el último recurso, pero ¿se había figurado Thea realmente lo que iba a suceder? Al menos, Isabella no parecía del todo contrariada con el desenlace. Seguro que se imaginaba a Flynn radiante de felicidad.

Solo que él sabía que era algo temporal, mientras que su madre no.

Flynn sintió la mano de repente muy fría al perder el contacto con la de Helena. Y maldijo a su madre.

—¿Ya están dentro todos los invitados? —preguntó.

—Sí, por fin —asintió Helena con una sonrisa.

—Solo Dios sabe cuánto vino habrán bebido ya —Isabella tomó a Thomas del brazo—. Vayamos a ocupar nuestros asientos para que os puedan anunciar. ¿Tu padre piensa acompañarnos?

La pregunta fue formulada casi como un pensamiento en voz alta. Aunque Ezekiel estuviera convencido de que todo giraba en torno a su persona y su empresa, para Isabella era un evento social presidido por ella misma y por Thomas, el hombre por el que no había terminado de abandonar a su esposo, pero que era más esposo que el verdadero.

—Estoy seguro de que terminará por aparecer —contestó Flynn.

Sería típico de él darles plantón porque sus planes habían sido alterados y, aunque iba a ser muy feliz con Helena como nuera, el que no hubiera sido consultado le había molestado.

Thomas e Isabella entraron en el comedor y, de repente, Flynn se encontró por primera vez a solas con su esposa. Aún no habían hablado sobre el matrimonio e iban a necesitar un documento más legal que unos garabatos sobre una invitación sobrante.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Ya conoces a mi madre.

—Demasiado bien —asintió Helena, arrancándole una sonrisa a su marido.

—Ya, bueno. ¿Qué tal tu primer acto social como una Ashton? A mí me ha parecido que muy bien.

—Sí, en general, bien. Hubo un par de cotillas que preguntaron por Zeke,

aunque ninguno por Thea, por supuesto. Hubiera sido demasiado evidente. Tu madre y yo nos deshicimos de ellas, al menos de momento —ella suspiró—. Miedo me da pensar en las preguntas que se atreverán a hacer después de unas cuantas copas de champán.

Flynn comprendió que estaba en lo cierto. Los buenos modales seguramente habían evitado algunos comentarios y observaciones, pero en cuanto empezara la fiesta…

Lo cual significaba que los discursos debían ser lo bastante espectaculares como para darles otro tema de conversación. O al menos para hacerles percibir otro punto de vista.

—Tenemos que cambiar la historia —observó.

—Esa frase es de Thea —Helena enarcó una ceja—. Es una de sus mejores frases promocionales.

—Bueno, pues hoy viene muy a cuento. Tenemos que conseguir que los invitados tengan otra percepción de lo sucedido hoy.

—¿Por ejemplo sobre el hecho de que te hayas casado con la mujer equivocada?

—Exactamente.

El encargado del banquete acudió en su busca y Helena tomó a Flynn del brazo.

—¿Alguna idea? —murmuró ella mientras las puertas se abrían y el mayordomo les anunciaba.

—Una o dos.

—¿Por ejemplo?

Pero en ese instante fueron anunciados como el señor y la señora Ashton y el espectáculo comenzó de nuevo. Flynn sonrió para sus adentros. Sería el regalo de boda perfecto para su esposa.

Capítulo 3

No resultaba fácil evitar cierta sensación de amargura. Helena había dedicado semanas, junto con Isabella y el organizador de bodas, a elegir el menú perfecto. Y, de repente, allí estaba, en la mesa principal, y apenas podía probar nada.

Estaba muerta de hambre, pero el corsé tan eficientemente atado por Flynn le dificultaba la respiración más de lo que le gustaría.

Contempló con pena el postre antes de resignarse a probar tan solo una cucharada. También se obligó a mantenerse alejada del champán, pues las burbujas siempre se le subían a la cabeza y en un estómago vacío serían un desastre.

—¿Estás bien? Pareces algo… acalorada —observó Flynn.

A los ojos de los invitados la impresión que debían de dar era la de estar susurrándose palabras tiernas, ignorantes de que su esposo le preguntaba por qué su piel tenía de repente el mismo tono que los zapatos.

—Es el corsé. Mientras estaba de pie no había problema, pero ahora resulta algo agobiante —lo malo era que era una adicta al oxígeno. Y al postre.

—Lo siento —dijo él mientras sus mejillas empezaban a hacer juego con los zapatos de la novia—. ¿Quieres que…?

—Demasiado tarde —ella sacudió la cabeza—. Estaré bien. Solo necesito sobrevivir a los discursos y saldré a buscar a una doncella que me lo pueda ajustar.

—Pero que no te vea nadie —Flynn sonrió—. De lo contrario, desatarás rumores sobre un embarazo.

Embarazada. Por supuesto. Porque era una mujer casada. Y eso era lo que hacían las mujeres casadas. Les daban bebés a sus esposos.

Pero en esa ocasión, Isabella no lloraría ni la echaría de su casa.

Ya no sería un escándalo, algo vergonzoso. Sería algo deseado. Algo que pudiera conservar.

Y el hecho de que pudiera volver a romperle el corazón no importaba.

Un camarero retiró el plato aún lleno y Helena agradeció la interrupción de sus pensamientos.

—Llegó la hora de los discursos —anunció Helena tras consultar el programa de la boda.

—El primero será tu padre. Sus discursos siempre son buenos.

—¿Buenos? —ella miró incrédula a Flynn.

—Bueno, pues sí —él se encogió de hombros—. ¿No es así? Está acostumbrado a hablar en todos esos actos benéficos y siempre lo hace ante la junta directiva.

—Pues a mí no me extraña que Thea se acostara con Zeke —Helena sacudió la cabeza.

Sobre todo después de oír el discurso de su padre, que dedicó una parte a expresar lo contento que estaba porque, al acceder a casarse con Flynn, Thea al fin había tomado una decisión personal tan buena como las que tomaba en los negocios. Incluso Helena había tenido ganas de huir de allí.

Se preguntó qué perlas le habría reservado su padre, asumiendo que se hubiera tomado el tiempo de reescribir el discurso original.

—Damas y caballeros, amigos y familiares, bienvenidos a todos —Thomas Morrison se puso en pie y sonrió—. En este día tan especial quisiera agradeceros a todos que estéis aquí, no solo por mí, sino también en nombre de mis amigos Ezekiel e Isabella. Este día no habría resultado tan mágico sin vuestra presencia.

Hubo una pausa para los aplausos y ella tuvo que admitir que su padre sabía adular al público.

Era una pena que no supiera hacer que sus propias hijas se sintieran igual de especiales.

—La unión de nuestras dos familias ha sido largamente deseada y esperada. Y no solo por las evidentes razones comerciales, aunque sé que más de uno estará encantado al saber que sus acciones estarán a salvo un año más.

Las risas surgieron, sobre todo provenientes de una mesa de comensales de mediana edad acompañados por esposas bastante más jóvenes.

—Pero tengo otros motivos, mucho más importantes, para desear esta unión irrevocable.

Helena tragó nerviosamente al oír la palabra «irrevocable», y sintió que Flynn daba un respingo. ¿También pensaba en cómo dar por terminado ese matrimonio? ¿O cómo mantenerla en él?

—Helena, mi Helena, siempre ha sido mi niña bonita. Mi niñita. Y verla con un hombre como Flynn, un hombre al que ya había confiado mi empresa, es toda una alegría.

Las mejillas de Helena pasaron del rosa al rojo bermellón. Flynn le tomó una mano y se la apretó.

—Flynn —Thomas se volvió hacia su yerno—, hoy te he entregado un tesoro. Cuídalo bien.

—Lo haré, señor —la voz de Flynn se mantuvo firme y todo el mundo prorrumpió en aplausos.

—De acuerdo, puede que no haya sido tan horrible —murmuró ella mientras Thomas continuaba con una sarta de agradecimientos a Isabella por haber ayudado a criar a su hija y a organizar la boda—. Bueno, a ratos.

—Pues espera a oír el mío —Flynn bromeó.

Helena se puso tensa al instante. ¿Qué iba a decir? «Hola, chicos, ya sé que habéis venido para verme casar con otra mujer, pero ha habido un cambio de planes y, dadas las circunstancias, era la mejor opción posible. ¿Alguien quiere más champán?».

—Entiendo que te preocupe el hecho de haberte casado con un tipo al que ni siquiera hubieras considerado para una cita, y con el vestido de novia de

otra —le susurró él al oído con gesto perplejo—. Pero que la idea de mi discurso te ponga así de tensa… Ni siquiera necesitas el corsé.

—No es la idea de que pronuncies un discurso. Es la idea de que hayas adaptado un discurso destinado a Thea para que encaje conmigo. Saber que todos son conscientes de que en realidad estás hablando de otra mujer.

—Tú espera y verás —contestó Flynn mirándola con expresión amable.

Thomas pidió a los asistentes que se pusieran en pie para brindar por los novios.

—¡Por Flynn y Helena!

Al menos, de momento, nadie se había equivocado con el nombre.

Todos se sentaron de nuevo, Flynn se puso en pie y Helena dejó de preocuparse por las privaciones de oxígeno que le provocaba el corsé. De todos modos no hubiera podido respirar.

—Sé que lo tradicional sería que el novio brindara por las damas de honor —comenzó.

«Eso es, tú llama la atención sobre el carácter tan poco tradicional de esta boda».

—Pero, como sin duda habréis notado, mi esposa y yo no tenemos ninguna.

Una risita nerviosa circuló por el salón. Genial, aquello iba a ser brillante.

—Muchas cosas de esta boda puede que no hayan salido tal y como esperabais. Pero todo ha salido como debería.

Flynn sonrió a Helena, que, por primera vez en ese día, sintió que algo se aflojaba en su interior.

—Desde siempre hemos sabido que queríamos la unión de nuestras familias, un futuro como pareja, formar un equipo. Pero el amor no se puede planear, ni se puede programar un romance, o el deseo. Como bien hemos aprendido Helena y yo, no se puede engañar a Cupido.

Todo aquello era cierto, y describía a la perfección el descubrimiento realizado por Zeke y Thea. Pero por el modo en que Flynn lo decía, por cómo sonreía amorosamente a Helena, parecía que estuviera contando otra historia totalmente diferente.

Su historia.

—Creo firmemente que nuestra boda no ha sido más que el primer paso de un trayecto que durará toda la vida. Con Helena, juntos, nosotros y nuestras familias, nos enfrentamos a un maravilloso futuro. Y no podría estar más orgulloso de transitar este camino junto a mi esposa.

Flynn tiró de ella para que se pusiera de pie a su lado, rodeándole la cintura con un brazo mientras levantaba la copa de champán con la otra mano.

—Por Helena —el brindis fue coreado por todos los invitados.

Y, por un instante, allí de pie con el vestido de su hermana que le quedaba demasiado ajustado y unos zapatos que la estaban matando, Helena vio el futuro que Thea había planeado para sí misma.

Casi le pareció el cuento de hadas que se suponía debía ser. Al menos por

un instante. Hasta que los invitados empezaron a corear una petición.

—¡Que se besen, que se besen!

De repente, Helena deseó que el corsé le apretara tanto que le provocara un desmayo.

Imaginarse un futuro de cuento de hadas no era lo mismo que besar al príncipe. Habían conseguido evitarlo en la iglesia, pero después de los brindis, esa gente exigía una satisfacción y cualquier otra cosa no haría más que despertar de nuevo los rumores.

Y no podía permitir que sucediera. No después del bonito discurso de Flynn.

Si querían un beso, iba a tener que dárselo.

—Nunca me imaginé que el primer beso de mi marido fuera a ser tan público —ella se volvió a Flynn.

—Solo es para la galería —él sonrió.

Por supuesto. No estaban realmente enamorados, a pesar de lo que Flynn había sugerido en su discurso. Ese matrimonio era solo temporal, no podía durar. No cuando ella no podía darle a Flynn lo que él más deseaba.

A Helena se le aceleró el corazón mientras él la abrazaba y la atraía hacia sí y los gritos se transformaban en una ovación.

«Solo es para la galería», las palabras resonaban en su mente mientras Flynn bajaba la cabeza para besarla. «Si esto es solo para la galería, ¿cómo voy a sobrevivir a lo verdadero?».

Todo fingido. Esa era la clave.

Salvo que no era así.

La única razón por la que su primer beso tenía lugar delante de un nutrido público era la necesidad de demostrarles que Helena no era un triste premio de consolación. Pero también tenía que demostrárselo a Helena.

Y Helena sabía la verdad.

Si él quería seguir adelante, creer en un futuro juntos, debía empezar en ese instante. Con su primer beso.

El silencio se hizo absoluto mientras Flynn se inclinaba más y cerraba los ojos en el instante en que sus labios se rozaban, suavemente al principio, sin querer asustarla. Pero de repente él la agarró con más fuerza e intensificó el beso.

Helena sabía a champán y a oro, caro y chispeante, su boca, cálida y complaciente. Flynn había pretendido demostrar algo con ese beso, pero ya no se acordaba de qué era. Solo podía pensar en lo suave que era su cuerpo, en lo perfectamente que encajaba con el suyo.

Abrió los ojos buscando su reacción, pero ella mantenía los suyos cerrados.

Los invitados habían prorrumpido en vítores y de repente él tuvo la sensación de haberse puesto en evidencia ante su absoluta rendición a un simple beso.

Si su primer beso lo había dejado casi sin sentido, ¿qué pasaría con el

segundo? Por no hablar del tercero, y el cuarto…

A regañadientes, soltó a su esposa y se apartó lo suficiente para advertirle que el beso había terminado. Ella abrió los ojos y lo miró confusa, con la brillante mirada azul turbia. Al menos no había sido él el único en perder la cabeza por un beso.

—Bueno —susurró Isabella—, ahora nadie tendrá la menor duda de que ambos habéis conseguido lo que buscabais de este acuerdo —no quedaba claro si lo aprobaba o no.

Flynn se inclinó a pensar que lo desaprobaba, aunque tampoco importaba gran cosa, pues se había casado con Helena y nadie podía hacer nada al respecto.

—Ya casi hemos terminado —murmuró él, tomándole la mano.

Helena se lo permitió durante unos segundos, antes de retirarla mientras le ofrecía una sonrisa, amable aunque evasiva.

Flynn frunció el ceño. ¿Qué había pasado? Helena le había correspondido en el beso. ¿A qué venía esa repentina frialdad?

A medida que los invitados terminaban sus cafés y se dirigían al salón contiguo donde habían dispuesto un bar y la banda se instalaba en la terraza, Flynn observaba a su esposa.

Helena había sido clave en la preparación de la boda, pero no había participado en la redacción del contrato prematrimonial. Sin embargo, era la hermana de Thea y sin duda le habría contado algo, ¿no? Lo cual significaba que seguramente estaba al corriente de que durante los dos primeros años las relaciones íntimas no eran obligatorias. Thea había solicitado tiempo para adaptarse a su vida de casada y para continuar construyendo su carrera antes de formar una familia. Y, dado que no estaban enamorados, ni siquiera se deseaban, el sexo no sería necesario hasta pasados esos dos años. Al menos, sobre el papel.

Sin embargo, sí había una cláusula de fidelidad. En el último momento, Thea había cambiado de parecer sobre lo que quería, en términos físicos. Había solicitado que se conocieran como marido y mujer, antes de tener hijos.

Aun así, quizás no había hablado de esos cambios de planes con Helena. Y, aunque lo hubiera hecho, no existía ningún contrato entre Helena y él. Ningún acuerdo debatido y consensuado. Solo confusión, falta de claridad y un potencial para la falta de comunicación.

Por eso el mundo necesitaba el papeleo.

Iba a tener que hablar con ella de la situación y de lo que deseaban para el futuro. Antes de acudir a los abogados sería bueno tener una idea de sus necesidades individuales.

Pero tendría que esperar a que estuvieran solos. Con doscientos invitados pendientes de ellos, esperando otro beso o alguna señal que explicara lo que realmente había ocurrido aquella mañana, Flynn se temía que la espera iba a ser larga.

Una sonrisa afloró a sus labios a medida que una idea penetró en su mente.

Había una manera de estar prácticamente a solas sin dejar de ser observados.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Helena.

—Estoy pensando en nuestro primer baile —contestó él con total sinceridad.

—No podrá ser más espectacular que nuestro primer beso —ella se cubrió el rostro, azorada.

—No te metas con el beso —Flynn se reclinó en la silla—. Creo que podría establecer la pauta para nuestro matrimonio.

Helena lo miró con incertidumbre y él intentó devolverle una mirada tranquilizadora. En cuanto hubiera hablado con su esposo de los términos del contrato, se sentiría mejor. Y él también, en cuanto supiera que ella lo acompañaba al cien por cien. Estaba seguro de que podría convencerla de que lo mejor para todos sería continuar con el matrimonio.

Aunque tuviera que besarla cien veces.

—Y ahora, por favor, demos la bienvenida al señor y la señora Ashton en su primer baile.

Helena temía que el rostro se le fuera a resquebrajar de tanto sonreír. Aun así, intentó seguir adelante con el número de la novia extasiada de felicidad mientras tomaba la mano de Flynn y se dirigía al centro del salón de baile. ¿Cómo se las había arreglado Isabella para encontrar una villa con salón de baile? Esa mujer tenía unas ridículas habilidades mágicas, o algo así.

—¿Estás bien? —preguntó Flynn mientras la orquesta atacaba las primeras notas. Thea había elegido la música personalmente, pero era Helena quien la bailaba.

—Estoy bien —ella sonrió y miró a su marido con la esperanza de que no se diera cuenta de que mentía. Estaba muy lejos de estar bien.

Todo había sido por culpa del beso. El beso la había dejado con las rodillas flojas y el cerebro aturdido, tras las felicitaciones, el discurso de Flynn y todos diciéndole que ese era el día más feliz de su vida.

Extraño y confuso, quizás, pero ¿el día más feliz? No era la palabra más adecuada.

Flynn la guio por la pista de baile, moviendo los pies sin necesidad de pensar, como si tuviera los pasos grabados en la cabeza. Lo cual, conociendo a Flynn, seguramente era cierto.

—Bueno —observó él—, creo que hemos sobrevivido a este día sin mayores desastres.

—Eso parece —concluido el baile, lo único que quedaba era marcharse. Pero Flynn y ella no se iban a ninguna parte. Como mucho, a la planta de arriba.

A la cama.

¿Dónde iban a dormir? ¿En la suite nupcial dispuesta para una romántica noche de bodas? ¿O en la habitación más pequeña que Helena se había adjudicado? ¿O quizás en la habitación de Flynn en el otro extremo de la villa?

Y, lo más importante, ¿iban a acostarse Flynn y ella en la misma cama?

—Sobre eso —balbuceó—. Sobre lo de sobrevivir a este día. Sobre la noche…

—No te preocupes —Flynn se rio por lo bajo—. No creo que nadie esté lo bastante sobrio como para darse cuenta de dónde dormimos esta noche. ¿Por qué no te instalas en la suite nupcial, por si a alguien se le ocurre echar un vistazo? Yo me quedaré en mi habitación. De todos modos, tengo trabajo mañana y mi ordenador y mis cosas están allí.

Y justo cuando empezaba a pensar que Flynn parecía un poco más entusiasta con la boda de lo que se habría esperado. Pero no, todo seguía siendo para la galería, el espectáculo.

Sin embargo, el beso no le había parecido fingido. Desde luego había sido todo un espectáculo, pero había parecido muy real.

No debía desarrollar sentimientos hacia ese hombre. Su esposo. Todo debía permanecer en un plano profesional hasta que pudieran sentarse y acordar el modo de dar por finalizada la unión.

Si no acababa con todo aquello enseguida, tarde o temprano iba a tener que contárselo todo. Explicarle por qué no podía darle lo que más quería.

La orquesta atacó la parte final y Flynn la hizo girar con más entusiasmo. Seguramente obedecía a un plan, y lo cierto fue que el público prorrumpió en aplausos mientras Helena intentaba animarse pensando que casi habían terminado. Una hora más y servirían la tarta y un ligero buffet nocturno, aunque nadie podía tener hambre después de la cena que acababan de tomar. Excepto ella. El ridículo corsé le seguía imposibilitando comer.

La orquesta concluyó y Flynn culminó una última pirueta.

Un aplauso estalló en el salón de baile mientras él le dedicaba una sonrisa, íntima como ninguna que le hubiera visto antes. La sujetaba firmemente por la cintura y ella tuvo la convicción de que iba a besarla nuevamente. Casi lo esperaba. Casi lo deseaba.

Y eso era muy peligroso.

Con una sonrisa tensa, se apartó de él. Flynn se lo permitió y ella se descubrió irritada ante la sensación de decepción que surgió desde su interior.

—Creo que el siguiente baile es para mi padre.

—Por supuesto —contestó Flynn sonriente—. ¿Quiénes somos nosotros para alterar las tradiciones?

—Efectivamente, ¿quiénes somos? —Helena se dio media vuelta y fue en busca de su padre. Quizás no fuera su persona favorita, pero sí era mucho más seguro estar con él que con su marido.

Varias horas, y unos cuantos bailes, después, la velada se aproximó a su fin. Helena había pensado hacer una salida triunfal mucho antes, pero eso la situaría en la suite nupcial, a solas con su marido mientras doscientas personas aguardaban expectantes en la planta inferior ante cualquier sonido que indicara que el matrimonio se estuviera consumando.

A medianoche los invitados comenzaron a retirarse. La mayoría se alojaba

en los hoteles del pueblo, donde había plenitud de bares a su disposición.

Unos pocos familiares y amigos íntimos de Isabella se alojaban en la villa, aunque Helena tenía esperanzas de poder evitarlos. La suite nupcial estaba en un extremo de la villa y disponía de su propio cuarto de baño, junto a la suite de su padre y la de Ezekiel e Isabella, aislándola así del resto de las habitaciones. Zeke y Flynn habían sido alojados en el otro extremo de la villa, aunque quizás podría persuadir a su esposo para que se instalara en el dormitorio que ella había ocupado hasta esa noche. Alguien podría trasladar discretamente el material de trabajo de Flynn y así resultaría más fácil ofrecer la ilusión de que compartían la suite nupcial.

Helena se acercó a Flynn para explicarle sus planes, pero su esposo ya abandonaba el salón tras el padre de Helena y su propio padre. ¿Adónde iban?

Frunciendo el ceño, ella se decidió a averiguarlo, pero una férrea mano la detuvo.

—¿Adónde van los hombres? —preguntó Helena en lo que esperó fuera un tono de desconcierto.

—Creo que Ezekiel y Thomas tenían algunos detalles que cerrar con Flynn después de… los sucesos de hoy —jamás una boda había sido descrita en ese tono.

—¿Qué clase de detalles?

Isabella agitó una mano en el aire como si intentara quitarle preocupaciones de la cabeza a su nuera. Pero Helena sí se preocupaba, sobre todo porque sabía que estarían hablando de ella.

Y no solo hablando. Estarían planificando su vida, sin que ella pudiese intervenir.

—Solo algunas pequeñas cosas, nada más —insistió Isabella—. Seguramente habrá que hacer algunos ajustes al contrato matrimonial original.

Claro, y eso no era más que una pequeña cosa sin importancia.

—¿Y no crees que yo debería participar para dar mi opinión? —preguntó Helena.

—No creo que fuera a servir de gran cosa —Isabella la miró con gesto despectivo.

Lo cual era deprimentemente cierto, aunque no significaba que no pudiera dar su opinión.

La puerta se cerró tras los hombres y Helena supo que cualquier posibilidad de colarse en la reunión había pasado. Solo le quedaba esperar a conocer la decisión que tomaran.

Y después decidir si estaba dispuesta a seguir adelante con ello o no.

Helena se permitió una pequeña sonrisa. Podían hacer todos los planes que quisieran, pero no mandaban en su vida. Flynn podía ser su esposo, pero no era su dueño. Y no había firmado ningún papel prometiéndole nada.

Su futuro era suyo, y no permitiría que los hombres de su vida le dijeran qué hacer con él.

—Voy a subir a la suite nupcial —informó a Isabella en un tono dulce y

casual.

—Por supuesto —su suegra soltó el brazo de Helena y escrutó su rostro—. Estoy segura de que Flynn no te hará esperar demasiado.

Seguramente hasta el día siguiente, a tenor de la conversación que habían mantenido mientras bailaban, algo que Isabella sin duda desconocía.

—Bueno, pues será mejor que me prepare para él —sonriendo, se dispuso a buscar a una doncella que pudiera ocuparse de los enseres de Flynn.

—Helena —la llamó Isabella. Tenía el ceño fruncido, como si aún no entendiese lo sucedido—. Solo quería decirte que… quizás al final las cosas se hayan resuelto del mejor modo. Quizás sea una oportunidad, un nuevo comienzo para Flynn y para ti. Sobre todo para ti.

—Eso espero —la sonrisa de Helena se extendió hasta provocarle un intenso dolor en las mejillas—. Ya era hora de que se me concediera una segunda oportunidad por aquí.

Y, sin añadir nada más, se volvió hacia la puerta, dando por finalizado el día de su boda.

Había llegado la hora de la noche de bodas.

Capítulo 4

—Bueno, menudo día —Thomas Morrison se dejó caer en uno de los sillones junto a la chimenea del despacho de Ezekiel—. Dime que sigues teniendo ese buen brandy, amigo mío.

—Por supuesto —contestó el aludido con su habitual tono irritable—. ¿Flynn?

Mientras su padre se sentaba en el otro sillón, Flynn se dirigió al armario de las bebidas y sacó tres copas de cristal. Después del día que había pasado, se merecía un trago.

—Bueno, bueno —Ezekiel tomó la copa de brandy—. Ya eres un hombre casado.

—Mi yerno —añadió Thomas.

—Cierto —Flynn estiró las piernas.

—Quizás ahora podrías explicarnos exactamente en qué estabas pensando —el gélido tono de Ezekiel habría hecho que cualquiera se estremeciera, pero su hijo estaba acostumbrado.

—Estaba pensando en lo mejor dada la desafortunada situación —Flynn le sostuvo la mirada.

—¡Teníamos un plan! Teníamos un contrato firmado. ¿Y ahora qué tenemos? Una estúpida rubia que no sabe nada de la empresa y con la que te has casado sin tener un contrato prenupcial. Seguramente se largará antes de que celebréis vuestro primer aniversario —Ezekiel se volvió hacia Thomas—. Sin ánimo de ofender.

—No me he ofendido —el padre de Helena se encogió de hombros—. Helena nunca ha sido la más fiable de mis hijas, pero, tendrás que admitirlo: hoy se ha portado.

—Es verdad. Y nuestra situación sería mucho peor si no lo hubiera hecho —Flynn se frotó la frente, repentinamente muy cansado—. Escucha, Helena ha accedido a negociar el nuevo contrato matrimonial en cuanto se haya calmado el ambiente. Aparte de eso, quizás no tenga las habilidades sociales de Thea, pero tiene otros talentos.

—Apuesto a que los tiene —murmuró Ezekiel.

—Es una gran anfitriona, afable y atractiva. Y, sobre todo, su principal interés está en nuestra familia y en la empresa. Fue idea suya ocupar el lugar de Thea. Pretendía proteger la reputación de su hermana —y de paso evitar tener que explicarles a sus padres lo de Thea y Zeke.

—Ah, sí, su hermana —Ezekiel se reclinó en el sillón—, llegado el momento habrá que hablar de eso. Pero lo hecho, hecho está. Lo que importa ahora es el siguiente paso. ¿Thomas? ¿Tú qué opinas?

—Helena es, en general, una buena chica. Tuvo sus momentos, pero espero que todo aquello haya pasado. Isabella cree que quizás por eso ocupó el lugar de Thea, para demostrarnos que estaba dispuesta a dejar atrás el

pasado.

—¿Eso cree? —Ezekiel asintió—. Esa mujer tiene una buena percepción. Es una de las razones por las que estoy casado con ella.

—¿Qué pasado? —Flynn frunció el ceño al asimilar las palabras de Thomas—. ¿Qué ocurrió? —se estaba perdiendo algo.

—Nada de lo que debas preocuparte, hijo —Thomas sonrió.

Su propio padre jamás lo había llamado «hijo». Por otro lado, Thomas siempre había deseado tener un varón sin conseguirlo jamás. Ezekiel había querido tener uno y, por accidente, se había encontrado con dos.

«Un heredero y otro de repuesto», el recuerdo de las palabras resonó en la mente de Flynn. Palabras pronunciadas por su padre hacía una veintena de años. «Pero uno nunca quiere tener que echar mano del de repuesto. Y en este caso, bueno, la sangre es la sangre y tú no llevas la mía».

Recordaba el momento con meridiana claridad. Siempre había conocido su condición de adoptado. Pero oír a su padre explicarle por qué jamás sería importante, jamás sería lo bastante bueno, jamás contaría realmente…

—Helena hará lo que se le ordene —dictaminó Ezekiel—. Y si no lo hace… siempre puedes dejarla embarazada. Eso suele calmar a una mujer. Tú asegúrate de que firma los papeles antes de que nazca el niño —la risa sibilante de su padre sonaba como una maldición.

«No puedo acostarme con ella», pensó Flynn mientras intentaba disimular las náuseas.

No sería justo. Él no era como su padre, ni siquiera como el de Helena. Y, por mucho que deseara un hijo, un heredero de su sangre, necesitaba elaborar antes un plan. No utilizaría a su hijo como herramienta o arma.

Tal y como Ezekiel les había utilizado a Zeke y a él.

—Creo que sé cómo manejar a mi esposa —mintió Flynn.

A Thea sí habría sabido manejarla. La había investigado, pasado tiempo con ella para asegurarse de conocerla bien.

Y aun así, le había pasado desapercibido que estaba enamorada de su hermano.

Sin embargo, sobre Helena no tenía ni una pista.

No obstante, estaba dispuesto a aprender. Tenía que saber si se quedaría a su lado, junto a él, antes de poder creer en ese matrimonio. Y eso significaba mantener las manos apartadas de ella.

—Si eso es lo que crees —Ezekiel soltó otra carcajada—, eres aún más estúpido de lo que pensaba. Ningún hombre sabe realmente cómo manejar a una mujer. Pero inténtalo, si te atreves. Tienes dos semanas por delante. Consigue que te firme algo vinculante, los mismos términos generales que habíamos acordado para su hermana, y te dejaré que la «manejes». Pero, si a tu regreso a Londres no tienes hecho el papeleo, Thomas y yo tomaremos el mando.

Flynn apretó la copa de cristal con tal fuerza que, de no haber sido de tan buena calidad, se habría hecho añicos. No se trataba simplemente del control

del negocio. Se trataba de él y de su futuro, y el de Helena. Había pensado que al verse su padre obligado por Zeke a nombrarle director general, al fin se le permitiría tomar el mando. Sin embargo, al parecer, ni siquiera tenía el poder sobre su propio matrimonio.

—Lo conseguiré —aseguró con firmeza—. Helena es mi mujer, este es mi matrimonio, y con el tiempo será mi compañía. No necesito que vosotros dos intervengáis como un par de matronas.

—Entonces te lo dejamos a ti —Ezekiel se puso en pie seguido por Thomas—. Mañana por la mañana tomaremos el avión, pero tu madre querrá que nos veamos antes.

Flynn asintió. En breve estaría solo con Helena. Lo solucionaría. Tenía que hacerlo.

—Dos semanas, Flynn —Ezekiel se detuvo ante la puerta—. Espero tener esos papeles sobre mi mesa a las veinticuatro horas de tu regreso a Londres. De lo contrario, tomaré medidas.

Antes de que Flynn pudiera contestar, la puerta se había cerrado. Tenía que hablar con su mujer.

Pero lo que hizo fue levantarse y servirse otro brandy. «Cada cosa a su tiempo», decidió.

La suite nupcial era más grande de lo que recordaba.

Sus pertenencias habían sido trasladadas allí, seguramente durante el banquete.

Sacudió la cabeza y se acercó a la cómoda en busca de su camisón, de delicado satén.

«Por si acaso», le había aconsejado Thea mientras hacían las maletas en Londres. «Un gran porcentaje de parejas se conoce en las bodas de algún amigo común. Nunca se sabe».

Helena había interpretado las palabras de Thea. Era hora de pasar página, de empezar a vivir de nuevo. Nunca había hablado con su hermana de las horas pasadas con el terapeuta, hablando de sus recuerdos, asintiendo mientras le aseguraban que no debía culpabilizarse por lo sucedido.

¿Cómo explicar que saber todo eso era una cosa y actuar sobre ello otra totalmente diferente?

Y de repente ahí estaba, casada con el cuasi director general de la empresa familiar, el hombre que había dado nombre a la patología «adicto al trabajo». Genial.

Guardó el bonito camisón en el cajón y sacó un par de pantalones cortos y una camiseta. No había muchas posibilidades de que Flynn llegara a apreciar lo que llevaba puesto esa noche.

Sentándose sobre la cama, Helena tomó el teléfono móvil de la mesilla. Una oleada de nostalgia la inundó.

Echaba de menos a su hermana.

Necesitaba a Thea para hablar de toda aquella locura. Se pondría a gritar, de eso estaba bastante segura, y luego le diría que era una idiota y que no

hacía falta que hiciera eso. Seguramente, también lloraría y se sentiría culpable.

Pero la ayudaría a solucionarlo, de alguna manera.

Helena soltó un suspiro y dejó caer el teléfono sobre la colcha. Precisamente por ello no podía telefonear a su hermana. Por primera vez en su vida, Thea había optado por perseguir su sueño, su felicidad, en lugar que quedarse atrás y ayudar a Helena, o a la familia, o al negocio. Y no podía fastidiarlo todo llamándola y devolviéndola de golpe a la locura familiar.

Lo cual significaba que tendría que solucionarlo ella sola.

Abrazándose por la cintura, Helena se tumbó de lado en posición fetal, pequeña e insignificante en la enorme habitación. Por supuesto había otra razón para no contarle nada a Thea…

«¿Lo tenías todo planeado?».

Esa sería la pregunta de Thea. Quizás no la primera, pero al final surgiría. Thea debía de estar al corriente de que, siendo adolescente, ella había estado enamorada de su futuro cuñado. A los catorce

o quince años solo había pensado en Flynn. Era amable, formal y sus ojos la hechizaban con cada mirada. Pero, sobre todo, nunca la trataba como la «pequeña Helena», como hacían los demás. Flynn la había contemplado como a una persona.

Tenía seis años más que ella y ya estaba en la universidad, regresando a casa solo durante las vacaciones y para los cumpleaños. Quizás fuera por eso: no se quedaba el tiempo suficiente para hartarse de la niñata, al contrario que Thea y Zeke. También se había asegurado de que Flynn permaneciera ignorante de sus sentimientos hacia él. Y no estaba dispuesta a revelárselos jamás.

¿Había manipulado inconscientemente la situación para que fuera ella la que terminara por llevar ese vestido? No lo creía, pero lo cierto era que no había dudado mucho en vestirse de novia.

Le había dicho a Flynn, y a sí misma, que todo era por salvaguardar y proteger a la familia, incluso a Flynn, de la vergüenza. Pero en el fondo temía haberse casado con él porque una parte de su ser no había superado ese enamoramiento adolescente.

De lo que sí estaba segura era de que un capricho adolescente no era motivo suficiente para permanecer casada, como tampoco lo era la lealtad a la familia.

Quizás fuera el champán o la falta de comida, pero Helena no podía quitarse el pensamiento de la cabeza. Aunque no fuera para siempre, ¿podía dejar pasar la oportunidad de vivir la noche de bodas con la que había soñado a los catorce años?

Se le encogió el estómago. ¿Debería siquiera intentarlo? Thea, el terapeuta, todos le aconsejaban pasar página. Lo había intentado, pero jamás le había parecido lo bastante seguro.

Flynn nunca le haría daño ni la obligaría a hacer algo que no quisiera. Y

era lo bastante caballeroso como para dejarla marchar si cambiaba de idea.

Además, era su esposo. Aunque no quisiera, no pudiera, darle hijos, sí podría darle eso. ¿No se merecían algo bueno después de un horrible día?

Mejor que bueno. Quizás no tuviera demasiados elementos de comparación, pero ese beso… Alguien que besaba así no podía ser menos que espectacular.

Helena tragó nerviosamente. Estaba a punto de comenzar el resto de su vida. Había cumplido con su parte y ya no estaba dispuesta a perder más tiempo intentando hacerse perdonar. Quizás el matrimonio no duraría más de lo que tardara la tinta en secarse sobre los papeles del divorcio, pero eso no significaba que no pudieran celebrar la ocasión.

Acercándose a la cómoda, volvió a sacar el camisón.

Había llegado la hora de empezar de nuevo.

Flynn estaba a punto de dar cuenta del segundo brandy cuando una llamada en la puerta lo detuvo. Parpadeó confuso. ¿Quién iba a buscarlo pasada la medianoche?

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente y Flynn soltó la copa al ver asomar a Helena.

—Menos mal —ella le dedicó una extraña sonrisa—. Estás solo. Habría resultado embarazoso.

—¿Embarazoso? —preguntó él. Aunque al verla entrar en el estudio, lo comprendió todo.

El satén del camisón se pegaba a las generosas curvas y los pezones se le marcaban a través de la fina tela. De repente, sintió un enorme deseo.

—Estaba sentada en la cama y me he puesto a pensar —Helena se volvió para cerrar la puerta y la mirada de Flynn se clavó al instante en el redondeado trasero. Estaba condenado.

—Pensar… —repitió él. No tenía ni idea de qué estaba sucediendo, y no iba a tener muchas posibilidades de averiguarlo si esa mujer seguía hablando en monosílabos—. ¿Pensar sobre qué?

—Sobre todo… —ella se volvió con una sonrisa resplandeciente, feliz, dibujada en el rostro.

Como la antigua Helena que él recordaba. Helena a los catorce años, siguiéndolo por la casa el día de Navidad, con su nueva cámara de fotos en la mano.

—¿Te refieres a la boda? —preguntó Flynn, orgulloso de haber logrado pronunciar tan sesuda frase ante ese camisón de satén.

—Más bien al matrimonio —Helena se sirvió un brandy antes de rellenarle a él la copa.

Sentada en el sillón que había ocupado Thomas, Helena cruzó las piernas y dejó al descubierto unos finos tobillos. Flynn siempre había considerado los tobillos un lugar bastante seguro al que dirigir su mirada, hasta ese momento. El único pensamiento que poblaba su mente era el de deslizar la mano por esa

pierna cruzada, descruzarla y…

No. Ya había decidido que no intimaría con su mujer hasta haber acordado los términos de su unión. Necesitaba tenerla bien amarrada antes de arriesgarse a algo como un embarazo, o peor.

—¿Querías hablar sobre el contrato matrimonial? —preguntó él soltando la copa intacta.

Lo único que sentía en esos momentos era lujuria. Nada preocupante, mientras no hiciera nada al respecto. Un revolcón de una noche sería una liberación temporal, y cómo la deseaba. Pero un hombre no podía tener un revolcón con su propia mujer. No funcionaba así.

—No exactamente —ella volvió a sonreír, tentadora.

De repente, a Flynn le pareció que toda la estafa había merecido la pena, solo por ver esa sonrisa.

No tenía por qué cerrarle la puerta permanentemente. Solo aplazarlo hasta fijar los detalles. La anticipación haría que todo resultara aún más dulce.

Bastaba con tener paciencia y ¿quién mejor que él para poner en práctica la paciencia? El hombre que se había pasado la vida esperando aceptación, un lugar en la familia, que confiaran en él. Estaba muy cerca de lograrlo y no permitiría que su libido la fastidiara.

—Estaba pensando que estar casado podría tener sus puntos positivos —continuó Helena.

—No estoy seguro… —Flynn se concentraba en no pensar en esos puntos positivos.

—Quiero decir que tenemos una oportunidad para conocernos mejor —ella se acercó más a Flynn, que podía oler su piel. Olía a rosas, y estaba a punto de matarlo.

—Te conozco desde que naciste —observó Flynn—. Creo que ya nos conocemos bastante bien.

—Quizás —la sonrisa de Helena fue breve y tímida, casi triste—. Pero hemos cambiado.

Flynn frunció el ceño. Sabía que había algo que él desconocía sobre el pasado de Helena.

—¿Con respecto a cuando éramos niños? —él soltó una carcajada—. Eso espero.

—Con respecto a esta mañana, Flynn —el hermoso rostro de Helena adquirió una expresión seria—. Ahora eres mi esposo, y yo tu mujer. Soy la señora Ashton, ¿recuerdas?

—Lo sé —él asintió—. Y supone una gran… oportunidad para ambos. Por eso creo que deberíamos dedicarle un tiempo a decidir lo que significa.

—Me alegra saber que piensas así —ella parpadeó perpleja y reculó en el asiento.

—¿Qué esperabas? —preguntó Flynn sin estar muy seguro de querer saber la respuesta.

—Desapareciste con mi padre y el tuyo, seguramente para hablar del

efecto de nuestro matrimonio sobre las acciones de la empresa —Helena se encogió de hombros—. Comprende que piense que el aspecto humano de esta unión no sea prioritario para ti.

—No es eso —le aseguró él—. Pero nuestros padres se marchan mañana por la mañana y quería hablar con ellos antes. Así no tendremos que pensar en ellos mientras disfrutamos de nuestra luna de miel —así podría centrarse en el objetivo de lograr que su esposa firmara el maldito acuerdo.

—Nuestra luna de miel… —Helena se humedeció los labios y la mente de Flynn voló de nuevo a ese primer beso y a cómo había sentido el cuerpo de esa mujer pegado al suyo.

No le estaba ayudando en nada.

—Tengo algunas ideas para la luna de miel —continuaba ella—, y para conocernos mejor —volvió a inclinarse hacia él y Flynn retrocedió, a pesar de que le resultaba casi físicamente doloroso.

—Yo también —contestó—. Lo primero que tenemos que hacer es solucionar el papeleo.

—El papeleo —Helena parpadeó confusa.

—Creo que es importante —insistió él sin apartar la mirada de los ojos azules. No iba a ocultarle nada, ni a fingir que no se daba cuenta de lo que le estaba ofreciendo.

Nada de sexo hasta que los papeles estuvieran firmados. Aunque lo matara.

—Lo que quieres decir es que tu padre quiere asegurarse de que he renunciado por escrito a mis derechos antes de poder clavarte mis garras —Helena se levantó y sacudió la cabeza—. En realidad, no tiene de qué preocuparse. Yo no quiero tu dinero ni tu negocio. Ni siquiera quiero este estúpido anillo, pero no consigo quitármelo.

—Estuviste de acuerdo con este matrimonio. Nadie te obligó a nada y lo único que firmaste antes de los votos fue una invitación sin valor alguno.

—Ya lo sé —contestó Helena, bastante irritada—. Y sé que ese papeleo es necesario para poder salir de este lío lo mejor posible cuando…

—Ese no es el motivo —había llegado el momento de dejarle claro que su unión no iba a ser temporal para él—. Es necesario para que puedas ser mi esposa de pleno derecho, sin equívocos. Tenemos que hacerlo oficial. Legitimarlo.

—Querrás decir legitimarte a ti —furiosa, Helena lo taladró con la mirada —. Necesitas esos papeles para demostrar que realmente formas parte de la familia. Crees que será más sencillo para ti cuando seas director general en lugar de tu padre, ahora que Zeke se ha marchado.

—En parte —asintió Flynn—. Pero no es solo eso.

—¿En serio? —preguntó ella con poco convencimiento—. Entonces, explícame una cosa. Si te hubieras casado hoy con Thea, ¿estarías ahora mismo aquí abajo bebiendo brandy a solas, o estarías metido en su cama?

Capítulo 5

Helena casi prefería no conocer la respuesta. Había sido una pregunta estúpida, pero una de la que, una vez formulada, ya no podían escapar. Sabía que Thea no lo amaba, pero nunca se había parado a pensar en los sentimientos de él. Había supuesto, dado el habitualmente pragmático carácter de ese hombre, que se trataba de un matrimonio de conveniencia.

Incluso alguna vez había llegado a preguntarse si Flynn no sería gay y su matrimonio con Thea una elaborada tapadera para ocultarle la verdad a Ezekiel.

Pero Flynn no era gay. Un gay no podría haberla besado de ese modo. Helena sabía muy bien cuándo un chico la deseaba, y la mirada de Flynn le hablaba a gritos de lujuria y deseo.

Sin embargo, no iba a tomarla, aunque se le ofreciera en bandeja. Por la experiencia de Helena, siempre había razones para un control así, y solían obedecer a la fidelidad hacia otra persona.

¿Y si Flynn amaba a Thea? ¿Y si en esos momentos tenía el corazón destrozado y ahogaba su tristeza en el brandy mientras ella intentaba seducirlo vestida de blanco satén?

Ya no había vuelta atrás. Y necesitaba saber la verdad.

—Contéstame, Flynn. ¿Te habrías acostado con Thea esta noche? —insistió.

—Seguramente —él evitó su mirada—. Habíamos hablado sobre comportarnos como marido y mujer desde el principio.

Helena apretó la mandíbula. Casi se imaginaba la conversación, seguramente encajada entre comentarios sobre previsiones cuatrimestrales. Thea, fría y profesional. Y Flynn tan imperturbable como siempre, dándole la misma importancia al presupuesto que a su vida sexual.

—Pero con Thea era diferente —se defendió Flynn—. Estábamos, bueno, yo estaba…

«Enamorado», Helena terminó la frase en su mente. Contra eso no podía hacer nada, no si estaba enamorado de su hermana.

—Teníamos papeles —concluyó él, como si con eso se explicara todo.

Y para Flynn seguramente lo explicaba.

—¿Eso es lo único que buscas en este matrimonio? ¿Papeles? —qué humillante resultaba esa conversación vestida con un camisón transparente. ¿Cómo se le había ocurrido que podría ser una buena idea?

—No —contestó él en tono firme y tajante. Un tono que había empleado alguna vez con Thea, pero jamás con Helena. Nunca habían estado lo bastante unidos. Ni siquiera cuando ella tenía quince años.

—Entonces, ¿qué quieres? —Helena necesitaba encontrarle algún sentido a todo aquello—. No quieres esto —deslizó una mano por el camisón—. Pero tampoco pareces querer un divorcio rápido. De modo que cuéntame, ¿qué

quieres?

—Quiero una esposa. Quiero papeles. Quiero que se haga algo según mi plan, aunque solo sea una vez —Flynn vació la copa de brandy de un trago.

Helena lo miró perpleja. ¿Estaba Flynn perdiendo los nervios? Jamás lo había visto así.

—Lo siento —se disculpó él—. Ha sido un día muy largo y nada ha salido tal y como esperaba. Sigo intentando adaptarme.

Adaptarse a estar casado con la mujer equivocada. A perder a la mujer con la que realmente quería casarse. Helena no podía culparle por su reacción.

—De acuerdo —asintió ella, como si su vida no se hubiera visto sacudida —. Eso sí lo entiendo.

—Para ti ha sido igual —Flynn la miró con gesto de cansancio—. Ha sido…

—Un día de perros.

—Sí —ambos se miraron largo rato.

Pasara lo que pasara, ahí estaba su futuro. Y aunque se divorciaran, Flynn siempre sería su marido. Estaba unida a un hombre que no entendía.

El Flynn que estaba contemplando no tenía nada que ver con el de sus catorce años, cuando se había creído enamorada de él. Tampoco era el hombre frío y despegado que se había enfrentado a la fuga de su prometida. Ese Flynn tenía sentimientos. Y sufría.

—Debería… —ella se dirigió hacia la puerta—. Deberíamos dormir. Nos ayudaría.

—Sí —suspiró Flynn—. Yo también me retiro. Solo tengo una llamada más que hacer.

—¿Ahora? Son las dos de la mañana, Flynn.

—Lo sé. Pero esto no puede esperar.

—Eso es algo que jamás entenderé —admitió ella—. Tu padre y tú, y Thea. Estáis casados con el trabajo. Me refiero… —dio un respingo al comprender lo que acababa de decir.

—No se trata de trabajo —Flynn permaneció imperturbable.

¿No se trataba de trabajo? Entonces, ¿quién respondería a la llamada a las dos de la mañana? A no ser que fuera a telefonear a Thea. Enseguida comprendió que no quería saberlo.

Helena se volvió para marcharse, pero se detuvo ante la puerta.

—He pensado que podría ser una buena idea que durmieses en mi antigua habitación. Al menos esta noche. Está junto a la suite nupcial y así habrá menos peligro de que te encuentren al otro extremo de la casa por la mañana, cuando se supone que deberías estar devorando a tu esposa.

—De acuerdo, así lo haré. Te veré por la mañana, Helena —la despidió él amablemente, dando al traste con cualquier posibilidad de pasar juntos la noche.

—Sí, claro. Por la mañana.

Quizás con el sol las cosas se verían mejor. Desde luego no podían seguir

igual de negras.

Flynn apenas durmió.

En cuanto Helena hubo abandonado el despacho, había llamado al abogado y le había pedido que tomara el primer vuelo para redactar con él el nuevo contrato matrimonial.

Cumplida esa tarea se había dirigido a la cama, parándose en lo alto de la escalera para considerar sus opciones. Helena tenía razón. Dormir en la habitación contigua a la nupcial reduciría el riesgo de que le descubrieran por la mañana. Así pues se dirigió hacia esa habitación, aunque su cuerpo, otra cama, otro cuerpo, lo empujaban hacia la puerta de al lado.

Sin embargo, cubrirse con la sábana que olía al perfume de rosas, a su piel, hizo que fuera imposible no pensar en Helena. Su esposa.

Era consciente de que le había hecho daño. Lo había visto en sus ojos, aunque no estaba seguro del todo de qué había dicho para ofenderla. Seguramente todo. Le faltaba práctica en el trato con las mujeres. Con Thea no podía decirse que hubiera tenido una relación normal. Hablaban abierta y claramente. Sin malentendidos.

Pero con Helena no era lo mismo. Y su falta de tacto le había hecho daño.

La presencia de Henry lo solventaría en parte. En cuanto hubieran plasmado en un papel sus expectativas, las cosas mejorarían entre ellos. Pero hacerse perdonar por Helena, era cosa suya nada más.

Al fin, Flynn se durmió, pero apenas tres horas más tarde, su reloj interno lo despertó. Las seis en punto. Llevaba tanto tiempo levantándose a la misma hora que no podría dormir más aunque quisiera.

Y ese día quería. Si consiguiera dormir, se perdería la marcha de sus padres y su familia. Helena podría desayunar sin la cortapisa del corsé y, para cuando él se hubiera levantado de la cama, el mundo volvería a estar en equilibrio.

Con un suspiro, se levantó de la cama y se duchó. El agua caliente y el vapor era lo mejor.

Limpio y despierto, alargó una mano hacia su habitual traje antes de recordar que estaba de vacaciones. Más aún, de luna de miel.

Sin embargo, sospechaba que su primer día de casado iba a parecerse mucho al día anterior. Y como todos los días, tenía trabajo que hacer.

Pero lo primero era asegurarse de que sus padres partieran hacia Londres. Al menos se libraría de la preocupación añadida de las intromisiones de Ezekiel, o de Isabella.

Claro que con la marcha de todos, Helena y él se quedarían a solas.

Y eso, decidió Flynn, podría resultar muy interesante.

Razón de más para querer que Henry llegara cuanto antes.

Helena se despertó la mañana después de la boda tal y como se había acostado. Sola. ¿Por qué le sorprendía? Tumbada entre las exquisitas sábanas, contempló fijamente el techo.

Era el primer día de su luna de miel y ni siquiera sabía si iba a ver a su

marido. No sabía si quería verlo.

Pero sus padres se marchaban por la mañana y lo correcto era despedirse de ellos, ¿no?

Aunque, si Flynn estaba allí para despedirlos, ¿realmente hacía falta que estuviera ella también?

Helena suspiró. Sí, hacía falta. Era el primer día de la charada que sería su vida durante a saber cuánto tiempo. Iba a tener que representar el papel de la esposa devota y abnegada. Al menos, hasta que regresaran a Londres.

Arrastrándose fuera de la cama, se duchó y vistió antes de bajar al vestíbulo.

—El coche para el aeropuerto ha llegado —anunció Flynn entrando por la puerta.

—Pero no las personas a las que se supone debe transportar —Helena contempló el vestíbulo desierto mientras intentaba ignorar el vuelco que le había dado el corazón al ver a su marido.

¿Se podía ser más patética? Flynn se había casado con ella, pero había dejado bien claro que solo le interesaba el papeleo.

Se contemplaron largo rato mientras el silencio que reinaba entre ellos se hacía más denso. Nunca había tenido problemas para hablar con Flynn, pero parecía que las alianzas que llevaban les hubieran dejado sin habla.

«Esto se nos da bien», recordó ella. «Somos nosotros quienes mantenemos las conversaciones, quienes rellenamos los silencios incómodos y los comentarios embarazosos».

Pero, al parecer, esa habilidad solo funcionaba con las personas con quienes no estuviesen casados.

—Quizás debería ir a buscarlos —observó él al fin mientras se dirigía hacia las escaleras.

Helena intentó apartarse de su camino, pero calculó mal y resbaló en el último escalón.

Alargó una mano para sujetarse a la barandilla, pero Flynn llegó primero y, sosteniéndola por la cintura con ambos brazos, impidió que se cayera.

Helena alzó la vista y vio la preocupación reflejada en los ojos castaños de su marido. Un marido que estaba muy cerca. Tan cerca que le bastaría con moverse un centímetro o dos para poder besarla.

—¡Mirad a los tortolitos! Qué bonito —la voz de Isabella llegó desde el otro extremo del pasillo.

—Déjame que te ayude con eso, madre —Flynn tomó la maleta de su madre—. ¿Dónde están papá y Thomas?

—Creo que en el estudio —Isabella puso los ojos en blanco—. Una reunión de última hora.

Helena percibió la expresión de irritación que se reflejó en la mirada de Flynn, pero Isabella ni se dio cuenta. ¿Le dejaban de lado? Mejor sería que se preparara para dos semanas viéndolo consultar compulsivamente el correo electrónico y haciendo llamadas de negocios.

Eso, suponiendo que fueran a pasar juntos algún tiempo.

Helena se sacudió el pensamiento de la cabeza. O le veía el lado bueno o iba a volverse loca. ¿Y qué si su marido tenía mejores cosas que hacer durante la luna de miel que estar con ella? Eso le daría más oportunidades para explorar ese país, quizás para regresar a la joyería que había encontrado con Thea en el pueblo vecino. Quizás podría regalarse algo bonito, comer en una pequeña trattoria. Quizás flirtear con un guapo italiano. La idea le hizo pararse en seco.

Ya no podía hacer esas cosas, ¿verdad? Y menos en cuanto firmara el maldito documento matrimonial con esa cláusula blindada de fidelidad. No porque tuviera ninguna intención particular de salir a buscar a algún hombre. No era su estilo. Pero sí era cierto que los hombres le gustaban, y le gustaba el cosquilleo que se generaba al flirtear, sabiendo que no iría a más.

Una puerta se abrió y se oyeron las risas de Ezekiel y su padre que salían del estudio arrastrando pesadas maletas.

—¿Ya estáis listos? —preguntó Flynn—. El coche para el aeropuerto os está esperando.

Ezekiel asintió mientras uno de los empleados de la villa se apresuraba a llevar las maletas de los hombres al coche. Flynn lo siguió con la maleta de Isabella mientras Helena se quedaba atrás, incómoda, esperando el siguiente movimiento.

—Buen viaje —les despidió—. Nos veremos en Londres dentro de quince días, supongo.

—Os tendremos la casa preparada —Isabella asintió y soltó un beso al aire junto a la mejilla de su nuera—. Así podréis sentaros tranquilamente a discutir vuestro calendario social.

«¿Calendario social?». Lo que faltaba.

Ezekiel asintió antes de salir por la puerta, dejando a Helena sola con Thomas.

—Estarás aquí dos semanas, Helena —el hombre la miró con gesto severo.

Helena se quedó sin aliento. Thea y ella siempre habían sido conscientes del carácter afable de su padre, pero solo hasta cierto punto. Cuando se volvía serio, la cosa importaba realmente.

—Utiliza bien estas dos semanas. Has tomado una decisión. Haz que salga bien.

No le hizo falta añadir nada más. Ella sabía bien lo que sucedía cuando defraudaba a su padre.

—Y, si hablas con tu hermana —añadió—, dile que necesitamos hablar de su futuro. Cuanto antes.

Helena asintió. No envidiaba a su hermana.

Claro que su hermana seguramente tampoco la envidiaría a ella. Dos semanas en la Toscana para hacer que saliera bien con un marido que no la deseaba.

Si lo que Flynn quería era una mujer con papeleo, se lo daría. Dejaría que su marido siguiera adelante mientras ella se centraba en su propia vida. Había dejado libre su agenda, no deseando añadir nuevos proyectos a su negocio de decoración de interiores. Y allí estaba, con todo el tiempo libre del mundo, un portátil y una conexión rápida a Internet. Era la oportunidad perfecta para trabajar en la página web que llevaba ideando desde hacía meses.

El matrimonio se instaló en su vida como una rutina sorprendentemente rápida, pensó Flynn unos días más tarde. Cada mañana al despertar salía a correr, regresaba a la villa para ducharse y vestirse y se sentaba a desayunar. Helena solía unirse a él y mantenían unas conversaciones amables, si bien parcas en palabras, sobre las noticias del día.

Después, Flynn se instalaba en el estudio de su padre para trabajar mientras Helena hacía lo que fuera que hiciera todo el día. A veces volvían a verse para comer, otras veces no. Las cenas sí solían celebrarlas juntos y Helena solía ser la primera en retirarse a su dormitorio.

No había vuelto a repetirle el ofrecimiento de la noche de bodas, lo cual le agradecía Flynn enormemente, ya que Henry había sido retenido en Londres y no llegaría a la Toscana hasta finales de la semana. Conocía sus propias limitaciones. Ningún hombre poseía la fuerza de voluntad suficiente para resistirse mucho tiempo a Helena con ese camisón transparente.

Enfiló el último tramo de regreso a la villa, espoleado por el recuerdo de una nota en la agenda en la que no había reparado el día anterior.

De regreso a su habitación, comprobó el teléfono y contuvo la respiración. Allí estaba, programado en su agenda personal por su secretaria, encargada de los planes durante la luna de miel. Ya sabía cómo reconciliarse con Helena. Un romántico recorrido por unos viñedos toscanos, con su cata de vinos, comida y, quizás, un plácido paseo por el campo.

Helena ignoró los tres primeros golpes de nudillos en la puerta. Se había quedado trabajando hasta tarde la noche anterior y pensaba recuperar el sueño perdido, sobre todo porque sería un modo de evitar encontrarse con su marido a la hora del desayuno. Las repetidas e incómodas pausas y conversaciones forzadas durante la cena empezaban a resultarle insoportables.

Pero no pudo ignorar la cuarta llamada, sobre todo porque la puerta se abrió segundos después.

—Helena, ¿aún no te has levantado? —Flynn entró en la habitación y cerró la puerta.

—Solo son las nueve y media —Helena se sentó en la cama—. Se supone que estamos de luna de miel. Mantengo la ilusión de la pareja feliz.

—El coche viene a recogernos dentro de media hora —Flynn se dirigió al cuarto de baño bajo la mirada perpleja de su mujer—. Te abro el grifo de la ducha para que se vaya calentando el agua.

—Soy capaz de abrir el grifo de la ducha yo misma —protestó ella—. ¿A qué coche te refieres?

—El que nos llevará de visita a un viñedo. ¿No está en tu agenda? Lo

tengo todo organizado.

—Querrás decir que lo organizaste todo para Thea y para ti.

—Lo organicé para mí y para mi esposa. Y esa eres tú, por si acaso lo has olvidado.

—Es un poco difícil que lo olvide —murmuró ella.

—El coche estará aquí a las diez —él se dirigió de nuevo hacia la puerta —. Te espero abajo.

Y con eso dejó a Helena sola, con la única compañía del sonido del agua de la ducha.

Una visita a un viñedo. Seguramente incluiría una cata, quizás incluso una comida. Podría ser peor. Respirando hondo, Helena decidió centrarse en lo positivo. Había descubierto que prestar atención a lo bueno de la vida era en ocasiones la única manera de evitar ahogarse en la desesperación de lo malo.

El sol brillaba, la nueva página web iba bien. Se merecía un descanso, y podría disfrutar del vino, la comida y el sol. Incluso, si era lo bastante rápida, podría convencer a la doncella para que le subiera un café y un simulacro de desayuno.

Con una sonrisa en los labios entró en la ducha y lavó su mal humor con el jabón. Para cuando terminó, la doncella le había dejado el café y unos bollos y Helena desayunó mientras revolvía los cajones en busca de algo que ponerse que fuera adecuado para una mujer en su luna de miel.

Al hacer la maleta no se le había ocurrido que su situación fuera a cambiar tanto. Su vestuario lo componían, básicamente, pantalones cortos y camisetas. Sin embargo, la excursión parecía importante para Flynn y supuso que para ella también debía serlo. Quizás lograrían volver a comunicarse. Y un hito como ese requería algo más que unos pantalones cortos.

Al final se decidió por un vestido amarillo de algodón con estampado de flores y se calzó unas sandalias blancas. Los cabellos húmedos los recogió en un moño, sabedora de que se le secarían bajo el sol confiriendo a su melena unas bonitas ondas cuando se lo soltara por la tarde. Aún tuvo tiempo de aplicarse protector solar y un ligero maquillaje y, antes de las diez, ya estaba lista.

Con su sombrero y su bolso de paja bajó las escaleras y encontró a Flynn en el vestíbulo.

—Qué rapidez —observó él con una sonrisa—. Pensé que iba a tener que esperarte un buen rato.

—Eso demuestra lo poco que me conoces —Helena enarcó una ceja—. Soy muy eficaz, cuando quiero.

—Pues gracias por tu eficacia —Flynn desvió la mirada antes de posarla de nuevo sobre ella—. Siento que no hayamos tenido mucho tiempo para estar juntos esta semana. Con el golpe sorpresa de Zeke, que ha obligado a mi padre a nombrarme director general, hay mucho jaleo en el trabajo. Hay que asegurarse de que todo siga en su sitio.

—Lo comprendo —contestó Helena con frialdad—. De todos modos, yo

también tenía trabajo.

Flynn miró perplejo a su mujer, que comprendió que él seguramente ni siquiera sabía que tenía un trabajo. A lo mejor Rosebud Interiors no podía compararse con Morrison-Ashton, pero era su empresa.

—Qué bien —asintió él al fin—. Quizás puedas hablarme de ello durante la comida.

—Sí, claro.

—Estupendo. Pues entonces, vamos —Flynn le ofreció su brazo y, tras unos instantes de duda, ella lo aceptó siendo recompensada con una sonrisa—. Tengo ganas de pasar un día con mi mujer.

La sonrisa de Helena era resplandeciente y en su interior floreció una inesperada calidez. Quizás el día no sería del todo malo.

Capítulo 6

Flynn se acomodó en el asiento trasero del coche y repasó mentalmente el plan para el día.

El objetivo principal era que, para cuando llegara Henry, Helena ya se sintiera cómoda con el matrimonio. O que al menos se sentara a negociar el contrato de matrimonio.

—¡Madre mía! —Helena bajó la ventanilla y asomó medio cuerpo—. ¡Mira esto, Flynn!

Conteniendo el impulso de tirar de ella para evitar que otro coche le arrancara la cabeza al pasar, Flynn intentó descubrir qué la excitaba tanto.

Una sucesión de viñedos pasaba ante sus ojos y a lo lejos se divisaba una granja.

—Es precioso —ella volvió a sentarse, con una sonrisa iluminándole el rostro—. ¿Aquí es donde se va a celebrar la cata? —preguntó mientras el conductor hacía un nuevo giro a bastante velocidad.

—Aquí es —Flynn tomó nota de subirle el sueldo a su secretaria—. Un recorrido por los viñedos, seguido de una cata con aperitivo, y luego a una taverna cercana para comer.

—Suena perfecto —Helena sonrió resplandeciente—. Y muy romántico.

—Ese era el plan —él le devolvió la sonrisa—. Al menos eso fue lo que le pedí a mi secretaria.

—¿Le pediste que organizara un romance? —ella lo miró sorprendida—. ¿No es un contrasentido?

—No veo por qué —Flynn bajó del coche mientras el chófer abría la puerta de Helena—. La mayoría de las cosas mejoran con un poco de planificación.

—Aun así, el romance necesita más bien espontaneidad, ¿no crees?

—A la gente le gusta pensar que las cosas buenas de la vida simplemente suceden —contestó él—. Pero, por mi experiencia, la falta de planificación suele conducir a resultados desafortunados.

—Pues sí que has debido de tener malas experiencias —Helena lo miró fijamente.

Quizás ella estuviera en lo cierto, pero no en cuanto a la planificación. Y si querían llevarse razonablemente bien… Flynn añadió otra nota mental: convencer a Helena de los méritos de planificar por adelantado.

—Señor y señora Ashton, bienvenidos. Soy Gia —la mujer los saludó con un apretón de manos.

—Llámame Flynn —él tomó la mano de la mujer entre las suyas, y Helena no pudo evitar la impresión de que parecía mucho más relajado en compañía de cualquier extraño que con ella.

—Y yo soy Helena. ¿Vives aquí?

—¡Sí! —Gia se rio—. Esto perteneció a mis bisabuelos, luego a mis

abuelos, luego a mis padres y, cuando ellos se jubilaron hace tres años, yo me hice cargo junto a mi esposo.

—Y empezaste a producir uno de los más afamados chianti de la región —observó Flynn mientras Gia lo miraba asombrada—. Me he leído vuestra página web —él se encogió de hombros.

—Me alegra tener un visitante tan interesado —apreció la mujer—. ¿Os apetece un café?

—Sería estupendo —asintió Helena, aunque de reojo vio cómo Flynn consultaba el reloj.

Ese hombre iba a tener que aprender a ser un poco más flexible o no sobrevivirían a la luna de miel sin matarse el uno al otro.

El café era fuerte y espeso, y la cocina de la granja sombreada y fresca. Helena sintió que su estómago se calmaba y sus hombros se relajaban.

—Hasta hace cinco años, yo trabajaba en California —explicó Gia.

—¿Elaborando vino? —preguntó Helena mientras tomaba el bizcocho que Gia le ofrecía.

—De eso nada —la mujer sacudió la cabeza—. Trabajaba en una inmobiliaria. Pero visité muchos viñedos con mis clientes. Un año vine a casa para Navidad y mis padres anunciaron que había llegado la hora de jubilarse. Habían pensado en vender el viñedo, pero no pude permitírselo.

—Y entonces te hiciste cargo tú de él —observó Flynn—. Qué valiente.

—No fui consciente de los riesgos hasta más tarde —Gia le dedicó una sonrisa torcida—. No tenía ningún plan, ni formación, ni idea de lo que hacía. Pero estudié mucho y aprendí rápido. Conocí a mi marido, que se incorporó al equipo. Entre los dos hemos encontrado el modo de que funcione.

Helena enarcó una ceja mientras miraba a Flynn. Incluso él tenía que reconocer que había logrado grandes cosas sin tener un plan.

—Supongo que tuviste que elaborar un plan de negocios, ¿no? —él se limitó a devolverle el gesto.

—Por supuesto. Pero la primera decisión, el salto inicial, fue tomada sin pensar. Ese día de Navidad, comprendí que no me imaginaba haciendo otra cosa.

Lo mismo que le había sucedido a ella el día de la boda, pensó Helena. Nunca se había planteado ocupar el lugar de Thea, pero en cuanto su hermana se hubo marchado, no se imaginó haciendo otra cosa que casarse con Flynn.

—¡Vamos! —Gia se puso en pie de un salto—. Vamos a dar una vuelta por el viñedo.

Helena apuró la taza de café y tomó otro bizcocho para el camino antes de seguir a su guía.

Flynn observó a Helena corretear entre los viñedos, charlando con Gia sin parar y, al final, desconectó de la conversación entre ambas mujeres y se limitó a observar a su esposa.

Bajo el brillante sol irradiaba vida y energía. Parecía haber revivido tras escapar de la villa. Encantadora con el vestido de novia prestado, guapa con el

sedoso camisón, y monísima con los pantalones cortos y la camiseta que solía llevar por la villa, allí, bajo el sol, con ese vestido veraniego y las sandalias, estaba hermosa. Estaba viva.

Distraídamente sacó el móvil del bolsillo para comprobar si Henry le había enviado algún mensaje. No había ningún mensaje del abogado, ni de su secretaria. Frunciendo el ceño, levantó la vista y descubrió a Helena mirándolo con gesto severo.

—Nada de trabajo en la luna de miel —ella le arrancó el móvil de las manos y lo dejó caer en el enorme bolso de paja.

El rostro de Gia se tensó y Flynn sospechó que no era la primera vez que había asistido a una escena como esa entre sus invitados.

—Espero que seas capaz de encontrarlo ahí dentro —murmuró él—. Tiene todas las actividades programadas para nuestra luna de miel.

—¿Todas? —preguntó Helena perpleja arrancando una carcajada de Gia.

—Bueno, quizás no todas —concedió Flynn.

—Menos mal —Helena se dirigió a Gia—. Porque quizás tenga un par de sorpresas que añadir.

Flynn se tensó ante la calidez y la promesa que encerraba la voz de su esposa. Quizás también planificaría alguna sorpresa para ella. En cuanto hubiera firmado el contrato.

Gia terminó la visita donde había empezado, en la puerta trasera de la granja. Flynn no estaba seguro de haber aprendido gran cosa de los viñedos, pero desde luego estaba preparado para la cata.

De la cocina surgió una voz masculina y un parloteo infantil.

—Confía en mí, baba, no te va a gustar.

—¿Qué quiere esta vez? ¿Salami o vino? —soltando una carcajada, Gia besó al hombre, y al niño, en la mejilla—. Helena, Flynn, os presento a mi marido, Roberto. Y a nuestro hijo, Casper.

—Encantado de conoceros —Flynn miró a Helena de reojo. Su mujer contemplaba absorta al bebé. ¿Estaría pensando en el hijo que pronto engendrarían?—. Soy Flynn Ashton, y esta es mi esposa, Helena.

—Hola —ella despertó de su sueño y sonrió.

—Os dejaremos tranquilos —anunció Roberto—. Todo está preparado. Ya no estaríamos aquí si alguien no tuviera hambre —les mostró un pequeño cuenco con fruta fresca cortada en pequeños trozos—. Vamos, Casper.

Gia contempló a su marido y a su hijo marcharse y Flynn pensó que formaban una bonita familia. Era evidente que trabajaban en equipo para que todo funcionara como era debido.

Eso era lo que quería para sí mismo. Lo había hablado con Thea, por supuesto, y había planeado hacerlo con más detalle después de la boda. No quería una esposa esperándolo en casa, organizando fiestas y eventos sociales mientras los niños estaban en el internado, tal y como había hecho Isabella. Quería una familia en la que todos los miembros se sintieran en casa.

Observando a Helena bajo el sol, casi se sentía capaz de imaginárselo, y

eso era más de lo que había sido capaz de hacer con Thea. Perder a su prometida el día de la boda podría acabar siendo lo mejor para el futuro. Por mucho que Helena hubiera hablado de una unión temporal, su comportamiento decía todo lo contrario. Si su mujer no tenía la intención de hacerlo durar, ¿por qué lo había abordado vestida con ese camisón la noche de bodas? No, Helena deseaba que lo suyo funcionara, tanto como él, y verla mirar a ese bebé no hacía más que confirmárselo.

En cuanto ella comprendiera lo que ese matrimonio significaba para él, las negociaciones serían más fluidas. Y por fin podrían empezar a disfrutar de la luna de miel.

Helena ya se había sentado a la mesa y Gia empezaba a servir los primeros vinos. Sentándose en el banco junto a su esposa, se le ocurrió que quizás debería tomarle la mano.

Pero al mirarla vio un surco que le atravesaba la frente. La alegre y resplandeciente Helena había desaparecido. Y no tenía ni idea de por qué.

Helena apenas recordaba la cata. Esperaba haber asentido cuando debía y haber dicho lo correcto. Flynn no le había comentado nada, de modo que quizás había conseguido mantener el tipo. Fingir que todo iba bien, que ver a Casper no le había hecho retroceder ocho años.

Normalmente se le daba mejor estar con niños. Pero allí, con Flynn a su lado, mirándola con esa esperanza, no había conseguido dejar de pensar en esa niña que había tenido que entregar.

—Ha sido fascinante —Flynn consultó el reloj y sonrió a Gia—. Muchas gracias por enseñarnos el lugar, y por permitirnos probar estos fantásticos vinos.

—Ha sido un placer —contestó Gia, con el rostro resplandeciente.

De nuevo sentados en el asiento trasero del coche, Helena le devolvió el móvil a su marido, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Pero su mente seguía ocupada por bebés.

Casper era una criatura hermosa, pensó mientras recordaba las manitas regordetas que sujetaban un trozo de manzana, y los enormes ojos marrones. Nada que ver con la niña que había abandonado ocho años atrás, pálida, rubia y de ojos azules. No había ningún motivo para que ese niño le hubiera recordado a su bebé, salvo que todos los bebés lo hacían.

Esperaba que su hija viviera una vida como la de Casper. Feliz y con una gran familia, nada que ver con lo que ella le hubiese podido ofrecer de habérsela quedado.

Había hecho lo correcto, por mucho que le doliese.

Guardó sus sentimientos, arrepentimientos y todas las preguntas que surgían cuando menos las deseaba. Regresó al presente, a su esposo, y contempló el paisaje toscano que pasaba ante ellos.

¿Cómo podía estar tan triste cuando el mundo a su alrededor era tan hermoso?

De nuevo recuperada la compostura, se volvió hacia Flynn. Estaba absorto

consultando la pantalla del móvil y ella se aclaró ruidosamente la garganta. Nada.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó.

—¿Eh? —él giró la cabeza, pero su mirada siguió fija en la pantalla.

Helena optó por no insistir y se limitó a volver a arrancarle el teléfono de las manos.

—Veamos… —murmuró mientras abría la agenda.

—Pensaba que deseabas espontaneidad y sorpresa —Flynn cubrió la pantalla con una mano.

—No si ya lo tenías planeado, o si lo ha planeado tu secretaria.

—De todos modos, para nosotros será una sorpresa —puntualizó él.

—Realmente dudo que sepas lo que significa la espontaneidad —Helena puso los ojos en blanco.

—Ahora mismo, eso no importa —Flynn recuperó el móvil y se lo guardó en el bolsillo—. Ya hemos llegado.

Helena volvió a salir al soleado exterior, un poco mareada del trayecto en coche y de la cata de vinos. La trattoria parecía más bien la casa de alguien. La fachada estaba cubierta de jardineras llenas de flores y a su alrededor no se veía más que campo y sol y, muy a lo lejos, un pueblo.

—¿Te gusta? —preguntó Flynn.

—Es precioso —era la clase de lugar en el que podría imaginarse viviendo, o al menos decorándolo.

—Pues entremos —Flynn le ofreció una mano y, tras contemplarla unos segundos, ella la tomó.

Helena no pudo evitar preguntarse si aquello también sería planeado o si obedecía a un gesto espontáneo. En cualquier caso, la mano era cálida y resultaba agradable.

En el interior, parte de la piedra de las paredes había sido dejada al aire, mientras que otra parte estaba encalada y pintada de un cremoso color blanco que reflejaba el sol. Helena sonrió ante la alegre mezcla de rústico y moderno, rematada con brillantes ramos de flores colocados en jarrones de cristal soplados a mano, manteles de lino y un enorme reloj colgado sobre la chimenea.

Una joven de piel olivácea les condujo hasta su mesa. El restaurante era más bien pequeño, pero el hecho de que todas las demás mesas estuviesen ocupadas le sugirió a Helena que la comida debía de ser bastante buena. A pesar de los aperitivos que había tomado, se moría de hambre.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Flynn.

—Todo —contestó ella mientras consultaba la carta.

—Disfrutas con la comida, ¿a que sí? —él soltó una carcajada.

—¿Y quién no? —la única duda que tenía era si elegir carne o pescado, y si deberían decidirse cada uno por un primer plato de pasta o compartir unos entrantes—. Todos necesitamos comer.

—Sí, pero para algunas personas no es más que carburante. Tú la disfrutas

de verdad.

Helena descubrió la mirada de su marido fija en ella. Como si fuera un espécimen digno de estudio. Resultaba irritante, pero lo cierto era que a ella le apetecería hacer lo mismo con él. Comprender de dónde procedía y hacia dónde se dirigían.

Decidida por la porcetta, cerró la carta y dedicó toda su atención a su marido.

—¿Y tú qué? —preguntó—. ¿Cocinas o sobrevives con comida china para llevar, como Thea?

—Cocino —Flynn se reclinó en la silla—. No lo hago muy a menudo, pero sí cuando estoy de humor.

Me gusta comer productos frescos.

—A mí también. Los productos frescos de temporada siempre saben mejor que los envasados —ella sonrió—. Al parecer, tenemos algo en común. Eso es bueno.

—Lo es —asintió él—. Aunque, dadas nuestras familias, jamás dudé que lo tendríamos.

—No sé —Helena se encogió de hombros—. Nunca me he sentido como la típica Morrison. Me refiero a que nunca me ha interesado trabajar en el negocio familiar, como a Thea.

—No, pero creciste con las mismas expectativas y el peso de ese apellido —insistió Flynn.

—Y tú con el de los Ashton.

—No realmente.

Un camarero se acercó a la mesa y Flynn pidió el vino antes de preguntarle qué les recomendaba, pidiendo los platos sin siquiera consultar la carta. Helena optó por un risotto alla Milanese para empezar, pero insistió en la porcetta para continuar.

—¿A qué te referías con «no realmente»? —preguntó en cuanto el camarero se hubo marchado.

—¿Eh? —Flynn dejó el móvil sobre la mesa—. Constato lo evidente. No soy un verdadero Ashton.

—¡Pues claro que lo eres! Sé que tu padre… —Helena se interrumpió. ¿Exactamente cómo podía describirse el modo en que Ezekiel Ashton trataba a sus hijos?—. Sé que no siempre ha sido ecuánime con Zeke y contigo.

—¿Te refieres a cómo nos enfrentaba el uno al otro? —Flynn hablaba con calma, aunque acribillaba a una pobre aceituna con un palillo—. Sé muy bien por qué me dio el empleo que siempre había reservado para Zeke. Quería que nos peleásemos por él.

—Y, sin embargo, Zeke decidió marcharse.

—Y yo quedarme —otra aceituna sufrió un violento final.

—¿Por qué? —nunca había oído toda la historia. Lo sucedido entre Zeke y su padre había influido mucho en la vida de Flynn. Si quería comprender a su marido, necesitaba entenderlo.

—¿Y adónde iba a ir? —él hizo una pausa antes de engullir a la indefensa aceituna.

—A cualquier lugar. Zeke lo hizo.

—No. Yo tenía una deuda con mi padre. Él me acogió y me dio un hogar. Me dio el futuro que mis verdaderos padres me negaron. Siempre supe que mi lugar estaba en Morrison —Ashton.

—Tú no… —Helena tragó nerviosamente. ¿Sentía que se lo debía? ¿Su adopción realmente había condicionado su vida de ese modo?

¿Le habría sucedido lo mismo a su hija?

—De todos modos, no es justo que sacrifiques tu vida y tu felicidad por la compañía —le aconsejó—. ¿Nunca has tenido ilusión por hacer otras cosas?

—En realidad, nunca me lo he planteado —él se encogió de hombros.

—¡Eso es horrible!

—No tanto —Flynn sonrió con dulzura—. Para mí la clave siempre estuvo en hacerme un hueco en la compañía, y también en asegurarme un lugar en la familia. Pero, al final, no fue suficiente. Ni siquiera cuando Zeke me cedió el puesto de director general. Nuestro padre había dedicado tanto tiempo a dejar bien claro que ese puesto le correspondía a Zeke, que debía permanecer en la familia, que no podía ser suficiente —la miró a los ojos, y le tomó una mano —. Gracias a ti formo parte de la familia. Casarme contigo me ha proporcionado el lugar que siempre quise ocupar. Y necesito que lo mantengas.

Capítulo 7

Los ojos azules estaban muy abiertos y Flynn se preguntó si no se habría pasado. Sin embargo, era importante que Helena entendiese lo decidido que estaba a que ese matrimonio funcionase.

No quería despertar lástima, pero, si iban a ser pareja, ella tendría que conocerle. Y él tendría que conocerla. Y después del día que iban a pasar juntos, esperaba progresar en ese aspecto.

—Zeke me traspasó un puesto que siempre había estado destinado a él, y nuestro padre tuvo que aceptarlo. No espero que le guste, pero es un hecho. Dentro de poco estarán los contratos y…

—Y todos sabemos que el papeleo manda —lo interrumpió Helena con una sonrisa de amargura.

—Eso es. El mundo ha cambiado, y también la compañía. Quiero ser merecedor de todo eso. Quiero aprovechar la oportunidad para llevar a Morrison —Ashton al siglo XXI, hacer que crezca aún más. Quiero que nuestros padres se sientan orgullosos, y mi esposa también.

Helena desvió la mirada, pero durante un instante le apretó la mano con más fuerza. Casi, pensó Flynn, casi la tenía, y había bastado con contarle la verdad.

—Lo tienes todo planeado —murmuró ella.

—Me gusta saber hacia dónde voy —Flynn se encogió de hombros—. Sirve para compensar el hecho de que no sé de dónde vengo.

—¿De verdad es así como te sientes? —Helena lo miró con los ojos desorbitados.

—A veces —él frunció el ceño—. ¿Por qué?

—No lo sé. Es que a veces… —ella respiró hondo, como si intentara calmarse.

A Flynn le pareció una actitud extraña. Su condición de adoptado nunca había sido un secreto y, viviendo tan unidas como lo habían hecho sus familias, nada de aquello sería una sorpresa.

—Siempre he sabido que eras adoptado —prosiguió su mujer—, y ya de pequeña comprendí que Ezekiel te trataba de manera diferente. Pero para mí, para nosotros, siempre has sido un miembro más de la familia. Incluso para Isabella, creo. Y Zeke…

—He hecho las paces con Zeke —la interrumpió Flynn.

—¿Incluso ahora?

—Sobre todo ahora —él se frotó la nuca—. Zeke no me robó a Thea, ella eligió marcharse con él. Y sí, puede que no se ajustara a mi plan. Pero, a cambio, me he casado con una hermosa, brillante y maravillosa mujer. Alguien que siempre me ha considerado familia, y eso significa para mí más de lo que te imaginas. Te aseguro que estoy contento con el desenlace.

—¡Oh! —la exclamación de Helena fue de total sorpresa.

Flynn le soltó la mano mientras el camarero les servía los entrantes. Tenía la sensación de que aquella conversación aún no había terminado, pero al menos su mujer ya sabía qué lugar ocupaba para él. Solo necesitaba tenerla a su lado.

Fácil.

Probó el crostini di fegato mientras ella jugueteaba con su risotto sin acercárselo a la boca.

—La otra noche… —comenzó Helena antes de detenerse.

Claro. La noche de bodas. Era lógico que quisiera hablar de ello en un restaurante abarrotado donde no podría demostrarle que sus reservas no habían tenido nada que ver con falta de interés.

—Había sido un día muy largo para los dos —intervino él.

—Esa noche —ella agitó una mano en el aire—, pensé por un momento que estabas enamorado de Thea.

—¿Y por qué demonios ibas a pensar algo así? —Flynn la miró perplejo.

La carcajada de Helena llamó la atención de los demás comensales.

—Te das cuenta de lo ridículo que suena, ¿verdad? Cuatro días antes se suponía que ibas a casarte con ella, ¿y no se te ocurre de dónde podría haber sacado la impresión de que estabas enamorado?

—Pero tú sabías bien que se trataba de un matrimonio de conveniencia —insistió él.

—Para ella sí. Pero nunca había hablado de lo que tú sentías. En realidad, sigo sin hacerlo.

Y justo en ese momento, el camarero regresó y llegó el plato principal.

—Casarme con Thea era mi plan porque ambos conseguiríamos lo que buscábamos —él suspiró y tomó pensativo la copa de vino—, o al menos lo que yo creía que ella buscaba. Seguridad laboral y personal, un futuro juntos y la posibilidad de tener hijos. Además de una buena publicidad para la compañía. Ella escaparía de su lista de fracasos sentimentales, y yo conseguiría un lugar de pleno derecho en la mesa familiar. Era perfecto.

—Entonces, ¿no había nada de amor? —Helena hundió el tenedor en su porcetta, cortó una loncha y se la llevó a la boca—. ¡Esto está delicioso!

—Admito que soñaba con un día en que nos enamorásemos. Pero no, no estaba enamorado de ella —y para todos había quedado meridianamente claro que ella tampoco estaba enamorada de él. Flynn devolvió la atención al plato, más que nada para fingir que no le importaba.

—Pero has hablado de hijos. Y admitiste que te habrías acostado con ella de haberos casado.

—Para mí, y creo que para Thea, la intención era que el matrimonio fuera duradero, aunque no se asentara sobre la base del amor. Es una mujer atractiva —añadió Flynn sin dejar de mirar a Helena. Por experiencia, sabía que a veces, cuando una mujer te pedía sinceridad, era lo último que quería—. Y teníamos una cláusula de fidelidad. Si queríamos sexo, sería entre nosotros.

—Me gusta más nuestra historia —Helena lo estudió detenidamente.

—¿Nuestra historia?

—Sí. Es más espectacular, romántica, espontánea.

—Por supuesto —Flynn se relajó un poco—. Y a ti te gusta el romance y la espontaneidad.

—¿Y a quién no? —ella se encogió de hombros—. Pero vosotros os hubierais lanzado a ese matrimonio cargados de expectativas, escritas y firmadas con sangre.

—Prefiero considerarlo más como un plan —musitó él.

—Te refieres a algo programado —Helena sacudió la cabeza—. Pero la vida no funciona así. ¿Qué hubiera pasado si os hubieseis acostado y hubiera resultado horrible?

—Pues… no lo sé —a Flynn realmente no le apetecía hablar de eso—. Habríamos practicado más, o algo así —aquello no podía resultar más incómodo.

—¿Y si ella no hubiera podido tener hijos?

En la mirada de Helena se reflejó algo. Algo que él no habría percibido de no mirarla con tanta atención. ¿Intentaba decirle algo? Esperaba que no fuera así.

—Ya se nos ocurriría algo. FIV, o subrogación. Quizás adopción.

Pero siempre como último recurso. Si se veía abocado a la adopción, le daría a ese crío todas las oportunidades que él no había tenido, y sin la carga añadida.

—¿Y si ella se enamoraba de otro?

—Seguramente se fugaría con él el día de la boda —un chiste, apenas.

—Me refiero a después de la boda —Helena puso los ojos en blanco.

—Pues entonces habríamos… —el matrimonio les iba a ser tan útil para colocarles en la posición que ambos deseaban, sin arriesgarse a amar, que no se imaginaba a ninguno de los dos buscando algo fuera—. Habríamos hablado.

—Como hablamos nosotros ahora —asintió Helena—. Y dado que estás casado conmigo, y no con ella, supongo que vamos a tener que tomar algunas decisiones al respecto.

Ahí estaba. Todo lo que deseaba, necesitaba. Y ni siquiera le había hecho falta pedirlo. Para cuando llegara Henry con el nuevo contrato matrimonial, su esposa estaría preparada para firmarlo.

—Justo cuando yo me estaba alegrando de que nuestra historia fuera diferente —ella suspiró.

—¿Y qué era lo que más te gustaba de nuestra historia? —Flynn se sentía dispuesto a darle un poco de cuerda. A fin de cuentas, quería que su esposa fuese feliz.

—Pues no lo sé. Supongo que por una parte, la inmediatez. Que nos casamos de repente, sin todo ese papeleo ni esa planificación. Si hubiésemos estado enamorados, habría sido la cosa más romántica del mundo. Y supongo que no ha sido una acción especialmente sensata.

—Puede que no —asintió él—. Pero me gusta pensar que va a funcionar.

—¿En serio? —Helena había terminado de comer y empujó el plato a un lado.

—Contigo quiero tener todo lo que había planeado tener con Thea —quizás fuera el vino lo que le dio el valor para hablar así—. Puede que incluso más. Quiero que nuestro matrimonio sea real, y confío en que algún día nos enamoremos. Pero necesito saber que permanecerás a mi lado.

Helena lo miró con ojos desmesurados y evidente indecisión. Se mordisqueó el labio inferior, y Flynn comprendió que estaba conteniendo la respiración, esperando a que su esposa le anunciara que deseaba seguir casada con él.

—Lo haré —asintió ella con un hilo de voz—. Sí, Flynn Ashton, seguiré casada contigo.

—En ese caso —lo que dictó las siguientes palabras de Flynn fue el alivio, no el vino—, salgamos de aquí. Se me ocurre la manera perfecta de celebrarlo.

Una idea repentina, romántica y espontánea. Y, además, a Helena le iba a encantar.

Y, de repente, eso le importaba muchísimo.

***

Flynn no le soltó la mano hasta llegar al coche, y Helena no supo si la sensación de esos dedos le resultaba agradable o terrorífica.

¿Qué acababa de hacer?

La idea había sido seguir casada el tiempo suficiente para evitar un escándalo y luego largarse, preferiblemente antes de que su esposo descubriera su pasado y diera al traste con su amistad.

Y, sin embargo, acababa de prometerle que se quedaría con él. Que intentaría enamorarse, como si las personas pudieran decidir sobre algo así, y tener una vida, una familia con él. Todo aquello que había estado evitando durante años.

Flynn murmuró algo al oído del chófer y Helena echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

¿Por qué lo había hecho?

Supuso que, en parte, por un sentimiento de culpabilidad. Su marido le había hablado con tal franqueza de lo que esperaba de su matrimonio, que no se había sentido capaz de negárselo. Incapaz de negarle un lugar en la familia, un lugar al que pertenecer. Lo que más deseaba.

Flynn jamás descubriría la existencia de esa hija que había tenido que abandonar. Jamás lo entendería. Y, si quería una familia, ya había hablado de la posibilidad de la subrogación, incluso la adopción, aunque no parecía muy contento. Con suerte no le haría falta explicar que la idea de albergar otra criatura en su seno le hacía sentirse físicamente enferma.

Quizás nunca llegaría a saber lo que había hecho. O quizás lo entendería. No de inmediato, por supuesto. No se hacía ilusiones al respecto.

A lo mejor le bastaba con construir una relación tan sólida que resistiera a la verdad cuando al final saliera a la luz. No era tarea fácil, pero tampoco completamente imposible.

—¿Estás bien?

Helena abrió los ojos y descubrió a Flynn inclinado sobre ella.

—Estoy bien —contestó con una sonrisa forzada—. ¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —contestó él con gesto petulante—. Espontánea y romántica.

—¿Planeada por tu secretaria? —adivinó ella.

—De eso nada —Flynn sacudió la cabeza—. Es obra mía. Y creo que te va a encantar.

Helena estaba convencida de que así sería. Al parecer, Flynn Ashton era capaz de convencerle de lo que quisiera. Y no pudo negar el placer que le producía que hiciera algo no planeado.

No comprendió hacia dónde se dirigían hasta que el coche cruzó el puente para adentrarse en el pueblo más cercano a la villa. Ya había estado allí con Thea y había pensado regresar para hacer algunas compras. Pero seguía sin saber qué tenía pensado su marido.

A lo mejor iban a un hotel. A lo mejor había decidido celebrar el nuevo acuerdo consumando el matrimonio y no quería hacerlo en la cama que debería haber compartido con su hermana.

Helena miró a Flynn. No parecía un hombre a punto de practicar sexo. Y, para ser sincera, tampoco parecía la clase de hombre que te llevaba a un hotel sin hablarlo primero.

El coche aparcó junto a una céntrica piazza y Helena se bajó.

—¿Me lo vas a contar ya? —preguntó ella, recibiendo una negativa por respuesta.

—Pronto —le prometió él mientras le tomaba la mano y cruzaban la piazza hasta una pequeña callejuela. El olor a café impregnaba el aire y casi bastó para que Helena olvidara sus preocupaciones.

—Aquí es —anunció Flynn, parándose tan repentinamente que Helena casi chocó contra él.

—¿Una joyería? —ella lo miró perpleja.

—Sí. Pensé que a la naturaleza romántica y espontánea de nuestra boda le faltaba un anillo de compromiso. Pensé que podríamos elegirlo juntos —Flynn parecía nervioso. Quizás por eso no le gustaba la espontaneidad. Temía al fracaso.

Un anillo de compromiso. Un poco a destiempo, pero aun así sería algo suyo. Algo que no habría pertenecido antes a Thea.

—Me parece una idea maravillosa —Helena sonrió y apretó la mano de su marido.

Impulsivamente, se puso de puntillas y lo besó, pero no en la mejilla,

como el hermano y amigo que siempre había sido. Lo besó en los labios. Empezaba a aceptar su nuevo papel.

—Vamos dentro.

Dispuesta sobre un mostrador de cristal, reposaba una colección de anillos de diamantes, de diferentes estilos, formas y diseños, pero todos muy adecuados como anillo de compromiso.

—Descubrí esta tienda dando un paseo el otro día —murmuró él mientras Helena admiraba los destellos de las joyas—. Me acordé mientras comíamos. Me pareció el lugar perfecto.

—Lo es —asintió ella. Sin embargo, ¿cómo iba a elegir el anillo que simbolizara su futura vida en común cuando eran todos tan parecidos? ¿Qué ligera diferencia supondría la felicidad eterna?

Una mujer salió de un despacho y sonrió antes de animar a Helena a probarse algún anillo.

Helena parpadeó ante la mayor colección de diamantes que hubiera visto jamás. Y esperó reconocer el anillo correcto cuando se lo probara.

En algún momento de la tercera bandeja, o a lo mejor ya iban treinta y seis, empezó a dudar de su teoría. Flynn la había dejado sola con la cada vez más aburrida dependienta.

—Son todos preciosos —se disculpó ella por enésima vez—. Es que busco el que me haga sentir bien. ¿Me comprende?

—Por supuesto —contestó la otra mujer—. Es un anillo que llevará para siempre. Debe ser perfecto.

—Eso es —asintió Helena, aunque los dedos se le agarrotaron al oír «para siempre»—. ¿Por qué no me vuelvo a probar este? —era un anillo sencillo y elegante y no sabía por qué no le parecía bien.

—Ese no —intervino Flynn con el ceño fruncido—. Se parece demasiado a…

—Al de Thea —Helena concluyó la frase, comprendiendo de repente cuál era el problema.

—Espera un momento —él se llevó a la dependienta hasta una vitrina de cristal y le pidió que la abriera—. Quiero probar algo.

Helena frunció el ceño, pero esperó.

—Cierra los ojos —un sonriente Flynn regresó a su lado con el puño cerrado.

—¿En serio?

—Sí.

Parecía tan contento que ella le complació. Un anillo se deslizó en el cuarto dedo.

—Y encaja perfectamente —anunció él—. Ya puedes abrirlos.

—Esto no es un diamante —Helena contempló la joya en su dedo.

—Bueno, no, eso es evidente. Si es lo que deseas, tienes mucho donde elegir aquí, pero pensé…

—¡No! Quería decir que no es un diamante. No entendía por qué ninguno

me parecía el adecuado, y ahora lo comprendo. No estaba buscando un diamante —ella sonrió. Estaba clarísimo.

La dependienta murmuró algo en italiano. Seguramente se estaría preguntando por qué no se le habría ocurrido esa idea hacía media hora.

—Menos mal —Flynn respiró aliviado—. Al verlo pensé en ti. No sé, quizás porque es azul.

—Un zafiro.

—Lo que sea. El caso es que me recordó tus ojos. Ya sé que no es la tradición, pero tampoco lo es comprar el anillo de pedida después de la boda.

—Es perfecto —Helena giró el dedo para apreciar los destellos—. Me encanta.

—Genial. Entonces devuélvelo.

—¿Qué? —ella cerró la mano para mantener el anillo en su sitio.

—Todavía no puedes llevarlo —le explicó su marido con paciencia—. Tengo que declararme.

—También tiene que pagarlo —la dependienta sonrió con algo menos de paciencia.

—Cierto —Flynn se rio—. ¿Podría meterlo en una cajita?

Mientras la mujer preparaba la cuenta, Helena se quitó a regañadientes el zafiro y lo dejó en la cajita de terciopelo sobre el mostrador.

Su marido le había elegido el anillo perfecto cuando ella ni siquiera sabía qué estaba buscando. ¿De qué otras maravillas sería capaz si tuviera la oportunidad?

Casi habían llegado a la villa cuando el teléfono de Flynn sonó.

—Lo siento —se disculpó él—. ¿Te importa?

—Adelante —Helena sacudió la cabeza—. Creo que hoy te has ganado una llamada de negocios.

Él sonrió mientras contestaba. La idea del anillo de compromiso había sido buena. «Ante la duda, compra una joya», era la mayor contribución que había hecho Isabella a su educación.

—Henry, espero que llames para darme buenas noticias —y, con suerte, la hora del vuelo en el que llegaría. Quería todo lo que Helena y él habían hablado, negro sobre blanco, antes de que algo cambiara. Y antes de regresar a Londres y enfrentarse a sus familias.

—Me temo que no —Henry parecía agobiado—. ¿Puedes hablar?

—Sí, puedo hablar —el coche se detuvo frente a la puerta de la villa—. Un momento.

—Déjame adivinar —observó Helena—. Tienes trabajo.

—Un poco nada más. Pero cenaremos juntos.

—Por supuesto —ella sonrió—. Me debes una cosa.

—Es verdad —Flynn se bajó del coche y se dirigió al interior de la villa —. ¿Henry? Aquí estoy. ¿Qué sucede?

—Necesito que tomes una decisión sobre prioridades —contestó Henry.

—¿Prioridades? —Flynn se sentó en el estudio.

—¿Qué es más importante para ti, el acuerdo postnupcial o los contratos para la venta de This Minute a Morrison-Ashton?

—Te refieres a los contratos que empujaron a mi padre a nombrarme director general, a cambio de que Zeke nos vendiera su compañía —aclaró Flynn. Ambos sabían que el interés de esos contratos tenía mucho que ver con su futuro en Morrison— Ashton. —¿Por qué? ¿Algo va mal?

—Tu padre está poniendo objeciones a muchos detalles —ambos sabían que Ezekiel pelearía con uñas y dientes por el control de esa compañía hasta el día de su muerte.

Pero Flynn tenía fe en Zeke. Su hermano le había confirmado que el trato estaba hecho y eso significaba que lo estaría, tarde o temprano, por muchos inconvenientes que pusiera su padre.

—El equipo de abogados de tu hermano está haciendo un trabajo increíble, pero creo que quizás quieras que allane el camino por nuestro lado.

—¿Intentas decirme que renuncias a unas vacaciones pagadas en la Toscana? —Flynn apoyó los pies sobre el escritorio.

—Quizás intente no colarme en tu luna de miel —Henry se rio—, pero solo por motivos laborales.

—Pues me temo que vas a tener que colarte —contestó él—. Necesitamos ese contrato firmado.

—¿Tan mal van las cosas? —preguntó el abogado.

—En realidad, todo lo contrario —Flynn recordó la expresión de Helena al ver el anillo—. Van muy bien. Y no quiero darle a mi padre la oportunidad de arruinarlo todo.

—¿Le crees capaz? —Henry parecía sorprendido—. Sé que no está del todo feliz de verte casado con la hermana equivocada, pero ¿realmente importa?

—Pues yo creo que al final sí va a importar. Al menos para mí —había pasado menos de una semana, pero la relación con Helena se parecía más a una relación de lo que había sido nunca con Thea.

—Pareces enamorado, amigo mío.

—Soy un recién casado —bromeó Flynn—. Debo estar colado por mi esposa. Cualquiera que sea.

—De acuerdo —Henry se rio—. Todo parece ir de perlas con la nueva señora Ashton. ¿A qué tanta preocupación?

—Mi padre me dejó muy claro, y su inestimable socio también, que a no ser que regrese de este viaje con un contrato postnupcial firmado ante notario, tomarán cartas en el asunto. Quiero intervenir en los acuerdos de mi matrimonio con Helena. Y eso significa que necesitamos que lo legalices.

—Me parece justo —el abogado parecía estar pulsando el botón del ratón del ordenador—. Puedo tomar un vuelo que me lleve a Italia a media mañana. ¿Te sirve?

—Perfecto —podría cenar con Helena, declararse, darle un beso de buenas noches. Una noche más de frustración, solo en su cama, y firmarían los

papeles que convertirían el matrimonio en real.

—Voy a reservar ese vuelo —le aseguró el abogado—. Pero, Flynn, asegúrate de estar los dos de acuerdo cuando llegue allí. Ya sabes que estas cosas salen mejor cuando no hay sorpresas.

—Lo sé. No te preocupes —comparada con Thea, Helena era un libro abierto y, dado que ya no le quedaba ningún hermano que pudiera enamorarla, supuso que podía estar tranquilo.

—Entonces, me reuniré con los tortolitos mañana —se despidió Henry antes de colgar.

Flynn dejó el teléfono sobre el escritorio y sacó la cajita de la joyería del bolsillo. La abrió y admiró la piedra azul en el centro del anillo.

Una hora más y sería el momento de declararse a su esposa. Una sonrisa se formó en su rostro.

Capítulo 8

Helena enrolló la última cuerda de luces alrededor de las vigas de la terraza y dio un paso atrás. La mesa estaba dispuesta con mantel de lino y velas encendidas que creaban una atmósfera romántica. Las flores que trepaban por la fachada de piedra añadían un aroma especiado al ambiente, y la temperatura seguía siendo suave.

Tras alisarse el vestido azul y recogerse un mechón de cabellos detrás de la oreja, concluyó que estaba preparada. La botella de vino del viñedo de Gia estaba abierta sobre la mesa, y el cocinero le había prometido que la cena estaría preparada a las siete y media en punto.

Era la noche perfecta para prometerse. Ya solo le faltaba el marido.

—Esta clase de romance espontáneo sí me gusta.

Helena se volvió ante la voz de Flynn y lo encontró apoyado contra el quicio de la puerta.

—En realidad —admitió ella—, es esta clase de romance la que requiere planificación.

—¿De modo que estabas planeando todo esto antes de nuestra visita a la joyería?

—Flynn se acercó a Helena, que sintió subir la temperatura.

—Mucho antes. ¿No puede una chica desear una noche romántica con su marido?

—Claro que puede —él deslizó una mano por su cintura—. Sobre todo si lleva un vestido como este.

—¿Te gusta? —Helena retrocedió lo suficiente para poder girarse.

—Me encanta. Estás preciosa, incluso más que esta mañana en el viñedo.

—¿Ya entonces te parecí hermosa? —eso también había sido antes de la conversación en el restaurante, antes de que hubiera accedido a quedarse con él.

—Me parecía increíble no haberme fijado antes —sus miradas se fundieron y él la atrajo hacia sí.

—Este mediodía he comido muchísimo —dejó caer Helena mientras se humedecía los labios.

Era evidente que Flynn la deseaba, tanto como ella a él. Fueran cuales fueran sus motivos para rechazarla la noche de bodas, esa noche era suyo. Iba a llevarse a su marido a la cama. O al menos eso pensaba hasta que él dejó caer los brazos y dio un paso atrás.

—La cena está servida —anunció la doncella mientras salía a la terraza con los platos.

Helena hizo un mohín y él soltó una carcajada. La joven sirvió los platos y se retiró.

—Venga, siéntate —la animó él—. Quiero hacerlo bien.

—Supongo que sí —Helena tomó asiento. Le había pedido al cocinero que

preparara un plato de pasta y un postre. Quizás podrían llevarse el postre a la habitación…

La pasta, envuelta en un sabroso ragú, estaba deliciosa. Enrollándola con el tenedor y bebiendo el maravilloso vino de Gia a sorbitos, pensó que había peores modos de pasar una velada.

—¿Te echan de menos en Londres? —preguntó al recordar la llamada telefónica.

—Espero que disfruten de la calma —contestó Flynn—. Aparte de mi abogado, a quien desperté a las dos de la mañana la otra noche.

—De modo que era a él a quien llamaste. Me preguntaba quién podría ser tan importante para mandarme sola a la cama —Helena lo miraba fijamente y lo vio: un destello de incertidumbre.

Ese hombre le había pedido que pasara el resto de su vida junto a él. Habían comprado un anillo. Le había dicho que era hermosa, pero seguía sin pensar en acostarse con ella.

—También fue él quien llamó hace un rato —continuó Flynn—. Al parecer, mi padre está poniendo pegas a los contratos de venta de This Minute, tal y como era de esperar. El equipo legal de Zeke está más que capacitado.

—Eso es bueno —Helena sospechaba que ese equipo no solo estaba capacitado. Era, sin duda, implacable y pondría sus condiciones antes de darle a Ezekiel lo que Zeke le había prometido.

Eso no suponía ningún problema para ella.

No, el único problema de Helena era un marido que no quería acostarse con ella, o no se lo permitía a sí mismo.

Terminaron el plato de pasta en silencio, pero Helena ya no lo saboreaba. Sabía que en cualquier momento Flynn se arrodillaría ante ella y le ofrecería el anillo más hermoso mientras le pedía que compartiera su vida con él.

Pero ¿cómo iba a hacerlo sin saber si eran compatibles en la cama?

—Esperaremos un poco para el postre. Ya la avisaré —Flynn sonrió a la doncella, que retiraba los platos, y Helena supo que el momento había llegado.

Siendo niña, había soñado con declaraciones de amor. Se había imaginado a sí misma enamorándose, a un atractivo joven arrodillado a sus pies, suplicándole que se casara con él. Incluso había ensayado varias respuestas. Alegría sorprendida, había decidido, era la mejor.

Pero jamás se había imaginado que sería así.

—Ya sé que no es ninguna sorpresa para ti —Flynn sacó la cajita del bolsillo mientras sonreía resplandeciente—, pero quería que vivieras la experiencia completa —puso una rodilla en el suelo ante ella—. Helena Juliette Ashton, ¿me harías el increíble honor de seguir siendo mi esposa y vivir juntos felices para siempre?

Helena recordó la alegría sorprendida. Entusiasmo. Felicidad. Respuesta afirmativa.

—¿Por qué te niegas a acostarte conmigo? —fueron, sin embargo, las palabras que surgieron.

—¿De dónde demonios has sacado esa idea? —preguntó Flynn, aún con la mano extendida, ofreciéndole la cajita—. Créeme, me muero de ganas de hacerte el amor.

Helena frunció el ceño. Era evidente que no mentía, lo veía en sus ojos, lo había sentido en sus caricias. Incluso lo supo cuando la había besado tras los discursos del banquete de bodas.

—Muy bien, entonces, ¿por qué no lo haces? —quizás había planteado mal la pregunta.

—¿De verdad quieres mantener esta conversación en un momento como este?

—Creo que no puede esperar más —insistió ella—. Pero, si te resulta más fácil, ponte de pie.

—Claro, porque ese era el mayor problema —sin embargo, Flynn se sentó de nuevo en la silla.

—¿Y bien?

—Y bien —él suspiró—. Por supuesto que quiero acostarme contigo. Eres mi mujer. Eres hermosa. Me importas y espero tener un futuro contigo. Pero…

¿Adónde quería llegar? El pánico se apoderó de Helena. Supuso que no era la primera vez que ese hombre hacía el amor, y sabía que no estaba enamorado de Thea. ¿Cuál era el problema?

—Antes de dar ese paso, antes de iniciar algo que, espero, nos conduzca a un afecto más profundo, creo que es importante que acordemos algunos términos sobre nuestro futuro.

—¿No es eso lo que hicimos en el restaurante? —ella lo miró perpleja—. ¿No es eso lo que estamos haciendo ahora con el anillo y todo eso?

—En parte —asintió Flynn. ¿Por qué no la miraba a los ojos?—. Pero para que sea realmente oficial, necesitamos el acuerdo matrimonial firmado y sellado. Es importante, por si sucediera algo.

—Flynn, por favor —Helena lo miraba fijamente—. Por favor dime que no te niegas a acostarte conmigo por culpa del papeleo.

—Así es como suena, ¿verdad? —él inclinó la cabeza y se rio nerviosamente.

—¿Y podrías hacer que sonara de otro modo? —sugirió ella.

—De acuerdo —Flynn respiró hondo. Una táctica dilatoria que su esposa reconoció al momento.

Estaba pensando en el mejor modo de decir lo que fuera a decirle. Lo cual significaba que, seguramente, no iba a gustarle.

—La otra noche, antes de que entraras en el estudio con ese increíble camisón, que espero siga arriba porque me muero de ganas de vértelo puesto otra vez, cuando pueda apreciarlo…

—Sigue arriba —de momento, la cosa no iba mal del todo.

—Menos mal. En cualquier caso, antes de eso me reuní con nuestros padres —él la miró con gesto severo—. En cuanto nos acostemos juntos, las reglas del juego cambiarán. No habrá posibilidad de anular el matrimonio cuando regresemos. Tienes que estar segura de que lo deseas realmente.

—¿Anularlo? —Helena sacudió la cabeza—. ¿Te has negado a acostarte conmigo para ofrecerme una posible salida?

—En parte.

—¿Y la otra parte?

—Mi padre sugirió que, de haber algún problema, debía dejarte embarazada para atarte a mi lado, y asegurarme de que firmaras el contrato antes de que naciera el bebé.

—¿Y qué dijo mi padre a eso? —el corazón de Helena se paró en seco. Quizás Ezekiel no supiera lo que había sufrido, y no le sorprendía la insensibilidad de ese hombre, pero su padre…

—Él, Helena, se rio. Dijo algo sobre que al casarte te harías perdonar por el pasado —Flynn se revolvió los cabellos con una mano temblorosa y ella quiso consolarlo, que él la consolara.

Pero solo conseguía oír la risa de su padre, despreciando lo peor que le hubiera pasado jamás.

En muchas ocasiones había sido consciente de que Thea y ella eran más útiles que queridas para su padre. Y comprendía que ese matrimonio era un acuerdo comercial, conveniente y lucrativo.

Pero hasta ese momento no había sido plenamente consciente de lo poco importante que era ella para su padre. Y, de repente, sintió el corazón hecho trizas.

—No podía consentirlo —Flynn seguía hablando—. Hablaban con tal ligereza sobre un bebé, que supe que no podía hacerlo. Necesitamos tenerlo todo acordado antes de que algo así suceda.

Helena tragó con dificultad, como si tuviera una piedra atravesada en la garganta. Flynn no había querido que ella se sintiera atrapada, no había querido un hijo no deseado, como había sido él. Le sangró el corazón por el niño que debía de haber sido Flynn, y por el hombre en el que se había convertido. Quizás fueran capaces de darse el uno al otro algo de lo que ambos habían carecido toda su vida. Amor.

Su marido deseaba desesperadamente hacer lo correcto, tener un futuro perfecto. ¿Y qué si lo planificaba minuto a minuto? Tenía sus buenas razones. Era un hombre de buen corazón.

Y Helena quiso ese corazón para ella, más de lo que lo había querido a los catorce años. Más que cuando había envidiado a su hermana ese maravilloso prometido. Más que cuando se había puesto el vestido de novia prestado, y, desde luego, más que cuando se le había insinuado con el camisón la noche de bodas. Más que cuando le había elegido el anillo de pedida perfecto.

Estaba enamorada de su marido, y le asustaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Creo que deberías volver a declararte —le propuso nerviosa. Necesitaba decirle la verdad.

Pero, si lo hacía, podría destruir la tenue felicidad que empezaban a construir juntos. En cuanto regresaran a Londres, en cuanto los papeles estuvieran firmados, quizás entonces podría contarle lo sucedido años atrás. Quizás entonces podría hacerle comprender.

Pero primero tenía que conseguir que la amara.

—Helena —Flynn sonrió, de nuevo con una rodilla en el suelo—. ¿Querrás ser mi esposa? ¿En todos los sentidos?

—Sí —ella se sintió inundada por una increíble sensación de felicidad.

Flynn la tomó en sus brazos. El momento pedía un beso, y eso iba a ofrecerle. Inclinándose sobre ella, intentó transmitir todo lo que sentía, las esperanzas, los sueños, en ese beso.

Y por la entusiasta respuesta de su mujer, estuvo bastante seguro de haberlo conseguido.

Conocía a Helena, la hermana de Thea, o Helena, la hija de Thomas. Pero no sabía nada del humor, la calidez y la belleza que había bajo esas etiquetas.

—No me puedo creer que haya estado a punto de casarme con la hermana equivocada —murmuró contra sus labios y sintió una sonrisa como respuesta —. Esto era lo correcto desde el principio.

—Lo sé —contestó Helena, reflejando toda su felicidad en la voz—. Lo sé. Y casi no…

—Pero lo hicimos. Ahora nos tenemos el uno al otro —quizás aún no fuera amor, pensó Flynn, pero veía claro el camino hacia el futuro.

—Todavía no me has puesto el anillo —Helena se apartó ligeramente y sonrió, con los ojos brillantes, llenos de lágrimas sin derramar.

—Es verdad —él parpadeó y lo contempló sobre la mesa. Liberándolo de su cajita de terciopelo, lo deslizó en el dedo de su esposa—. Ahí está.

—Ahí está —repitió ella contemplando su mano—. Es el anillo más hermoso que he visto nunca.

—Para la mujer más hermosa —Flynn era consciente de lo cursi que sonaba.

Ese instante, solos en la terraza, le pareció más permanente, más oficial, que la ceremonia en la iglesia y la firma en el registro. Ese instante sería el que siempre iba a recordar como la verdadera boda, el momento en que se habían comprendido y comprometido en un futuro común.

Helena sonrió antes de morderse el labio inferior, como siempre hacía cuando dudaba si decir algo o no.

—Adelante —la animó él—. Di lo que sea. Tras tu respuesta a mi primera declaración, es poco probable que puedas decir algo peor.

—Cierto. Y creo que te va a gustar más —ella lo abrazó con fuerza.

El cuerpo de Flynn empezó a reaccionar de inmediato, incluso antes de que su mujer se pusiera de puntillas y le susurrara al oído:

—¿Qué prefieres de postre, tiramisú o yo?

Él tragó nerviosamente, intentando mantener la compostura que tanta fama le había dado en la sala de juntas. El plan era esperar. Había algo más que negocios, más que dinero, implicado.

—¿Estás segura? El contrato…

—El papeleo es una pura formalidad —murmuró Helena, besándole el cuello entre palabra y palabra—. Soy tuya, pase lo que pase. Tómame.

Las palabras de su esposa fulminaron cualquier resto de autocontrol y Flynn la tomó en sus brazos para besarla apasionadamente con desesperación, con deseo.

—Arriba —consiguió sugerir—. Ahora. Y no necesitó repetirlo.

Varias horas después, ya de noche cerrada, Flynn la atrajo contra su cuerpo desnudo.

—No hemos llegado a probar el tiramisú.

—Ni has conseguido verme con ese camisón puesto —Helena se rio mientras le acariciaba el pecho.

—Quizás mañana por la noche —él bostezó.

—Quizás —asintió ella, aunque estaba convencida de que tampoco lo lograrían.

Había sido mucho mejor que en sus sueños. El modo en que Flynn se había movido contra ella, dentro de ella, el modo en que la había acariciado, con una reverencia hacia su cuerpo que jamás habría esperado en un hombre. Parecía estar embebiéndose de cada detalle de ella, embriagado.

Hasta hacía un par de horas había estado sinceramente preocupada de que él no la deseara.

No había querido pensar en ello, pero no había habido muchos hombres en su vida desde que se quedara embarazada a los dieciséis años, y ninguno de ellos le había hecho sentir como Flynn. Le había preocupado no ser lo bastante buena para él, preocupado un embarazo, hasta que él había sacado un preservativo de la cartera. Pero sobre todo le había preocupado que él descubriera todos sus secretos con solo mirar su cuerpo desnudo.

Pero no lo había hecho. Y, dado que los ojos, las manos y la boca de Flynn habían recorrido cada centímetro de su cuerpo, no había manera de que lo averiguara si no lo había hecho ya.

El pasado quedaría encerrado bajo llave hasta que decidiera compartirlo con él. Sabía que iba a hacerle daño por habérselo ocultado, pero quería pensar que lo comprendería. Para cuando volvieran a hablar sobre hijos, formarían una unidad sólida. Incluso una familia. Lo entendería.

—¿En qué piensas? —preguntó Flynn con voz somnolienta mientras la besaba en la cabeza.

—Solo pensaba en lo feliz que soy —contestó Helena con la esperanza de que no la conociera lo bastante bien como para saber cuándo mentía.

—Me alegro —Flynn se giró y la atrajo hacia sí antes de quedarse profundamente dormido.

Sin embargo, Helena se quedó despierta hasta la salida del sol, pensando

en lo que había hecho y las decisiones que había tomado.

Cuando Flynn se despertó a la mañana siguiente, supo instintivamente que no eran las seis de la mañana. El sol estaba demasiado alto y sus cálidos rayos inundaban la cama. No habían echado las cortinas la noche anterior y aun así había dormido mucho más de lo habitual en él.

Debía de ser por el ejercicio, decidió mientras se estiraba todo lo que podía sin despertar a la mujer que dormía en sus brazos.

Su esposa.

Helena había resultado ser todo lo que había esperado que fuera, y mucho más. Si necesitaba alguna prueba más de que el cambio había sido para mejor, ya la tenía. Pasara lo que pasara después con su padre, con la compañía, incluso con Zeke y Thea, serían Helena y él contra el mundo. Ellos eran su propia familia. Descansó una mano sobre su estómago. Un día, todavía no, pero sí en cuanto estuviera asentado en su puesto de director general, la familia crecería.

Sopesó la posibilidad de despertar a Helena para recordarle de nuevo lo buenos que eran juntos, pero, de repente, lo recordó.

El contrato. Henry llegaría ese mismo día. En realidad, llegaría en cualquier momento.

Perezosamente, se soltó del abrazo de Helena, la arropó con mimo y, tras ponerse los vaqueros del día anterior, se dirigió al dormitorio contiguo donde el sonido de la ducha no la molestaría. Se vestiría, desayunaría y se reuniría con Henry. Si se daban prisa podrían tener el contrato preparado para firmarlo antes de que Helena se despertara.

Cuando bajó a la planta inferior, se encontró a Henry instalado en uno de los sillones del vestíbulo con una taza de café en la mano y un plato de bollería a su lado. Al ver a Flynn, dobló el papel que había estado leyendo y lo guardó en su maletín.

—¿Estoy en lo cierto al afirmar que la urgencia con la que requeriste mi presencia ha pasado? —el rostro del abogado lucía una sonrisa burlona.

Flynn no pudo reprimir otra sonrisa. Henry le conocía desde hacía mucho tiempo. Si alguien iba a alegrarse por él, ese era seguramente Henry.

Otra muestra más de lo poco que había tenido que decir en su propia boda era que Henry ni siquiera había figurado en la lista de invitados. Quizás podrían celebrar una fiesta, por todo lo alto, de primer aniversario en la que invitarían a todas las personas con las que les hubiese gustado contar realmente en la boda.

—Seguimos necesitando ese contrato —Flynn se dejó caer en una silla frente a su amigo y tomó uno de los bollos—. Pero vas a tener que esperar a que mi esposa se despierte. No es muy madrugadora —ante la atenta mirada de Henry, intentó mantener el gesto impasible, aunque debió de fallar, pues el abogado echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Qué suerte tienes. Solo tú eres plantado ante el altar y aun así terminas casándote con una hermosa novia de la que estás locamente enamorado.

—Yo no he hablado de amor —protestó Flynn, aunque no pudo evitar sonreír—. Todavía.

—Dentro de un par de años dirigirás la compañía, ganarás millones y tendrás unos cuantos bebés gateando a tu alrededor. Va a ser asqueroso.

—Quizás —asintió él—. Pero a mí no me suena tan mal.

—Claro, porque tú no serás el que tenga que aguantarte —el abogado volvió a sonreír—. Ahora en serio, me alegro por ti. Nadie se lo merece más que tú.

Flynn sospechaba que no era así, pero el hecho de que su amigo lo afirmara debía de significar algo. Quizás, tras un mal comienzo, todo lo que había tenido que luchar para llegar al lugar que ocupaba al fin daba sus frutos. Quizás le había llegado el momento de ser feliz.

—Vamos —Flynn se levantó de la silla. No tenía ningún sentido recrearse en la parte sentimental cuando había papeleo que hacer—. Vamos al estudio y empecemos. Pediré que nos traigan más café. Me gustaría tener redactado el acuerdo cuando Helena se despierte para que lo pueda firmar y así olvidarnos del tema.

—Querrás decir para así volver a la cama con ella.

—Eso también.

—Supongo que eres consciente de que tendré que repasar todos los detalles con ella, ¿verdad? No puedes limitarte a decirle dónde firmar, por desesperado que estés por desnudarla.

—Lo sé —Flynn tuvo que admitir que estaba bastante desesperado, aunque no tanto como para ignorar la ley—. Pero quiero que sea lo más sencillo posible. Ella no es muy devota del papeleo.

Quizás, una vez que Henry se hubiera marchado, podría tomarla sobre el escritorio de su padre. Quizás así lograría despertar en ella alguna simpatía por el papeleo.

—¿No le gusta el papeleo y se ha casado contigo? —el abogado fingió horror—. Que Dios la ayude.

Capítulo 9

Helena se despertó sola, estirada en la cama como una estrella de mar para aliviar el dolor muscular que había acumulado a lo largo de la noche.

¿Dónde estaba Flynn?

Consultó la hora. La mañana había pasado, y eso significaba que estaría trabajando. Tal vez podría sorprenderle en el estudio, convencerle para que volviera a la cama un rato.

Tras darse una ducha rápida, arreglarse el pelo y lavarse los dientes, se puso el camisón de satén con el que Flynn tanto deseaba verla. Pero, por si acaso se tropezaba con algún empleado de la villa, se cubrió con una bata a juego. El conjunto resultaba casi decente.

Bostezando, abrió la puerta y se dirigió a las escaleras, preguntándose si quizás podría tomarse un café antes. No, primero su marido, luego el café. Pediría que se lo subieran a la habitación. ¡Desayuno en la cama! Para eso estaban hechas las lunas de miel. Bueno, entre otras cosas…

No se molestó en llamar, y no se dio cuenta de que había dos personas hasta que ya había abierto la puerta del estudio.

—¡Oh, lo siento! —exclamó mirando compungida a Flynn. El hombre que se hallaba sentado al otro lado del escritorio se rio. Fue una risa agradable, ni cruel, ni burlona. Simplemente divertida.

—No te preocupes —el hombre se puso en pie—. En realidad, te estábamos esperando. Soy Henry, el abogado de Flynn —extendió una mano para saludar a Helena.

—¿Abogado? —ella frunció el ceño—. ¿Ha sucedido algo malo? —y de repente lo comprendió—. ¡En serio, Flynn! ¿Papeleo a esta hora de la mañana?

—Prácticamente es la hora de comer —señaló el aludido.

—En su defensa diré que quiere quitárselo de encima cuanto antes para así poder dedicarse a disfrutar de la luna de miel —intervino el abogado.

—De acuerdo —Helena suspiró y se dejó caer en una silla—. Pero voy a necesitar café.

Al final, resultó que el acuerdo postnupcial, ridículo nombre para el documento, era de lo más aburrido. Flynn y Henry ya habían repasado y actualizado el documento original para registrar los cambios en los planes de boda, y Helena prácticamente se limitó a asentir.

Lo único que quedaba por acordar en el contrato era la relación entre ambos.

—¿Estáis ambos de acuerdo en residir en la casa del centro de Londres que habíamos preparado? —preguntó Henry y Helena asintió—. Estupendo. Pasamos a beneficencia y obligaciones sociales.

Ella suspiró. Debería haberse quedado en la cama.

Al llegar a las relaciones sexuales, Flynn levantó los ojos al cielo y Helena

soltó una carcajada.

—Supongo que podemos tachar la parte sobre negociar el momento en que se iniciarán las relaciones sexuales —observó el abogado, incapaz de mantener el gesto serio.

—Sí, creo que ese barco ya zarpó —contestó Helena con una sonrisa.

—De acuerdo entonces —continuó Henry—. Pasamos a las declaraciones.

—¿Te refieres a lo de estar juntos en la salud y la enfermedad y esas cosas? —preguntó ella.

—No exactamente. Básicamente necesitamos que firmes este apartado en el que declaras no haber estado casada, no tener pareja, no tener hijos de una relación anterior, cosas que podrían afectar a la herencia.

Un intenso temblor se apoderó del cuerpo de Helena, incapaz de pronunciar palabra. Debía haber hablado con su marido la noche anterior, hablarle de su hija.

—¿Helena? ¿Qué sucede? —de repente, Flynn estaba a su lado tomándole una mano.

Helena había estado a punto de conseguir todo lo que más deseaba.

Y por culpa de un error cometido ocho años atrás, iba a estropearlo todo.

En su mente revivió la escena completa cuando se lo había contado a Thea. Las lágrimas de su hermana y los gritos de su padre. Las feas acusaciones, el odio. Y la lástima en la expresión de Isabella. Aunque no era solo lástima, también había resignación. Como si todos hubiesen sabido que algún día lo fastidiaría todo. Solo era cuestión de tiempo.

Thea había sido la única en escuchar, en comprender lo que había sucedido realmente aquella noche. Y su padre le había reprochado que escuchara a Helena, como si Thea fuera más culpable que Helena, y Helena más culpable que esos chicos que… No pudo seguir recordando.

Lo que sí pudo recordar fue la frialdad con la que su padre había asegurado que él lo arreglaría todo. Que ella solo tenía que obedecer sus órdenes. Isabella y él tenían un plan y ella lo seguiría al pie de la letra. Si lo hacía, podría regresar a casa y vivir una vida normal. Después.

—¿Quieres que llame a alguien? —preguntó Henry con gesto preocupado —. ¿Traigo agua?

—Sí, en la cocina debería haber alguien —Flynn apretó una mano contra la frente de Helena—. Helena, háblame. ¿Qué sucede? Deberías haber desayunado. Le pediré a Henry que…

—No —ella ya no podía soportarlo más. No podía permitirle seguir siendo tan amable—. No necesito nada —balbuceó mientras se ponía en pie—. No puedo firmar esto.

Salió huyendo del despacho, con la imagen de la expresión horrorizada de Flynn en la cabeza.

Eso, desde luego, no formaba parte del plan.

Flynn contempló a su mujer salir a trompicones del estudio y subir corriendo las escaleras, con el estúpido camisón de satén enredándose entre

sus piernas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Henry, que regresaba con un vaso de agua en la mano.

—No tengo ni idea —contestó Flynn—. Pero lo voy a averiguar. Quédate aquí.

Tenían un acuerdo. Flynn subió las escaleras furioso. Lo habían hablado todo. ¡Hasta se había casado con ella! Le había comprado ese maldito anillo y se había acostado con ella. Había empezado a albergar esperanzas sobre el futuro soñado. Y, de repente, no podía firmar.

No, ese no era el plan.

Llamó con fuerza a la puerta de la suite nupcial, pero no esperó respuesta antes de irrumpir en el dormitorio. Ella sabía de sobra que le debía una explicación.

—Flynn, yo… yo lo siento —Helena parecía muy pequeña, encogida de lado sobre la cama.

—Pues entonces baja y firma ese acuerdo.

—No puedo —Helena sacudió la cabeza—. Lo siento.

—No quiero disculpas, quiero explicaciones —Flynn permanecía junto a la puerta.

—No puedo firmar porque no son ciertas. Las declaraciones.

—¿Qué? —él parpadeó confuso—. ¿Ya estás casada? ¿Enamorada de otro? —eso sería demasiado cruel. Las dos hermanas…

—No, no es eso —Helena habló con un hilo de voz entrecortada.

Y, de repente, él lo comprendió. Y deseó no haberlo hecho nunca.

—Tienes un hijo —cualquier emoción negativa que fuera capaz de sentir se acumuló en sus entrañas. Traición, horror, dolor—. ¿Dónde está?

—Fue adoptada —susurró Helena.

—La abandonaste —Flynn no podía apartar la vista del rostro de esa mujer.

Había llegado a pensar que podría planear una vida junto a esa mujer, y descubría que le había estado ocultando algo así. Ella había esperado a que estuviera enamorado antes de decírselo.

—Fue un error. Yo tenía dieciséis años y estaba muy asustada —ella hablaba atropelladamente, pero Flynn apenas la escuchaba.

Intentaba encontrarle algún sentido a la horrible realidad que se revelaba ante él. La mujer que amaba era una mujer mentirosa que abandonaba a la gente. Y él la había creído cuando le había prometido quedarse a su lado, construir juntos una vida. Menudo idiota. A sus treinta años había caído en la trampa de creer en las palabras de la primera persona que le prometía quedarse.

—Cuando se lo conté a Thea…

—Thea lo sabía —por supuesto que Thea lo sabía. ¿A quién más podría haber acudido Helena? ¿Y por qué iba a habérselo contado Thea a él?—. ¿Quién más lo sabe?

—Pues, mi padre. Y también Isabella.

Por supuesto, Ezekiel no, su padre no. De haberlo sabido, lo habría sacado a relucir antes, en cuanto se hubiera enterado de que iban a casarse, aunque solo fuera para hacerle daño a él.

Pero Thomas sí lo sabía. Thomas, que se había limitado a asentir cuando Flynn le había explicado que se casaba con Helena. Que se había reído cuando Ezekiel había sugerido que la dejara embarazada, sin mencionar que no sería la primera vez.

—Me enviaron lejos de casa —continuó Helena—, a un lugar donde no pudiera provocar un escándalo, ni molestar.

A Helena se le quebraba la voz y Flynn estuvo a punto de tomarla entre sus brazos y consolarla. Sin embargo, esa mujer ya no era su Helena. Era una extraña que le había mentido.

Si lo hubiera amado de verdad, si de verdad hubiera deseado que tuvieran un futuro como pareja, le habría contado lo del bebé. De haberlo hecho, al menos habrían podido hablarlo racionalmente y decidir si seguía habiendo una posibilidad para ellos. Quizás no con flores, corazones y romance, pero sí con pragmatismo, como estaba pensado inicialmente.

Flynn se lo había contado todo, cómo se había sentido criado como una pieza sobrante de la familia Ashton, consciente, desde el nacimiento de Zeke, de que ya no era necesario. Helena debería haberse figurado cómo reaccionaría al saber que ella le había hecho lo mismo a su bebé, abandonándolo a un incierto destino. Y se lo había ocultado hasta que ya era demasiado tarde.

Todo había sido calculado, cruel. La Helena de la que se había enamorado jamás habría hecho algo así. La Helena que él amaba no existía realmente. Lo único que quedaba era una esposa a la que apenas conocía y a la que jamás comprendería.

—A eso se refería tu padre, ¿verdad? Cuando dijo que te estabas haciendo perdonar por tu pasado – Flynn se rio con amargura. —¿Qué creías, que casarte con un pobre chico adoptado te redimiría por haber abandonado a tu hija sin pensártelo dos veces?

—¡No! Claro que no. Tú no lo entiendes.

—Tienes razón. No lo entiendo —rugió él, apartándose de la puerta para acercarse a la cama.

No iba a tocarla, no podía, pero tampoco iba a mantener una distancia de seguridad. Helena retrocedió contra el cabecero de la cama.

—No entiendo cómo pudiste oírme hablar ayer en el restaurante, de cómo fui un niño no deseado, ni por mis padres biológicos ni por los adoptivos. Cómo pudiste prometerme una vida mejor, una familia mejor, cuando no eres mejor que ninguno de ellos.

Quizás no se había estado burlando de él, pero eso no quitaba para que le hubiera permitido desnudar su alma sin revelar nada. Mintiéndole sobre la persona que era.

—Creía que te conocía —continuó él—, la mujer a la que le compré ese anillo jamás habría abandonado a su bebé.

Helena palideció. Se arrancó el zafiro de la mano y lo arrojó sobre la cama. El anillo rebotó sobre el colchón y cayó al suelo, pero Flynn no hizo ademán de recogerlo.

—¿Creías conocerme? ¿Solo porque elegiste un anillo que me gustó? —Helena rugió.

—¡Pensaba que éramos sinceros el uno con el otro! —Flynn intentaba olvidar lo unido que se había sentido a ella en esa misma habitación, en esa misma cama.

—No —ella sacudió la cabeza con fuerza—. Creíste haber encontrado a alguien que encajaba en tu plan, en tu agenda. Pensaste que podrías convertirme en la esposa que necesitabas. Te casaste con mi apellido. Yo no fui más que una novia sustituta de lo más conveniente.

—Sabes que no es así —de haber sido así, ¿por qué le dolía tanto conocer la verdad?

—¿No lo fui? Entonces, ¿por qué estabas tan desesperado por que firmara ese documento?

—¡Quería un futuro contigo! ¡Una familia! —Flynn gritaba y le oían todos en la casa. Pero no le importaba. Ya no.

—¡Pero nunca me preguntaste si era eso lo que yo deseaba! —gritó Helena, arrodillada frente a él sobre el colchón—. Dices que querías una familia, pero lo que en realidad deseabas era un heredero. Algo que te legitimara como un verdadero Ashton, que te otorgara el pleno control de la compañía. ¿Por qué si no ibas a querer casarte con Thea? ¿Y por qué te casaste conmigo sin ningún contrato, sin ningún acuerdo?

—¡No te atrevas! —una gélida furia inundaba a Flynn—. ¿Quién te da derecho a decirme por qué quería un hijo de mi sangre? ¿Tú, que la tuviste y la abandonaste, que la consideras un «error»?

—No tienes ni idea de lo que dices —Helena se echó hacia atrás, como si la hubiera abofeteado.

—Pues yo creo que sí —contestó él—. Me imagino que fue algo así: la pobre niña rica no recibe tanta atención como su brillante hermana mayor. Quiere que papá se fije en ella y empieza a llamar la atención. La habitual rebelión adolescente. Sale con chicos poco recomendables, va de fiesta. Lo típico. Pero un día va demasiado lejos y se queda embarazada. A lo mejor ni siquiera sabes quién fue el padre —el respingo de Helena le indicó que había acertado—. De modo que acudes llorando a tu hermana para que ella se lo cuente a papá. Y papá lo arregla todo, ¿verdad? Te envía lejos para que tengas al bebé y luego se lo encasqueta a alguien. Todo queda en casa. Nadie sale lastimado. Salvo esa pobre criatura.

Ella retrocedió ante las crueles palabras, como si le provocasen dolor físico.

Y Flynn se alegró por ello. Quería que sufriera. Quería que sintiera el

mismo dolor que sentía él.

A partir de ese día, su matrimonio solo sería de conveniencia.

Helena lo miró horrorizada. ¿Cómo podía ser ese el mismo hombre con el que había compartido cama la noche anterior? ¿O el hombre al que había adorado a los catorce años por su amabilidad? Apenas conocía al Flynn que tenía delante.

—Tienes razón. No me conoces en absoluto —al parecer, no más de lo que ella lo conocía a él.

—Al contrario. Creo que al fin he conseguido verte tal y como eres de verdad —los labios de Flynn se curvaron en una cruel sonrisa—. Y lo que veo me pone enfermo.

No era culpa suya. Él no lo sabía. No conocía la verdad sobre lo que le había sucedido aquella noche. Pero tampoco quería escucharla. Igual que su padre.

Y jamás podría perdonarle por ello.

—Créeme, el sentimiento es mutuo.

—¿Y qué esperabas, Helena? —Flynn agitó los brazos en el aire, dolido, herido.

Debería haberle contado la verdad desde el principio, permitirle tomar una decisión con toda la información. Pero las cosas se habían precipitado y no soportaba la idea de perderlo tan pronto.

—¿Pensabas que ibas a poder mantenerlo en secreto para siempre? —insistió él—. ¿O creías que estaría tan enamorado de ti que no me importarían las horribles cosas que hiciste en el pasado?

Helena debería habérselo figurado. La gente nunca perdonaba. Ni siquiera había sido suficiente para su padre el que ocupara el lugar de Thea ante el altar, ¿por qué iba a ser Flynn diferente?

—Pensaba que me respetarías lo suficiente como para escucharme. Que intentarías comprender.

—¿Quieres que te escuche? Adelante. Cuéntame, Helena, ¿cómo te sentiste al abandonar a tu hija? ¿Estuviste mal un día entero, o solo hasta que papá te devolvió la tarjeta de crédito?

No tenía ni idea. No la conocía, ni le importaba lo suficiente como para concederle siquiera el beneficio de la duda.

—Para ti todo es blanco o negro, ¿verdad? —exclamó ella, mirando incrédula al hombre al que había creído amar—. Se ajusta a un plan o está fuera de agenda. No se te ha ocurrido que la gente pueda tener razones o sentimientos diferentes a los tuyos, ¿a que no? Ni siquiera te imaginas que yo pueda haber hecho lo correcto.

—¿Lo correcto? ¿Cómo puede ser correcto abandonar a un hijo? —Flynn se agarraba al travesaño de la cama y Helena tragó nerviosamente ante la mirada que le dirigía.

Y esa mirada la llevó a otro día horrible. El peor día de su vida.

Dos hombres, apenas unos críos, y esa misma mirada. La mirada que le

indicaba que no les importaba, que lo que ella deseara, las decisiones que tomara, no importaban. Ella no importaba.

Había accedido a entrar en esa habitación. Y había tenido que pagar las consecuencias después.

—Y no me digas que pensabas que así tendría una vida mejor —continuó Flynn mientras ella se encogía ante el tono acusatorio—. Perteneces a una de las familias más adineradas del país. Podrías haberle dado todo a esa criatura, pero elegiste no hacerlo.

—No —contestó ella con sus escasas fuerzas—. No podía. No podía darle lo que más necesitaba.

—¿Y qué era eso? —preguntó él en un tono burlón cargado de amargura.

—Amor —Helena lo miró a los ojos y absorbió todo el odio y asco que desprendía la mirada de Flynn—. No podría haberla amado como ella necesitaba, como se merecía. Y por eso accedí cuando me dijeron que tenía que entregarla en adopción.

—No podías… —él sacudió la cabeza incrédulo—. ¿De verdad te has convencido a ti misma de que eso era lo mejor para tu hija?

—Dímelo tú —ella se puso en pie, incapaz de soportar que la siguiera mirando desde arriba—. Tú te criaste en una familia como la mía, nuestras familias eran prácticamente una. Dime tú qué se siente al crecer allí, sin ser deseado ni amado. Porque, si se pareció lo más mínimo a mi vida tras la muerte de mi madre, no es posible que se lo desees a nadie.

Durante unos segundos, Flynn permaneció perplejo y ella se preguntó si sería su oportunidad de intentar hacerle comprender lo que había sucedido realmente aquella noche y cómo la había transformado. Cómo saber que todo había sido culpa suya consiguió que lo demás fuera mucho más difícil.

¿Sería capaz de transmitirle la desesperación que había sentido? ¿La sensación de tener el alma rota al comprender que, cada vez que mirara a esa criatura, recordaría aquella noche, la noche en que había sido concebida? ¿Y cómo hacerlo sin volver a sentir el dolor?

Pero la expresión de Flynn cambió y la repulsión de su mirada se hizo más evidente.

—Si es así como te sientes realmente, Helena, deberías preguntarte una cosa. ¿En qué te diferencias de tu padre o del mío? ¿Qué clase de monstruo no puede amar a su hijo?

«Monstruo».

La palabra la golpeó en el estómago y Helena se rodeó la cintura con los brazos antes de doblarse hacia delante. Flynn tenía razón. No lo entendía y se negaba a escuchar, pero tenía razón.

Pero, si por un momento su marido había pensado que sería capaz de perdonarse a sí misma por las decisiones tomadas, no tenía ni la menor idea de cómo era ella.

—¿Crees que no vivo con ello todos los días? ¿Por qué crees que me opuse a ese documento? Sé que quieres tener hijos y sé que yo no puedo

tenerlos. Podríamos haber adoptado, quizás, pero la idea de llevar otro ser en mi seno, me resulta insoportable. Ni siquiera por ti.

—¿Y tú crees que sigo queriéndolo ahora? ¿Crees que puedo siquiera pensar en tocarte? —la repulsión ensombreció el rostro de Flynn—. Dices que tienes que vivir con ello a diario. Bueno, pues a partir de ahora yo también. Porque me convenciste para que me casara contigo, para que me acostara contigo, y ahora estamos atados.

—¿Quieres el divorcio? —preguntó Helena—. Yo te lo daré gustosamente. Seremos libres. Tú podrás encontrar otra forma de lograr la legitimidad que tanto ansías. Salvo que no hay otra forma, ¿verdad? Ya se te han acabado las hermanas Morrison. Soy yo y mi sórdido pasado o la nada. Tú decides.

Los ojos castaños destilaban un profundo odio y ella comprendió que podrían hacerse muy infelices el uno al otro el resto de sus días.

Quizás tuviera, al fin, su castigo. O su expiación.

En cualquier caso, dio gracias a Dios porque ningún hijo tendría que sufrirlo con ellos.

El aire estaba cargado de tensión, frustración y desesperación. Aunque lo hubiera querido, Helena era incapaz de apartar la mirada de su esposo. Necesitaba saberlo. ¿Iba a elegir esa horrible relación solo para conservar la compañía? ¿Se marcharía con la integridad intacta?

Sin embargo, no logró averiguarlo, pues en ese momento Henry llamó a la puerta.

—Siento interrumpir —se excusó—. Acabo de recibir una llamada de Londres. Lo siento mucho, Helena, tu padre ha sufrido un infarto. Debemos regresar a Londres de inmediato.

Capítulo 10

Helena se mantuvo en silencio durante todo el trayecto de regreso a Londres.

Tenía la sensación de haberlo dicho todo, de no tener más palabras. Ya no le quedaba ningún furioso reproche que lanzar contra Flynn, ninguna defensa, ningún argumento. Y seguía sin comprender el significado del infarto de su padre, o cómo se sentía al respecto.

De modo que, tras guardar lo esencial en una bolsa de viaje, sabedora de que el personal de la villa se encargaría de enviar el resto a Londres, se puso la ropa más cómoda que tenía. Necesitaba sentir el tacto del suave algodón y el cálido cachemir. No podía contar con las caricias de su marido.

Con las gafas de sol puestas, se despidió de la doncella y subió al asiento trasero del coche que Henry había alquilado, e ignoró por completo a los dos hombres sentados delante.

Para cuando llegaron al hospital ya era de noche. Henry, y no Flynn, por supuesto, que apenas se había dignado a mirarla, le había preguntado si deseaba pasar antes por su casa para cambiarse, dormir o lo que fuera. Pero Helena había sacudido la cabeza a modo de respuesta.

Una suave llovizna caía sobre los cristales del taxi. Familiar, húmeda y fría. De repente, Helena se alegró de haber regresado. La Toscana había sido una escapada, un cuento de hadas, hasta esa mañana. Y quedarse un minuto más solo habría servido para recordarle lo que había perdido.

Entró en el hospital sin esperar a Flynn o a Henry.

Isabella parecía haber envejecido diez años en una semana. De pie, apoyada contra la pared del pasillo junto a la habitación de Thomas, al ver a Helena su gesto se descompuso.

—¿Está…? —lo primero que decía desde salir de Italia, y ni siquiera era capaz de terminar la frase.

—Los médicos dicen que la operación ha ido bien —Isabella hacía gestos evidentes de estar esforzándose por no llorar—. Han hecho algo… ya te lo explicará. Yo no entiendo nada.

Flynn y Henry la alcanzaron al fin. Su marido abrazó a Isabella de un modo que, Helena estuvo segura, su madre jamás había hecho con él. ¿Estaría al corriente de la relación entre Thomas e Isabella que ya duraba una década? Un secreto más entre ellos, supuso.

Ignorada, Helena se acercó a la puerta y la abrió para entrar en la habitación de su padre. Tumbado en la cama, conectado a tubos y máquinas, parecía más pequeño. Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia. Si sucedía algo más, si no se recuperaba, jamás sabría que el pasado había regresado para destrozar el presente. Que ocho años atrás, cuando le había asegurado que acababa de arruinar su vida, había tenido toda la razón.

—¡Papá! —las lágrimas se acumularon en los ojos azules.

—¿Helena? —Henry se acercó por su espalda—. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

No, no estaba bien. Quizás jamás volvería a estarlo. Sufría tanto que pensó que se le partirían los huesos, y temía que lo único que la mantenía de una pieza era la ira. Ira contra su padre por casi morir, contra Flynn por no comprender, contra esos chicos que casi la habían destrozado, y contra ella por permitírselo.

Henry no podía arreglar nada de eso, pero había una cosa que sí podía hacer.

—Necesito a mi hermana.

Llevó una hora convencer a su madre para que se marchara del hospital, y ni siquiera entonces quiso regresar a su casa. Isabella insistió en ir a casa de Thomas, asegurando que no podría dormir en ningún otro lugar.

Flynn supuso que con aquel gesto se daba por concluida la pantomima que había durado diez años y que pretendía hacer creer a los demás que Isabella y Thomas no se acostaban juntos.

Helena se negó a abandonar la habitación de su padre, y Flynn ni siquiera intentó persuadirla.

Henry lo esperó en el taxi mientras él acompañaba a su madre a la casa de Thomas.

—¿Adónde vamos? —preguntó el abogado en cuanto su amigo regresó al coche.

Flynn deseó tener una respuesta. Un bar parecía una opción tentadora, un lugar donde borrar con alcohol los recuerdos de la última semana. Pero al despertar, nada habría cambiado y tener resaca no iba a ayudar en nada.

Tampoco estaba dispuesto a enfrentarse a su padre aquella noche, no mientras su madre dormía en la casa de otro hombre. De modo que solo le quedaba la casa que había preparado para su esposa y él. Seguramente aún no estaba amueblada del todo. Pero era suya y Henry tenía la llave.

—Vamos a mi casa. Quiero ver si ya han instalado el armario de las bebidas —desde luego, no pensaba acostarse sin tomar una copa.

Henry le dio las señas al taxista mientras Flynn echaba la cabeza hacia atrás e intentaba no pensar en nada.

La casa parecía un mausoleo. Olvidándose de las imágenes que se había formado sobre su vida allí, se dirigió directamente al despacho. El suelo estaba cubierto de cajas de cartón sin abrir y las paredes de estanterías vacías. El escritorio se hallaba colocado en un ángulo equivocado, pero a su lado estaba el armario de las bebidas. Vacío, por supuesto. Sin embargo, una breve búsqueda entre las cajas le permitió recuperar su colección de botellas de whisky de malta.

Los dos hombres se sentaron en sendos sillones y se sirvieron un par de copas.

—¿Y bien? —Henry esperó a que el vaso estuviera casi vacío antes de hablar—. ¿Ahora qué?

—No tengo ni idea —era la pregunta que había estado evitando toda la noche.

—De acuerdo. Supongo que tendrás que pensar en todo lo sucedido hoy. Los dos necesitáis tiempo y con su padre enfermo… Helena me pidió que hiciera venir a Thea.

—¿Hasta dónde escuchaste esta mañana? —Flynn levantó la vista.

—Lo suficiente —Henry mantuvo la mirada fija en su copa.

—No entiendo nada.

—Las razones por las que querías casarte, tanto como para aceptar hacerlo con la otra hermana, siguen ahí —estaba ejerciendo de abogado del diablo. Henry siempre era capaz de defender ambas posturas.

—Lo sé.

—Te dejaré el contrato de todos modos —Henry suspiró—, el borrador. Vuelve a leerlo. Quizás te ayude a tomar una decisión —dejó unos papeles sobre el escritorio—. Será mejor que me vaya. Mañana llamaré para saber qué tal va todo.

Flynn asintió, más para hacerle saber que le había oído que para indicar que estaba de acuerdo.

—¿Flynn? —el otro hombre lo llamó desde la puerta—. Intenta dormir, ¿quieres?

Ni siquiera se molestó en asentir a eso. Se sentó con el documento en la mano, un documento que se suponía iba a asegurar su futuro, su familia. Terminó la copa y se sirvió otra.

Y, al terminar la segunda, se levantó y arrojó los papeles a la chimenea vacía.

Sería lo primero que quemaría cuando encontrara las cerillas.

Capítulo 11

Helena no quería ir a su casa, en parte porque no estaba segura de cuál era su casa. Pero a media mañana del día siguiente, Isabella regresó con aspecto descansado.

—Helena, querida, vete a casa y dúchate. Flynn debe de estar esperándote.

—Estoy bien aquí, en serio —contestó ella—. Además, mis cosas siguen en casa de papá —podría regresar allí para ducharse y cambiarse de ropa. Ya no tendría que encontrarse con Isabella.

—No, ya no —contestó con brusquedad la otra mujer—. Hice que llevaran todas tus cosas a vuestra casa en cuanto regresé de Italia. Tu ropa, libros, efectos personales. Todo está en tu nueva casa.

Junto con un marido que no soportaba mirarla a la cara. Genial.

—Quiero esperar hasta que papá despierte.

—¿No debería haberse despertado ya? —la expresión de Isabella se volvió preocupada—. Los médicos no parecen preocupados. No sé si la atención será muy buena. ¿Y tú?

—Están cuidándole bien —Helena intentó olvidar que hablaba con la amante casada de su padre—. Recibe los mejores cuidados. Dicen que hasta esta noche no debería despertar, de modo que…

—De modo que tienes tiempo de sobra para irte a tu casa, ducharte y ver a tu marido.

Helena comprendió, demasiado tarde, que su suegra le había ganado la batalla.

Durante el trayecto en taxi, ensayó varias frases para decirle a Flynn. Sin embargo, fueron innecesarias, pues no estaba allí cuando llegó.

Recorrió las habitaciones repletas de cajas sin abrir, de objetos nada familiares y pensó en cómo podría haber sido su futuro. En lo que supuso era el despacho, encontró dos vasos vacíos y una botella de whisky. La única evidencia de que Flynn había estado allí en algún momento.

Agotada, se dejó caer en un sillón y se preguntó si él se habría sentado allí la noche anterior. Se preguntó si volvería a dirigirle la palabra, si le permitiría explicarse. Si serviría de algo.

Frunció el ceño y escudriñó la chimenea que tenía ante ella. ¿Qué era eso? Sacó unos papeles y, de inmediato, deseó no haberlo hecho.

Mientras ojeaba las páginas de lo que debería haber sido el acuerdo postnupcial, el plan de Flynn para su futuro, las lágrimas, ardientes y gruesas, al fin encontraron el camino de salida. Y con la visión emborronada, reescribió el acuerdo en su mente. Tal y como debería haber sido.

Un futuro que había deseado vivir. No uno basado en lo que cada uno pudiese obtener, o en unos plazos que había que cumplir. Un futuro surgido del amor entre dos personas.

No quería que un trozo de papel le dirigiera la vida punto por punto. Y, si

Flynn creía que era eso lo que necesitaba, se equivocaba. Había dedicado toda su vida a poner orden en una existencia originada en el caos, sabiéndose no deseado, viviendo bajo la incertidumbre y la manipulación. Pero no iba a poder seguir así para siempre. La vida no funcionaba así.

La vida te asaltaba cuando menos lo esperabas, y lo único que podías hacer era sujetarte fuerte.

Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, Helena sacó un bolígrafo del bolso. Decidida, y con gruesos trazos negros, tachó el aburrido título del documento y lo sustituyó por uno suyo.

Manifiesto para un matrimonio más espontáneo.

Sonrió, con la mente repentinamente repleta de ideas y posibilidades en un mundo de romances impulsivos. De increíble felicidad.

Y, empezando por el revés de la primera página, plasmó por escrito cada esperanza y sueño que tenía para su futuro.

Aunque tuviera que aceptar que Flynn jamás formaría parte de ese futuro.

Flynn se dirigió al único lugar en el que se sentía realmente en casa. La oficina.

Llegó cuando aún no había nadie, ni siquiera los empleados más dedicados, y todo estaba a oscuras. Encendió el ordenador, se acomodó en el sillón y se perdió entre correos electrónicos, notas y contratos.

Para cuando el sol ya reinaba en lo alto, se había puesto al día con todo lo sucedido desde que se marchara a Italia. Si no hubiera consultado tanto ese correo electrónico estando fuera, en esos momentos tendría más distracciones que atender.

Y en Italia habría tenido más tiempo para pasar con Helena, antes de que se hundiera todo lo que creía estaban construyendo juntos.

—Veo que has vuelto —la ronca voz de su padre lo arrancó de sus lúgubres pensamientos. Levantó la vista y se encontró con la misma mirada que utilizaba cuando, siendo él pequeño, le llevaba el boletín de notas, por buenas que fueran—. He oído que tuvisteis que interrumpir la luna de miel. Doy por sentado que tu mujer tuvo tiempo de firmar los papeles.

Por supuesto, era lo único que le preocupaba. Su mejor amigo y socio estaba en el hospital, su propia esposa permanecía a su lado, pero a Ezekiel Ashton solo le importaba el papeleo.

Exactamente lo mismo de lo que le había acusado Helena.

—El padre de Helena ha sufrido un infarto masivo. Aún no se ha despertado. Perdóname por no haber insistido en las formalidades —contestó Flynn con voz gélida. No estaba seguro de hasta qué punto le estaba hablando a su padre o a sí mismo.

Quería solucionarlo todo, tanto como su padre, terminar con ello para poder seguir adelante, para superar el dolor que parecía instalado permanentemente en su pecho.

—Entiendo que Thomas está con la única mujer que necesita a su lado —la voz de Ezekiel estaba cargada de amargura—. Estoy seguro de que la

presencia de su hija es superflua.

—Está enamorada de él, ¿lo sabías? Me refiero a mamá —Flynn no lo dijo con ánimo de herir a su padre. Solo para ver si reaccionaba. Si fingía sorpresa.

—Pues claro que lo está —bufó Ezekiel—. Cualquier idiota lo habría visto durante los últimos diez años o más. Pero ella jamás me abandonó, ¿verdad? Siempre supo que yo le daría más.

—Puede que ahora sí lo haga —Flynn recordó la angustia de su madre, como nunca la había visto, mientras le acariciaba la mejilla a Thomas.

—Entonces, es más idiota que tu hermano y su novia juntos.

—En realidad —intervino él—, empiezo a pensar que Thea y Zeke fueron los únicos sensatos aquí.

La expresión de su padre era meridianamente explícita. Ese hombre jamás entendería el amor, no del modo en que él esperaba entenderlo algún día.

—Consigue ese acuerdo firmado a finales de la semana —Ezekiel se dio media vuelta y se marchó.

Flynn se quedó mirando al vacío largo rato. Pasara lo que pasara entre Helena y él, ya no sería una pura cuestión de papeleo. No sería una agenda o un plan.

No podía amar a una mujer que no podía querer a su propia hija, era así de sencillo. No podía confiar en una mujer que había mentido, que había abandonado a un bebé indefenso, y que podría hacer lo mismo con él cuando le diera la gana. Ningún documento cambiaría eso.

El sonido del teléfono despertó a Helena, dormida en el sillón.

—¿Helena? Soy Henry. He localizado a tu hermana. Se encontrará contigo en el hospital en cuanto aterrice su vuelo esta noche.

—Allí estaré —contestó ella—. Gracias, Henry.

Dejando caer el teléfono sobre el regazo, estiró los brazos para aliviar el dolor de sus hombros. Eran casi las seis de la tarde. Flynn no tardaría en regresar y no quería que la encontrara allí.

Se mordió el labio inferior y contempló las hojas de papel que descansaban sobre su regazo, sueltas y desordenadas, y cubiertas de sus garabatos. Para cualquier otra persona seguramente no tendría sentido, y ni siquiera estaba segura de podérselo llevar con ella y contemplarlo cada día sin recordar el momento en que había decidido no firmarlo.

Tras dejar el contrato sobre el escritorio de Flynn, recogió algunos efectos personales y ropa para cambiarse. Tarde o temprano tendría que regresar, pero al menos tendría todo lo necesario hasta el día siguiente. Aunque Isabella hubiera trasladado sus cosas allí, no podía quedarse.

De modo que, tras echar un último vistazo al manifiesto que había escrito, Helena Ashton se recolocó la ropa y los cabellos y salió de una casa que debería haber sido su hogar.

La habitación del hospital estaba casi igual que cuando se había marchado. Thomas seguía dormido, conectado a un monitor que le controlaba las pulsaciones. Isabella estaba sentada en el sillón a su lado, fingiendo leer una

revista.

—¿Ningún cambio? —preguntó desde la puerta.

—Se despertó hace un rato, pero enseguida volvió a dormirse. Se alegró de verme aquí.

—Eso es estupendo —Helena se sentó en la otra silla, menos cómoda, de la habitación.

No estaba segura de lo que sentía por su padre en esos momentos, aparte de ira y dolor, pero sí sabía que no estaba preparada para perderle. Aún no.

—Henry llamó hace un rato —informó a Isabella—. Thea viene de camino, supongo que con Zeke.

—Debo admitir que no esperaba volver a verlos tan pronto —el cuerpo de la mujer se tensó.

—Me imagino que ellos pensarán lo mismo.

Helena había dado por hecho que, antes de verse todos de nuevo, habría pasado el tiempo suficiente para que se recuperaran de la fracasada boda. Esperaba que Flynn y ella estuvieran para entonces viviendo una vida feliz y que la fuga de Thea se hubiera convertido en un divertido relato para las cenas familiares. «¿Te puedes creer que Thea estuvo a punto de casarse con Flynn? ¡Qué locura!».

Sin embargo, las conversaciones que iban a escucharse serían muy diferentes. Helena había estado tan preocupada con la idea de tener a su hermana mayor a su lado, donde debía estar, donde la necesitaba, que ni siquiera había pensado en lo que iba a contarle. ¿Cómo iba a explicarle todo lo que había sucedido desde que ella se hubiera marchado?

Su padre se había mostrado rabiosamente desilusionado con Thea, aunque seguramente cambiaría de actitud. Tumbado en la cama de un hospital, con un futuro incierto, sin duda querría tener a sus dos hijas a su lado.

Si no era así, ya no quedaba ninguna esperanza para su familia.

—Voy a por un café —le dijo a Isabella—. ¿Quieres uno?

Su suegra asintió, aunque su mirada no abandonó el rostro de Thomas.

Tres tazas de café más tarde, Thea irrumpió en el hospital como un vendaval. Parecía más la profesional que siempre había sido, y no esa joven vestida con un vaporoso vestido veraniego. Zeke la seguía de cerca, con el rostro serio y la maleta en la mano.

Su padre había vuelto a dormirse y, mientras Helena esperaba fuera, Thea se dedicó a interrogar a los médicos más profundamente de lo que habían conseguido hacer Helena o Isabella.

Cuando al fin salió de la habitación, Helena sintió que parte del peso de sus hombros desaparecía.

—Aquí estás —miró a su hermana mayor—. Has venido —y estalló en llanto.

—Bueno, bueno, solo he estado fuera una semana —Thea abrazó a Helena, que apenas resistió la tentación de acurrucarse contra ella como si fuera un bebé—. Explícame exactamente qué ha pasado en mi ausencia.

—En primer lugar, no ha sido culpa mía que papá haya sufrido un infarto —se defendió Helena—, ni que Isabella haya abandonado a Ezekiel y se haya instalado en casa de papá.

—Bueno, eso ya es un comienzo —Thea parpadeó—. Entonces, ¿de qué tienes tú la culpa?

Había llegado el gran momento. Helena casi deseaba no tener que decírselo. Thea parecía tan relajada, tan feliz, y casi cinco años más joven. Era increíble lo que podía hacer el amor. Zeke apareció con más café y un par de platos con sándwiches.

—Me he casado con Flynn —Helena respiró hondo.

—¿Qué? —Zeke soltó un juramento cuando el café derramado le quemó la mano—. Avisa antes de dar una noticia así, ¿quieres?

—Lo siento —ella se sonrojó y devolvió su atención a Thea.

—¿Por qué? —su hermana la miraba con expresión incrédula—. ¿Papá te obligó? ¿Fue Isabella?

—Fue idea mía —explicó Helena—. Solo mía. Cuando te marchaste pensé que tendría que bajar a la capilla y comunicar a los invitados que la boda quedaba anulada y… me pareció la mejor opción —aunque dicho en voz alta, sonaba bastante estúpido.

—¿La mejor opción? ¡Después de que te pasaras semanas, meses, intentando hacerme cambiar de idea, aconsejándome que no me casara con alguien a quien no amaba! —Thea parecía furiosa.

—Lo sé, lo sé. Pero para mí era diferente.

—¿Diferente cómo? —intervino Zeke.

—¡Oh, Helena! —la mirada de Thea se volvió triste—. Tú lo amabas.

—Al principio no —ella sacudió la cabeza—. No fue tan sencillo. Puede que aún no hubiera superado el enamoramiento de los catorce años, no del todo, pero de ninguna manera planeaba basar mi matrimonio en eso. Pensé que, dado que no había ningún contrato por medio, podríamos solucionarlo todo con un rápido divorcio en cuanto los ecos del escándalo se hubieran acallado. Sabía que él quería hijos y yo… Sabía que no funcionaría, pero entonces Flynn me convenció de que podríamos tener un futuro, todo lo que iba a tener contigo.

—¿Quieres que lo mate? —le preguntó Zeke a Thea—. Le di a ese hombre todo lo que deseaba, sobre todo la compañía, y también se llevó a Helena. Puedo matarlo.

—Preferiría que no lo hicieras —susurró Helena—. Ni siquiera después de lo ocurrido.

—Cuéntame lo ocurrido —la animó Thea—. Y Zeke, deja de interrumpir.

—Ni siquiera sé cómo describirlo. No puedo explicar qué ha cambiado. Descubrí muchas cosas sobre él, sobre cómo se crio. Me compró un anillo —posó la mirada en su mano, donde permanecía la alianza demasiado apretada—. Me enamoré.

—Entonces, ¿qué ha ido mal? —insistió su hermana—. Porque, dado que

todo esto ha sucedido en el transcurso de la última semana y que has estado llorando casi todo el rato desde mi llegada, me imagino que es bastante gordo. Cuéntamelo para que lo pueda solucionar.

—Esto no lo puedes solucionar, Thea —Helena sonrió.

—Haz la prueba.

—No pude firmar el contrato postnupcial que Henry llevó a Italia. Tenía una cláusula que… tenía que jurar que no tenía hijos.

—¡Oh! —Thea cerró los ojos.

—Y por eso tuve que contárselo —Helena tragó con dificultad—. Le conté que tenía dieciséis años, que tuve un bebé, y que la entregué en adopción.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Zeke, visiblemente tenso.

—Me llamó monstruo —Helena se encogió de hombros.

—Muy bien, ahora sí que voy a matarlo —Zeke se puso en pie de un salto, pero Thea lo sujetó.

—¿Se lo explicaste? ¿Le contaste lo que te sucedió? —Thea miraba fijamente a su hermana.

—No le conté todos los detalles, no —Helena suspiró—. De todos modos, no creo que importe.

—¿No importa que te hayan violado? —Zeke sacudió la cabeza—. Te equivocas. Puede que mi hermano sea un idiota, pero sí importa.

—¿En serio? —ella no sabía bien si se lo preguntaba a Zeke o a sí misma —. Yo fui quien se colocó en esa situación. Entré en esa habitación. Me emborraché. Ellos aseguraron que dije que sí. En mi interior sé que mienten, sé que abusaron de mí, que cometieron un delito. Lo sé. Pero…

—¿Pero? —insistió Thea.

—Pero le conté que no podía amar a esa criatura. Y eso es lo que jamás podrá perdonarme Flynn.

Las lágrimas resurgieron y Thea abrazó a su hermana, que se agarró a ella como a un salvavidas.

Thea no iba a poder arreglar nada. Pero quizás solo con estar allí la ayudaría a poder soportarlo.

—Tienes que contárselo, cielo —murmuró su hermana—. Se merece saber toda la verdad.

—Lo sé —susurró Helena. Porque no contárselo a Flynn era lo que le había metido en ese lío. Y quizás no le importara, quizás ella ya no quisiera que importara. Pero, si quería superar algún día el pasado, tenía que contarlo todo.

Y luego dejarlo todo atrás.

—Te acompaño —anunció Zeke—. Podemos aprovechar para recoger el resto de tus cosas.

Helena asintió, agradecida por que fuera otra persona quien tomara las decisiones.

—Puedes hacerlo —Thea le sujetó la barbilla a su hermana y la obligó a

mirarla—. Y sabes que estaré aquí para apoyarte en todo momento.

Helena volvió a asentir. Thea tenía razón.

Había sobrevivido a cosas peores, con su hermana a su lado. Y volvería a hacerlo.

—Vamos, Zeke, acabemos con esto de una vez.

Capítulo 12

Flynn ignoró el timbre la primera vez. Ya había hablado con Henry, tratado con su padre y telefoneado a su madre. No había nadie más a quien le interesara ver.

Pero a la tercera llamada tuvo que admitir que, quienquiera que fuera, no iba a marcharse.

Abrió la puerta. Y se descubrió incapaz de mostrar siquiera sorpresa al encontrarse a su hermano frente a él, y a Helena escondida detrás.

—Hemos venido a recoger las cosas de Helena —Zeke miró de reojo a su cuñada, antes de volverse a Flynn con rabia—. Mientras ella recoge sus cosas, tú y yo vamos a hablar.

—Supongo que es lógico —Flynn sintió aflorar la ira que lo consumía desde la huida de Thea y Zeke—. Te escapas con mi prometida el día de la boda, y ahora decides que vamos a hablar.

Entraron en la casa y Flynn vio a Helena correr hacia las escaleras. Quiso abrazarla una última vez, pero no podía permitírselo. Tenía que apartarla de su vida por completo.

—Nada en esta situación es lógica —dijo Zeke—. Flynn…

—¿Qué quieres? —lo interrumpió él—. ¿No te basta con el lío que organizaste que tienes que llevarte también a Helena? ¿No te bastaba con una hermana?

No vio llegar el puñetazo, pero lo sintió claramente en la mejilla. La adrenalina le pedía devolverlo, partirle la cara a su hermano por volver después de lo sucedido, por comportarse con esa superioridad moral. Cerró los puños y se preparó para golpear.

Hasta que una pequeña mano lo agarró del brazo.

—Parad. ¡Pedazo de idiotas! —Helena los miró furiosa—. Zeke, ¿no habías venido para apoyarme?

—¿Y tú no habías venido a hablar? —se defendió el aludido.

Helena encajó la mandíbula y Flynn se preguntó qué iba a contarle que no le hubiera contado ya.

—Muy bien —ella lanzó un bolso a las manos de Zeke—. En ese caso, mete tú mis cosas ahí dentro.

Helena parecía muy cómoda en el despacho. Con pasos decididos se dirigió al escritorio y, tomando dos vasos, sirvió un whisky para cada uno. Al entregarle a Flynn el suyo, él pudo ver claramente la incertidumbre reflejada en la mirada de su esposa.

Estaba convencida de que iba a rechazarla de nuevo. ¿Cuántas maneras más les quedaban de demostrarse el uno al otro que ya no podían seguir juntos?

—Muy bien, esto es lo que vamos a hacer —Helena sujetó el vaso con ambas manos y se sentó junto a la mesa. Con expresión inquisitiva, Flynn

hizo lo propio—. Voy a contarte algunas cosas. No porque crea que te merezcas saberlas, ni porque crea que vaya a cambiar nada.

—Entonces, ¿para qué te molestas? —preguntó Flynn, manteniendo una actitud distante para no olvidar qué Helena tenía ante él. Sentada allí, rubia y hermosa, con aspecto cansado y herido, resultaba mucho más difícil.

—Porque para mí importa. Porque necesito contar toda la verdad antes de poder pasar página —ella se encogió de hombros—. Y porque Thea me lo pidió.

—Entonces, adelante —asintió él con exagerada cortesía. De todos modos, no serviría de nada.

Helena respiró hondo e hizo una pausa. Antes de empezar a hablar, tomó un sorbo de whisky.

—Cuando tenía dieciséis años, me escapé de casa para ir a una fiesta con un chico mayor con el que se suponía no debía salir. La fiesta era en casa de uno de sus amigos.

—Y tú hacías cualquier cosa con tal de ir de fiesta, ¿verdad? —Flynn no quería oírlo, no lo necesitaba.

—Cuando llegamos —Helena lo ignoró—, me dieron una copa, y luego otra. Y otra más, quizás algunas más. Yo no estaba acostumbrada a beber y rápidamente me afectó. Pero no estaba tan borracha como para no pedirles que pararan cuando intentaron arrancarme el top. Ni estaba tan aturdida como para no gritar cuando me violaron, uno detrás del otro. Sabía que mentían cuando, después, insistieron en que estaba como una cuba y había accedido, y que luego no conseguía recordarlo. Pero estaba demasiado avergonzada para discutir con ellos.

El vaso cayó de las manos de Flynn y rodó por la alfombra, esparciendo el whisky a su paso. Él se quedó mirando la escena sin reaccionar. Su mundo estaba girando a toda velocidad.

«A lo mejor ni siquiera sabes quién fue el padre», le había espetado, y ella había dado un respingo. Porque era cierto que no lo sabía. Porque dos hombres se lo habían arrebatado todo. Y ahí estaba, sentada frente a él, relatándole la historia con toda normalidad, manteniéndose al margen para que no pudiera hacerle más daño.

Quiso tocarla, explicarle que la escuchaba, pero ¿qué derecho tenía? ¿Y de qué serviría si de todas formas iba a abandonarlo?

—Sabía que jamás podría mirar a mi hija a la cara sin recordar aquella noche, sin revivirlo todo.

—Y por eso pensaste que no podrías amar a tu propio bebé —las palabras surgieron roncas y Flynn agarró con fuerza los brazos del sillón para evitar ser arrastrado por la espiral de los sucesos.

—Después de aquello, dejé de estar segura de poder amar a nadie —Helena posó la mirada en los ojos de Flynn—. Pero lo hice. Me enamoré de ti, a pesar de que era la mayor y más arriesgada locura que podría haber hecho. Pero no fue suficiente.

Flynn tragó nerviosamente, incapaz de encontrar las palabras para responder.

—Entregué a mi hija. Hice todo lo que nuestros padres me ordenaron, y aun así no fue suficiente para ellos. Ocho años después, me casé contigo para intentar redimir mis pecados, y siguió sin ser suficiente. Así es que, ¿sabes qué? Estoy harta de intentar ser lo bastante buena para los demás. Lo soy para mí misma y eso basta. No soy un monstruo, pienses lo que pienses.

—Helena, yo… —él intentó hablar, pero ella levantó una mano para impedírselo.

—No. No quiero que digas nada. Estás aquí para escucharme, y después me marcharé.

Las lágrimas empezaron a acumularse de nuevo en los ojos azules. Perfecto. ¿Quería que la escuchara? La escucharía. Y quizás al fin una parte de ese lío empezaría a tener algún sentido.

—Yo no era más que una cría y se aprovecharon de mí —continuó Helena —. Lo hice lo mejor que pude entonces, y lo hago lo mejor que puedo ahora. Y, si no te basta con eso, peor para ti, Flynn. Porque yo no te quería como director general. No iba a darte de lado si encontraba una mejor opción. Yo solo te quería a ti. Quería el futuro que me habías dibujado en tu discurso de boda. Hablaste de cómo no se puede planear el amor o programar el romance, y luego hiciste justamente eso. Pero yo no quería una hoja impresa en la que figurara cuándo podíamos practicar el sexo, tener hijos, o cuándo debías comprarme flores. Quería un matrimonio de verdad, amor. Y eso es mucho más de lo que nadie te ha ofrecido jamás.

«Yo solo te quería a ti».

Las palabras resonaron en la mente de Flynn hasta que no oyó nada más.

—Helena, yo…

—No —ella sacudió la cabeza y, en ese instante, él comprendió que la amaba.

Había utilizado las mentiras de Helena y la adopción de su hija como excusa para apartarla de su lado antes de que pudiera lastimarlo, o abandonarlo. Y durante todo ese tiempo, ella le había ofrecido todo lo que pudiera desear, y jamás creído merecer.

—No puedo… —Helena reprimió un sollozo y Flynn se sintió el peor hombre de la Tierra—. Lee esto. Después hablaremos —le arrojó el montón de papeles que había dejado sobre la mesa.

Para cuando comprendió lo que tenía en las manos, la puerta se había cerrado y ella había desaparecido.

Flynn quiso seguirla, arreglar las cosas, pero no sabía por dónde empezar. Y Helena le había dado la mejor pista que obtendría jamás.

El contrato de matrimonio, salvo que estaba cubierto de la escritura de Helena.

Se sirvió un whisky y se sentó a leer con la esperanza de encontrar entre las palabras de Helena la solución a sus problemas.

Pasaron cinco días hasta que los médicos al fin accedieron a que Thomas se fuera a su casa.

Desde el día que se había despertado, no había parado de pedir el alta, pero Isabella insistía todo el tiempo en que había estado a punto de perderlo y que debía quedarse hasta que los médicos aseguraran que podía irse.

Helena se había mantenido al margen, dejando a su suegra al mando, consciente de que, de todos modos, Isabella era la única mujer a la que su padre escucharía. Sin embargo, lo visitaba cada día e incluso consiguió hablar civilizadamente con él en alguna ocasión. La primera visita de Thea había provocado una aceleración de pitidos en el monitor conectado a Thomas, pero ella había soportado todo lo que su padre le había dicho sin perder la calma que parecía poseerla desde su huida con Zeke.

Cuando hubo terminado, le explicó a su padre de manera categórica que vivía feliz y le preguntó si Isabella ya había abandonado a Ezekiel o a qué estaban esperando.

Eso le mantuvo la boca cerrada a Thomas durante una hora.

Pero en cuanto estuvieran todos de regreso en la casa Morrison, iba a resultar más difícil ignorar que Helena seguía allí, pero Flynn no. O que Isabella no iba a marcharse y que nadie había hablado con Ezekiel. Helena sabía que, tarde o temprano, todo les iba a estallar en la cara.

Hasta que Isabella decidió que iba a celebrar una fiesta.

—Podría ser una fiesta de bienvenida para Thomas, para celebrar su…

—¿Supervivencia? —sugirió Zeke—. ¿Su buena salud? ¿El infarto?

—Su vida —contestó la mujer con firmeza—. También podríamos celebrar el compromiso tuyo con Thea —añadió, mirándoles de reojo.

Thea y Zeke intercambiaron una mirada que duró escasos segundos, pero que pareció incluir toda una conversación.

—En realidad —intervino Zeke—, ya es un poco tarde para eso.

—¿Un poco tarde? —Isabella enarcó las cejas.

—Después de abandonar Italia, tomamos un vuelo a Las Vegas —explicó Thea mientras Helena se tapaba la boca con una mano para intentar contener una carcajada.

—¡Las Vegas! —exclamó Isabella como si se tratara de un burdel.

—Por favor, decidme que os casó un oficiante disfrazado de Elvis —Helena le propinó un codazo a su cuñado—. No me puedo creer que aún no me lo hayáis contado.

—Ella se negó a lo de Elvis —murmuró Zeke—. Pero sí, nos hemos casado.

—Bueno —Isabella parecía haberse quedado sin palabras, seguramente por primera vez en su vida, aunque enseguida se recuperó—. En ese caso, la fiesta adquiere mayores proporciones. Podemos celebrarla en la finca, en lugar de aquí en la ciudad. Voy a llamar al organizador ahora mismo —se dirigió hacia la puerta, pero hizo una pausa y se volvió hacia los tres—. Sé que puede que no os haya dado esa impresión, pero creo que hicisteis lo correcto. Los

tres. A veces el amor es más fuerte que las posesiones y el chismorreo. En cualquier caso, me gustaría celebrar las bodas de mis hijos.

—Gracias —Thea se acercó a su suegra y la besó en la mejilla—. Eso significa mucho para mí.

—¿Cuándo vas a decirle a papá que lo abandonas? —preguntó Zeke.

—Si aún no se ha dado cuenta de que me he ido —Isabella sonrió con tristeza—, seguramente nunca lo hará. Mañana tengo una reunión con él y con el abogado. Seremos civilizados.

Era difícil imaginar que, después de tantos años, Isabella fuera a representar oficialmente el papel que llevaba ejerciendo en la sombra. Quizás fuera bueno, quizás no, quizás inevitable.

Isabella siempre había amado a Thomas más que a sus hijos, pero hasta ese momento había valorado más su reputación y estatus social que el amor.

—Helena —Isabella sacó a su nuera de la ensoñación en que estaba sumida—. Hiciste lo correcto. Puede que aún no lo parezca, pero a la larga sí lo hará.

Helena intentó sonreír, pero la tristeza que la invadía se lo impidió. Flynn no había telefoneado ni una sola vez desde que se hubiera marchado de la que se suponía era su casa. La verdad no había cambiado nada. De modo que, aunque casarse con Flynn hubiera sido lo correcto, para él seguían teniendo más importancia sus errores del pasado.

Y ninguna fiesta iba a cambiar eso.

***

—Tu madre me ha abandonado —Ezekiel entró en el despacho de Flynn sin llamar y se dejó caer pesadamente en una silla—. Acabo de reunirme con ella y con el abogado de divorcios.

Flynn se preguntó si realmente sería una sorpresa para su padre, si había pensado seriamente que Isabella regresaría a su casa cuando Thomas se hubiera recuperado.

—Lo… ¿lo siento?

Ezekiel agitó una mano en el aire para rechazar la disculpa de su hijo, como si la disolución de su matrimonio no fuera más que una ligera inconveniencia.

—No debería tener ningún efecto sobre el negocio. Thomas y yo llevamos siendo socios demasiado tiempo como para que algo así destruya lo que hemos construido juntos.

Por supuesto, esa era su única preocupación. Los negocios estaban por encima de todo lo demás, como siempre.

—Me alegro de que sigáis siendo amigables —¿qué otra cosa podía decir?

—En realidad, ella va a dar una fiesta este fin de semana. Deberías tener una invitación ahí —Ezekiel señaló la bandeja de documentos entrantes—. Al parecer, vamos a celebrar la boda relámpago de tu hermano en Las Vegas.

Flynn sonrió mientras revolvía entre los papeles. Por supuesto, Zeke y Thea se habían casado. Encontró el sobre con la invitación. Lo abrió y leyó:

Isabella y Thomas os invitan a la celebrar la vida y el amor con ellos.

Desde luego, no perdían el tiempo. Al parecer, su madre había dejado de preocuparse por lo que pensarían los demás. Y eso le pareció bien.

Más aún, la fiesta le parecía bien. Porque Helena estaría allí. Había hecho lo que le había pedido.

Había escuchado, había pensado y había dedicado mucho tiempo a considerar su versión del manifiesto.

La fiesta de su madre sería la ocasión perfecta para demostrarle lo mucho que había aprendido. Y también para explicarle sus nuevos planes para el futuro.

Al poco de que Ezekiel saliera del despacho, Henry hizo su aparición.

—¿Tienes un momento? —preguntó el abogado.

—Por supuesto —Flynn señaló la silla situada al otro lado de la mesa—. ¿Qué sucede?

—Tengo la información que me pediste —Henry llevaba una carpeta marrón—. ¿Seguro que la quieres?

—Seguro —asintió él, a pesar de que no estaba nada seguro—. Gracias.

—Me alegro que decidieras pedirme que buscara a tu madre biológica y no a los monstruos que le hicieron eso a Helena —su amigo se encogió de hombros—. Después de esa primera llamada, tuve visiones en las que tendría que defenderte en los tribunales si los encontrabas.

—Intento mirar hacia el futuro, no al pasado. Y también evitar que me detengan —Flynn tomó la carpeta, pero no la abrió. ¿Realmente quería saberlo? ¿Acaso importaba? ¿Bastaría con admitir que su madre biológica había tenido motivos para pensar que tendría una vida mejor sin ella?

—Si quieres que contacte con ella, puedo hacerlo —el abogado señaló la carpeta—. Cuando estés preparado.

—A lo mejor —había creído que lo necesitaba, para demostrarle a Helena que había pasado página. Pero cuanto más leía el manifiesto, más comprendía que el problema no era la adopción, ni la suya ni la de la hija de Helena. Todo aquello consistía en permitirse ser felices—. Todavía no —abrió el cajón del escritorio y guardó la carpeta—. Pronto, seguramente.

—De acuerdo —Henry se encogió de hombros—. ¿Hay algo que quieras que haga mientras tanto?

—¿Qué te parece asistir a una fiesta este fin de semana? —Flynn sonrió.

—Suena bien. ¿Dónde está la trampa?

—Necesito que pases antes por Italia y me traigas una cosa.

Capítulo 13

—Estás preciosa —Thea contempló a su hermana—. Flynn no va a saber quién lo ha golpeado.

—Por lo que yo sé, el último fue Zeke —bromeó Helena.

Thea estaba sentada en el borde de la cama, alisándose el bonito vestido rojo. Isabella había intentado convencerla para que vistiera de blanco, pero ella se había mantenido firme.

—¿Estarás bien? —le preguntó a Helena—. Quiero decir con él aquí y todo eso.

—No creo que importe —Helena se encogió de hombros—. Aunque no fuera mi esposo, seguiría siendo el hermano de Zeke, el hijo de Isabella. Siempre va a estar por aquí.

En algún momento iba a tener que sentarse con Flynn y hablar del futuro. No le apetecía, pero, si Isabella podía, ella también.

—Ya es la hora —Thea consultó el reloj—. Los primeros invitados estarán llegando.

Zeke se reunió con ellas en lo alto de la escalera y juntos se dirigieron a la planta inferior. Hacía años que los cuatro no habían estado juntos en una fiesta en esa casa.

Al menos ya era lo bastante mayor para poder beber.

—¡Aquí estáis! —exclamó Isabella al verlos—. Tomad una copa y saludad a algunas personas.

La fiesta estaba en pleno apogeo cuando Helena descubrió a Flynn. Isabella lo había acorralado junto a la puerta y, agarrándole el brazo, le susurraba algo al oído. No tenía ni idea de qué le estaría diciendo, pero tampoco le apetecía quedarse a averiguarlo.

Con tantos invitados no le resultó difícil evitar a su marido. Era posible que él estuviese haciendo lo mismo. No se hacía ninguna ilusión de que él estuviera ansioso por hablar con ella. De haber querido decirle algo, ya habría llamado.

Cierto que la gente hablaría al no verlos juntos, pero de todos modos lo harían en cuanto se anunciara el divorcio. Quizás lo mejor sería dejar correr los rumores para que la sorpresa no fuera tan grande después. Incluso podrían camuflarlo bajo el anuncio de la boda de Thea y Zeke.

Helena buscó a su hermana y a su marido. Era su noche, suya y de Isabella y Thomas. Tras celebrarlo con ellos, se retiraría discretamente y se acostaría temprano sin que nadie advirtiera su ausencia. Si alguien preguntaba, Thea podría explicarles que tenía jaqueca, o algo así.

Acababa de elaborar un plan. Flynn estaría orgulloso de ella.

El tiempo pasó con lentitud, pero al fin Helena consideró que era buen momento para escaparse. A punto de reunirse con Thea, oyó el sonido del metal golpear una copa.

—Damas y caballeros, os pido un minuto de atención —la voz de Flynn resonó alta y clara, y Helena se paró en seco—. Mi madre me ha pedido que pronuncie unas palabras.

No podía ser de otra manera. Por supuesto, Isabella tenía que estar detrás de aquello.

Y, por supuesto, la estaba agarrando del brazo en esos momentos.

—Vamos —ordenó la mujer mientras arrastraba a su nuera—. No me lo quiero perder.

«¡Pues yo sí!». Helena suspiró y se dejó llevar. En cuanto terminara, se iría a la cama.

—Como seguramente sabéis, mi madre y Thomas nos han invitado esta noche a festejar la vida y el amor, en sus muchas y maravillosas formas. Todos damos gracias por la recuperación de Thomas, y le deseamos una larga y próspera vida. También estamos celebrando una boda. ¡Sí, otra más! —se oyeron unas risas y Helena sintió la mirada de todos sobre su persona.

De todos menos la de Flynn. Su marido ni siquiera había mirado en su dirección.

—La boda de Thea y Zeke no fue convencional, pero tampoco lo fue su relación, y lo lógico es que sucediera de este modo —Flynn barrió al grupo con la mirada—. No tiene ningún sentido fingir que no lo sabéis. Hace apenas un mes, Thea y yo planeábamos casarnos, hasta que Zeke regresó a nuestras vidas y nos recordó algo muy importante. El poder del amor es capaz de derribar cualquier plan, burlarse de cualquier agenda, y llevarnos a lugares a los que jamás pensamos que nos gustaría ir.

A Helena se le encogió el corazón al oír las palabras de su esposo, muy parecidas a las que había pronunciado el día de la boda. Y la opresión del pecho no hizo más que crecer cuando Flynn se volvió hacia ella y clavó sus ojos en los suyos.

—Desde que me casé, he aprendido mucho sobre el amor, y sobre la vida. Mucho más de lo que sabía antes, y eso se lo debo enteramente a mi preciosa esposa, Helena.

Todo el mundo se volvió hacia ella y Helena se sintió ruborizar. ¿Qué pretendía? ¿Iba a continuar con la farsa? ¿Existía alguna posibilidad de que se tratase de otra cosa?

—Lo cierto es que necesitaba aprender tanto que mi esposa tuvo que escribírmelo —los invitados se rieron al ver a Flynn sostener en alto un montón de hojas de papel.

Helena abrió mucho los ojos. ¡Era su manifiesto!

Todas sus esperanzas y sueños estaban en esos papeles. Cada pequeño detalle que haría más feliz su vida. Y Flynn lo había leído, y lo había llevado con él a la fiesta. ¿Significaba eso que quería una segunda oportunidad para ellos?

—Aunque opino que todos los matrimonios deberían conocer esto, me abstendré de leerlo en voz alta. Por cierto, Zeke, te he hecho una fotocopia —

hubo más risas.

Helena cerró los puños sobre la falda del vestido. Quería que todo eso acabara de una vez. Quería saber de qué se trataba, qué estaba haciendo Flynn. Quería entenderlo.

—Pero sí voy a leer un par de líneas que Helena escribió.

Flynn eligió una hoja y leyó:

—«El amor es algo más que dónde puede llevarte o qué te puede proporcionar: un hogar, familia, estatus o dinero. Es experimentar con el otro aquellas cosas que hacen que merezca la pena. Que hacen que el tiempo tenga sentido».

Flynn volvió a clavar la mirada en su esposa, y la esperanza que había asomado tímidamente en el corazón de Helena empezó a florecer.

—Helena es la única persona que podría llevar ese sentido a mi vida, sea lo que sea lo que nos depare el futuro. Y me siento muy afortunado por haberlo comprendido al fin.

Él desvió la mirada, pero a Helena no le importó. Esas eran las palabras que ella ni siquiera había sabido que necesitaba oír.

—La vida no sigue ningún plan, y mucho menos el amor —continuó Flynn—. A veces, las mejores cosas de la vida suceden sin más, al igual que las peores. Lo que lo complica todo es que, a veces, no sabes cuál es cuál. Pero la vida no tiene marcha atrás, ni el amor tampoco. No se puede desconectar del amor o fingir que jamás ha sucedido. Lo único que puedes hacer es amar y vivir el presente, y mirar al futuro con confianza y alegría. Y eso, amigos, es lo que les deseo a mi hermano y a su esposa, y a mi madre y a Thomas, pero, sobre todo, a Helena y a mí.

Flynn concluyó el discurso en medio de una cerrada ovación. Se dirigió hacia Helena, le tomó una mano y depositó algo en su interior. Sin mirarlo, ella supo sin lugar a dudas qué era.

Sonriendo, le permitió tomarle la otra mano y conducirla fuera del salón.

El corazón de Flynn galopaba mientras conducía a Helena a la terraza trasera. Caía una ligera llovizna que, normalmente le habría fastidiado, pero que aquella noche les permitía estar a solas.

—El manifiesto —comenzó Helena—. Supongo que eres consciente de que se trataba de una broma.

—Para mí no —Flynn intentaba no pensar en el tiempo que había pasado sin ella, o en lo mucho que la había herido—. En él se refleja todo lo que sientes y deseas. Me permitió saber, verte con más claridad. Eso y oír el relato completo de lo que te sucedió.

Helena desvió la mirada, pero él le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo.

—¿Por qué no me lo contaste en Italia?

—No habría servido de nada —Helena intentó sonreír—. Todo lo que dijiste sigue siendo cierto.

—No —contestó él con firmeza—. Te juzgué como la persona que creía

que eras, sin pensar en la mujer de la que me había enamorado. Antes de leer lo que escribiste, estaba furioso conmigo mismo por haberme enamorado de ti. Por amar a alguien que había cometido un acto que yo consideraba imperdonable. Pero ahora tengo la sensación de conocerte mejor. Y sé que la mujer que escribió este manifiesto no puede evitar amar. ¿Crees que no habrías amado a esa criatura? Pues te equivocas.

—En cuyo caso, sigue siendo un error haberla entregado en adopción —Helena se apartó de él—. Nada ha cambiado.

—He cambiado yo —contestó Flynn con calma—. Tú me has cambiado. Pensé que debía seguir mi plan, mis reglas, mi agenda. Que cualquier cosa que se saliera de eso estaba mal. Según mis normas, lo que hiciste estuvo mal, sí, pero tú no vives según mis normas, o las de otro. Tú tomas las decisiones que tienes que tomar en cada momento, con la información que tienes. Y esa decisión que tomaste tiene mucho que ver con la mujer que eres hoy. La mujer que amo.

—¿Estás diciendo que me perdonas? —Helena se mordisqueó el labio inferior y lo miró tímidamente.

—Estoy diciendo que no necesitas mi perdón. Necesitas perdonarte a ti misma.

Helena no podía contener las lágrimas, ni quería hacerlo. Flynn la tomó entre sus brazos y ella se pegó contra él. Al fin estaba en casa.

—¿Me perdonas? —susurró Flynn—. Lo que te dije fue imperdonable, lo sé. Pero ¿crees que…?

—Sí —lo interrumpió Helena—, te perdono —era un comienzo, pero quedaba mucho trecho—. Flynn, sigo sin poder olvidar nada. Voy a necesitar tiempo.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —Flynn frotó su mejilla contra la de su esposa.

—No puedo prometerte nada —insistió ella—. Nada aparte del hecho de que siempre te amaré.

—Me alegro.

—Pero no sé si seré capaz alguna vez de tener otro hijo —le dolía decirlo, incluso pensarlo. Había sido feliz imaginándose una vida sin hijos, hasta casarse con Flynn.

Pero de repente le dolía, no solo por no poder darle a su esposo lo que deseaba. Por primera vez se preguntaba si ella también lo deseaba.

—Te prometo —Flynn le tomó ambas manos—, que en nuestra vida no habrá ni agenda ni planes. Ya no. Si algún día me dices que estás preparada para tener un bebé, seré el hombre más feliz del mundo. Pero, si no lo haces, seguiré siendo el hombre más feliz, por estar casado contigo.

Lentamente, puso una rodilla en el suelo y Helena reprimió un sollozo. ¿Sería posible que le estuviera ofreciendo todo lo que había deseado siempre? ¿Podría perdonarse a sí misma y aceptarlo?

—Helena Juliette Ashton —él tomó el zafiro de la mano de Helena—.

¿Me harás el honor de ser mi esposa?

—¿No lo soy ya? —ella se rio entre sollozos.

—Es lo único que deseo —Flynn tiró de ella para besarla.

Epílogo

El sol de la Toscana brillaba como nunca, y Helena se cubrió la cabeza con un sombrero de paja para protegerse los ojos mientras veía jugar a sus dos sobrinos entre los viñedos, persiguiendo a su nuevo amigo, Casper.

Habían pasado cinco años desde que Flynn y ella visitaran el viñedo de Gia, pero Helena seguía sintiéndose tan en casa como la primera vez.

—Qué bonito lugar para una familia, ¿no crees? —le preguntó a Flynn, que asintió—. Me alegro de que Thea accediera a venir con los niños —continuó—. Es bueno compartirlo con ellos.

—Han sido unas vacaciones fantásticas —concedió él, aunque apenas escuchaba a su esposa—. A lo mejor podríamos regresar el año que viene con nuestro propio hijo —propuso ella en el tono más neutro de que fue capaz.

Flynn se paró en seco y Helena reprimió una risa.

—Helena, ¿me estás diciendo…? ¿Crees que podrías estar preparada? —no era habitual que ese hombre se quedara sin palabras.

—Lo que te estoy diciendo es que ya es un poco tarde para esta conversación —Helena lo miró resplandeciente de felicidad y amor.

—¿Estás ya…? —él abrió los ojos desmesuradamente—.

¿Estás bien? ¿Quieres hablar de ello?

—Estoy bien —le aseguró ella colocando la mano de su esposo sobre su barriga—.

Estamos bien. —Acordamos hablarlo antes si alguna vez cambiabas de idea.

—Soy muy feliz —insistió ella—. Me siento feliz, agradecida y amada.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Además, tú querías más espontaneidad.

—Ni yo podría haberlo planeado mejor— concluyó Flynn con un apasionado beso.